

**Sealtiel
Alatraste**
**EN DEFENSA
DE LA
ENVIDIA**

**Calumnias
de amor y sexo**



Lectulandia

Según se cuenta en esta novela, en la primavera de 1945, Alfonso Reyes, el laureado escritor mexicano, supo casualmente de una cocinera prodigiosa, conocida en su pueblo como la tía Chole. Valiéndose de sus dotes de seductor, don Alfonso convenció a esta singular mujer para que se ocupara de su cocina personal y aquel año, «el de la envidia encarnizada», la tía Chole se volvió la estrella del mundillo cultural de la ciudad de México. Quien más, quien menos, todos aquellos que fueron invitados a las apoteósicas cenas que se organizaron en la casa de Reyes, sucumbieron bajo el influjo de la personalidad y los platillos de la cocinera; entre ellos, Salvador Novo literalmente enloqueció de envidia en el preciso instante en que degustó el caldillo de uno de aquellos guisos, y después de recitar su hoy alabado verso: *Es de los Reyes descendiente, eso lo sé, pero no atino a saber si será Alfonso sobrino, o sencillamente sobrante*, juró que no cejaría hasta llevarse a trabajar a su cocina a la tía Chole, dando pie a uno de los episodios más controvertidos y chuscos de nuestra historia cultural, del cual, desgraciadamente, nos han quedado sólo unos pocos testimonios.

Basándose en la correspondencia de su tío abuelo, Uriel Eduardo Alatríste (quien narra las peripecias de esta divertida novela), el autor hace desfilar por estas páginas a las grandes figuras de la cultura mexicana del medio siglo: Reyes, Novo, Villaurrutia, Lupe Vélez, Torri, Rivera, Henríquez Ureña, y Pita, la divina Pita, paradigma de la mujer intelectual liberada que nació en México con el triunfo literal de la Revolución. Personajes entrañables todos, en los que frecuentemente coincidían pasiones atormentadas y una personalidad a todas luces genial y contradictoria.

Lectulandia

Sealtiel Alatríste

En defensa de la envidia

varias calumnias de amor y sexo

ePub r1.0

Titivillus 17.04.2018

Título original: *En defensa de la envidia*

Sealtiel Alatraste, 1992

Ilustración de cubierta: Alberto Vargas «Reflection in Mirror», Watercolor, 1940

Diseño de cubierta: Gerardo Islas

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Willy e Isaac, por todos
los años de cariño y amistad.
Para Jaime, por la oportunidad
de disfrutarlo como a un hijo.*

*Me parece que perdonar a nuestros
enemigos es el más morboso
y curioso placer.*

OSCAR WILDE:
*Cartas a Lord
Alfred Douglas.*

El prólogo

Uriel Eduardo Alatraste fue mi tío abuelo. Supe de él por primera vez por el Chato Noriega, que en una cena me preguntó a boca de jarro: «¿Tú qué eres de Uriel?» Pensé que se refería al hermano de mi abuelo, pero como en mi familia ha habido tantos Urieles, le pregunté que si se refería al ingeniero; me contestó moviendo enérgicamente la cabeza de lado a lado, hizo una especie de puchero y me mandó a volar con un refunfuño: «¿Tú tampoco sabes nada del Uriel escritor, del dandy? Él, muriéndose en España, y ustedes tan campantes, ¡qué familia tan desagradecida!» Mi tío Miguel (que entonces era pasante del Chato) me tomó del brazo y me alejó de ahí. «¿A qué Uriel se refería?», pregunté ingenuamente. «A uno de tus tíos de Puebla, no hagas caso», fue toda su respuesta, y se fue abrazado del Charro Trueba. Yo entonces tenía diecisiete años y tendría que esperar otros quince para volver a oír hablar de ese pariente desconocido, pero me quedé con la sensación de que —como reza el bolero— me habían escamoteado una verdad amarga.

Quizá ya me había olvidado de la curiosidad que la pregunta del Chato Noriega había despertado en mí, cuando en una reunión del consejo directivo del Instituto Cultural Helénico, Horacio Labastida volvió a nombrar de pasada a ese Uriel misterioso, mientras hacía referencia a los avalares del plagio de William Jenkins. Don Horacio sabía tal cúmulo de detalles del *affaire* Jenkins —humorísticos, chuscos, vergonzantes— que don Antonio Carrillo Flores le preguntó que cómo estaba enterado de tantas cosas acerca de un hecho tan desconocido e insulso. «Me los contó mi paisano Uriel Alatraste», contestó Horacio con una enorme sonrisa a flor de piel, «pues como él fue secretario de Luis Cabrera, estuvo presente cuando sacaron a Jenkins de la cárcel, y, también, cuando lo entrevistó un famoso periodista al que apodaban el Melames. Se sabía la anécdota al dedillo.»

No viene al caso contar aquí los detalles del relato de don Horacio, sino que más tarde (sin que yo se lo pidiera), él mismo me enteró de quién era este Uriel Eduardo Alatraste, del que nadie en mi familia me había hablado.

Fue, según me dijo Horacio, hijo bastardo del primer Rafael Alatraste (que tuvo el único mérito de haber sido tío de los hermanos Serdán, los verdaderos mártires de la Revolución Mexicana). Este Rafael era un hombre muy bragado, charro, jugador y gallero, que murió del balazo que le dieron en la frente en una trifulca que hubo cerca de un palenque de Cholula. Dicen que un tipo se la tenía jurada porque había seducido a la más pequeña de sus hijas, una jovencita que era la niña de sus ojos. Muy a pesar de que estuviera enamorado de la chamaca, Rafael salió corriendo nomás de pensar que un padre celoso podría acabar con su vida de calavera, y anduvo a salto de mata por la sierra vinos cuantos meses, viviendo de apuestas, albures, y criando los gallos que le pusieron enfrente, sin pensar siquiera en volver a poner un pie cerca de Puebla, pero un día, en la pelea que iba a convertirse en el principio de su fin, consiguió un gallo de esos que ñaman gallina. Ese gaño le sorbió el seso, le hizo sentirse el muy muy, y creyéndose poseedor de un salvoconducto contra los malos agüeros que pesaban sobre su cabeza, se presentó a las ferias del barrio de

Santa Clara alardeando de que traía un gallazo como nunca se había visto en ese pueblo rabón. Rafael no supo calcular el dolor que le había infligido al padre burlado, pues cuando éste oyó la noticia de que el gallero Alatraste andaba merodeando el palenque, sacó su pistola, se fue a la cantina y encontró a Rafael bebiéndose un tequila en la barra. «¿Te acuerdas de lo que te prometí, Rafita?», fue lo único que le preguntó desde la puerta. Al pobre Rafael solamente le dio tiempo de volverse, ver al animalote que lo apuntaba con una Colt del tamaño del universo, y recibir en medio de los ojos el balazo que se lo llevó de este mundo.

Esto que parece escena de *spaguetti western*, fue el primer desaguizado en la vida de Uriel Eduardo, mi tío abuelo, pues dos meses después de aquella tragedia, una mujercita enclenque (la ex niña de los ojos del asesino de Rafaelito) se presentó a la casa de la familia Alatraste (en el número 4 de la Antigua Calle de Santa Clara de la Puebla de los Ángeles), lloriqueando y con un niño en brazos. Tendría apenas dieciocho años, era flacucha pero bien formada, y lucía bajo una frente amplia los ojazos negros que habría de heredar a su hijo. Cuando le abrieron el zaguán, ni siquiera saludó, y moqueando le entregó su bebé a Carmelita Serdán, que entonces era una adolescente y no sospechaba lo que la Historia de México le tenía preparado. «Su tío Rafael me embarazó de este chilpayate y yo de plano no me lo puedo quedar. Mi padre me ha despreciado y no tengo donde vivir. Allí se lo encargo porque usted lo podrá educar mejor que yo, patroncita.» Se lo aventó a los brazos y se echó a correr. Carmelita no dijo ni pío, totalmente desconcertada con la actitud de la muchacha. Desde el velorio de Rafael sabía de sus últimas baladronadas y que por ahí andaba una tipa que le pariría un hijo, pero nunca imaginó que se iba a quedar con el escuincle (objeto del embarazo) y que lo iba a educar como a un hijo. A Carmen Serdán el destino siempre la tomó por asalto.

—Su tío abuelo nació con el siglo —me dijo don Horacio—, con la suerte tan alborotada como la misma historia patria. Si hubiera sido educado a la sombra de su padre lo más probable es que se hubiera vuelto un mercachifle, sin embargo, con la familia Serdán se formó como un pequeño aristócrata socialistoide, o si usted quiere, como un señorito liberal y revolucionario. Si Carmen le enseñó todas las buenas maneras del manual de Carreño, Aquiles se encargó de infundirle tal cúmulo de teorías e historias, que de no haber sido por el temple que traía desde la cuna, Urielito se vuelve un badulaque.

Cuando murió Aquiles Serdán Alatraste (que en *strictu sensu* era su primo), Uriel apenas tenía diez años. En aquellos días de revuelo infame toda su casa andaba patas pa'riba, y para que el niño no se diera cuenta en lo que se había metido la familia, lo mandaron unos días a vivir con los vecinos, dueños de la famosa dulcería de Santa Clara (en la que se hacían las mejores tortitas del cielo). Durante toda su vida, Uriel recordaría el estruendo de la balacera que lo despertó una madrugada, al montón de federales que vio desde una ventana tirándole a su casa, la zozobra en que vivió durante dos días sin saber qué había sido de sus familiares, ni qué pasaba en la

ciudad, ni nada de nada. Pero sobre toda aquella algarabía, nunca olvidaría el grito estrepitoso del soldado raso que salió gritando a la calle «¡he matado a Aquiles Serdán, he matado a Aquiles Serdán!»: creyendo que ya se encontraba a salvo, Aquiles había abandonado su escondite del entresuelo de su recámara, y aquel soldado lo recibió con fusil en mano para dispararle a quema ropa. Uriel sabía leer por su primo, por él declamaba las poesías de Luis G. Urbina, y gracias a él odiaba al Tirano Porfirio Díaz. Su muerte marcó el fin de su infancia. A Aquiles, que había sido su mentor, su verdadero padre, también se lo habían matado, como al original, de un balazo en medio de los ojos.

—Mire Sealtiel —me dijo ese día Horacio Labastida—, si de ahí en adelante su tío Uriel no vivió como un prángana fue porque los dueños de la dulcería Santa Clara lo cuidaron durante muchos años. Yo lo recuerdo de chiquillo (éramos casi de la misma edad), cuando íbamos a corretear a los jardines de San Francisco. Es increíble que con tanta mala suerte Uriel tuviera siempre el buen humor a flor de piel. De todo se reía y a todo jugaba el malvado. Sí es cierto que la adversidad le jugó muchas malas pasadas, pero todas lo dejaron bien templado para las del futuro. Aquella fue una época muy malhadada, Sealtiel, pero su tía Carmen, que aquí entre nos fue una santa muy fajada, vio por Urielito hasta el último día de su vida.

En realidad, durante toda su adolescencia, Uriel Eduardo vivió del dinero que su prima Carmen Serdán le enviaba a los dueños de la dulcería Santa Clara. Sin ella, el muchacho se hubiera muerto de hambre como tantos huérfanos de la Revolución. Por eso, Uriel siempre le tuvo devoción, por eso la admiraba, por eso se peleó a los cates con un condiscípulo que la insultó en clase, y por eso, Incluso, durante un tiempo dijo que se llamaba Uriel Serratos, pues a Carmen Serdán le había dado el telele del periodismo y escribía artículos incendiarios bajo el seudónimo de Marcos Serratos.

—Cuando teníamos dieciséis años nos vinimos a la capital —continuó don Horacio—. Uriel traía dos recomendaciones para Luis Cabrera, una de su prima Carmen y otra del señor Villalobos, el abuelito de Lupe Vélez. Don Luis lo recibió en las oficinas que tenía montadas en una cantina del centro e inmediatamente lo contrató como su secretario de actas. Ahí, camuflajeado de mesero, no sólo aprendió las múltiples triquiñuelas de don Luis, sino que empezó su vida pública, afiló sus dotes de mediador, se codeó con la nueva élite cultural capitalina, y algunos años después, gracias a un nuevo golpe de timón, su vida volvió a cambiar: el viernes 5 de mayo de 1930 le pegó al gordo de la lotería y se volvió un diletante.

»Cuando cobró el premio se fue a las oficinas del Banco de Londres y México que estaban en la esquina de Bolívar y 16 de Septiembre, abrió una cuenta de cheques, compró bonos de renta fija de la compañía de teléfonos Ericsson, se fue a comer al Club de Banqueros donde era recibido como el brazo derecho de don Luis, y a la vera de las pinturas de Ángel Zárraga (que tanto le había ponderado su amigo Salvador Novo), meditó en su vida, en las enseñanzas de Aquiles, en la contradictoria existencia de su amada Carmelita Serdán, en las historias que había escuchado sobre

las fanfarronadas de su padre, vio el único retrato que guardaba de su madre y se dijo que para vueltas y traspies ya estaba bueno. El lunes se presentó a las oficinas que don Luis ya tenía en la secretaría de Hacienda, para agradecerle todo lo que había hecho por él, pedir su autorización para dedicarse a la literatura y dejar el puesto de secretario de actas. Don Luis lo abrazó y, aunque era ateo, le dio la bendición. Uriel ya iba vestido como el dandy que fue de ahí en adelante.»

A grandes rasgos, esto es todo de lo que me pude enterar acerca de la vida de mi tío abuelo, Uriel Eduardo Alatraste. Pero hace un tiempo, cuando ya casi me había olvidado de él, el mismo Horacio Labastida me entregó un paquete que contenía un tambache de cartas y una especie de memoria, escritas de puño y letra por mi tío Uriel.

—Yo creo que es mejor que esto lo guarde usted —me dijo Horacio solemnemente, como si me estuviera transfiriendo una gran responsabilidad—. Hace mucho tiempo me lo envió Uriel desde España, ya estaba muy enfermo el pobre y no quería que se perdieran.

Me extendió el paquete y una carta. No supe qué decirle y me puse a leer:

Querido Horacio:

Te envío el trabajo de diez años. En realidad no vale la pena, pero no me atrevo a destruirlo ni a publicarlo. Me da miedo. He intentado una reconstrucción de mi época, pero a muchos les puede parecer (no sin alguna razón) que lo hice con un poco de mala leche, pues me he servido de la multitud de chismes que siempre me rodearon. No creo exagerar si te digo que he utilizado a la calumnia como herramienta literaria. No te vayas a creer que estoy amargado, resentido, o desilusionado de mi vida; no, nada de eso, por el contrario, pero de alguna manera me ha parecido que el chisme y la calumnia han sido una fuente inagotable de recuerdos, y, aunque como te digo, tal vez haya fracasado, no quise dejar de intentarlo. No soy el primero que experimenta con estas herramientas, tú lo sabes bien: entre los historiadores de México ha sido el método predilecto; tú siempre has dicho que Lucas Alamán fue un calumniador hecho y derecho, y que don Carlos María de Bustamante, en largos fragmentos de su *Cuadro histórico...*, calumnia a quien se deja (y a quien no se deja, también); y si de literatura universal hablamos, podríamos asegurar que *La comedia humana* de Balzac es, en buena parte, una serie interminable de calumnias que el gandul de Honorato disfrazó cínicamente de relatos inventados, cuando no fueron más que historias mal habidas; ¿y Proust?, ¿qué me dices del bueno de don Marcel?, ¿no te parece que el método proustiano fue una forma elegante de calumniar a sus semejantes?, ¿no crees que el Barón de Montesquieu se habrá sentido horriblemente calumniado al verse (leerse) retratado como Charlus? Sin embargo, tengo que aceptar que Proust tuvo la decencia de inventarles nombres literarios a sus calumniados, asunto para el que yo ya no tengo fuerza ni imaginación. Lo hice vagamente en la primera parte de estas memorias, cuando cuento lo de un Cónsul norteamericano de triste memoria en mi Puebla querida, pero para el resto, no me dio más el seso o me pareció inútil disfrazar el nombre de los aludidos; aunque, por otro lado, cuando lo leas (si es que lo haces) te darás cuenta de que no miento, que lo calumnioso está en el tono o en sacar a remojar nuestros trapitos al sol, pero mentir mentir, no miento.

Ya verás, si tus múltiples ocupaciones te lo permiten, este engendro, pero lo que pasó, pasó, y no hay que darle tantas vueltas. En fin, no creo que, de cualquier manera, pueda hacer mucho más de lo hecho, ni que haya mejor albacea que tú, que aparte de haberte sabido mantener ajeno a todos los enjuagues que narro (por lo que mi calumnia no te alcanza) eres el mejor y más cuidadoso bibliófilo que he conocido. Nadie como tú para saber qué hacer con estas cuartillas. Como se dice en estos casos, en tus manos encomiendo mi espíritu, paisano.

Recibe un atento abrazo de

—Ésa es su última carta —me dijo Horacio como corolario.

En el paquete encontré, efectivamente, dos relatos autobiográficos relativamente disímbolos. El primero es una suerte de novela chusca de la Revolución, donde el hilo central está llevado por el plagio de un diplomático norteamericano, tal vez inspirado en Jenkins. En el segundo, el cuerpo del relato lo forman varias cartas que, prácticamente, sólo narran la anécdota de la que surgió la *novelita* que he llamado *En defensa de la envidia*.

Sobre la técnica, principios narrativos, exactitud histórica, o lo que el mismo Uriel Eduardo llama calumnias, no tengo nada que decir y, si acaso, será el lector el que juzgue su pertinencia. Mi única intención con este prólogo era ubicar al escritor real de *En defensa de la envidia*, y, quizá, poner en la pluma de mi tío Uriel la intención que alguna vez tuvo Hemingway cuando escribió: «Si el lector lo prefiere, puede considerar este libro como una obra de ficción. Pero siempre cabe la posibilidad de que un libro de ficción arroje alguna luz sobre las cosas que fueron antes contadas como hechos».

Recuerdo que me la presentó Novo, que durante mucho tiempo no hizo más que hablar maravillas de ella (maravillas que después pude confirmar) y que a partir de sus palabras me hice de la imagen —portentosa, fantástica, la suma de todos los placeres que el arte gastronómico podría brindar— que guardo todavía como un tesoro de esos días, y, sin embargo, el solo hecho de evocarla ahora me produce estremecimiento. No es que nuestro trato hubiera sido atormentado, pues incluso sostuvimos una breve y cómplice amistad (si así puede llamarse a nuestro furtivo encuentro en la cocina), sino que la tía Chole, como todos la llamábamos, jugó un papel dramático, decisivo, y hasta escalofriante, en la abrupta solución de aquella maraña de pleitos y envidias en la que nos hallábamos envueltos. Nadie sospechó que ella, y no nosotros, fuera el centro de la trama.

¿Podré dar una semblanza fiel de su persona? No lo sé, pero si la memoria es caprichosa, los sentimientos lo son más, y aunque le debo el haber presenciado una de las escenas más espectaculares de mi vida, su recuerdo siempre estará teñido de esa rara mezcla de miedo, morbo y chisme de vecindad que fueron los elementos centrales de nuestra vida en esa época.

Como dije, fue Novo quien me la presentó, o mejor, quien me introdujo (en el estilo sajón de la palabra) al raro magnetismo que ella ejerció sobre todo nuestro grupo.

—Uriel, infatigable amigo —me dijo Salvador por teléfono, sin que su voz pudiera disimular la lucidez perversa de la venganza consumada—, te tengo un sorpresón que va a tirarte de la cama.

—¿Qué te traes ahora Chava? —le pregunté con un poco de flojera, pues estaba metido hasta el cuello en la redacción de un espantoso libro (intitulado *Guardarropa del perfecto caballero*) que hacía tres meses me había encomendado un editor español exilado en México, que aunque no venga a cuento en esta historia, quiero decir que resultó ser un arribista y no el caballero republicano que nos hizo creer—. Cuéntame rápido porque estoy muy ocupado.

—¡Le quité la cocinera a Reyes!

Solté el lápiz (siempre escribo con lápiz pues me parece más sensual que con

pluma) y, con el auricular todavía en la otra mano, me quedé boquiabierto, *speechless*, como diría Novo. Nada me hubiera puesto más contento. Aquella noticia ponía fin a un duelo francamente descarnado, duelo, como todos los de Novo y Reyes, en que parecían jugarse el pellejo, y en el que por absurdos motivos andaba yo metido. Que el duelo finalizara me tenía sin cuidado; el que Novo se hubiera salido con la suya, en cambio, me henchía el pecho de felicidad. Cerré los ojos e imaginé a Reyes como un paria de novela de Víctor Hugo, una especie de Quasimodo a la mexicana (con una enorme panza en vez de la joroba original), recluido de vergüenza en la catedral de nuestra señora de los Remedios. Me imaginé, también, a la tía Chole (la susodicha cocinera), vestida de reina de carnaval, desfilando en un carro alegórico por el paseo de la Reforma, tomada del brazo de Salvador que había sido laureado con los mayores honores: el auténtico cronista de la ciudad, no tarugadas.

—¿Cómo se quedó Alfonso? —pregunté ansioso, casi alegre, pero empezando a sentir una rara inquietud en el estómago.

—No lo sé. Chole llegó un poco malhumorada y no quiso explicarme nada. Sólo me dio un acepto irrevocable y se metió a la casa, pero me puedo imaginar que don Alfonso la despidió hincado, lloriqueante, abrazado a su pantorrilla, tratando inútilmente de retenerla.

Esa imagen de Poncho —humillado, derrotado, sin pizca de vergüenza— me pareció poco probable. Como todas las personas a las que la vida ha dado un don extraordinario, el gordo Reyes irradiaba una sombra de más (como si fuera dos personas en vez de una, lo juro) y esa suerte de fortaleza se había acentuado en aquel tiempo porque andaba con el orgullo revoloteándole en la calva, pues la tía Chole ya le había cocinado, a él primero que a nadie, los platillos más exquisitos y sofisticados que uno se pudiera imaginar. ¿Cómo, por más que lo dejara, se habría prestado a representar esos excesos melodramáticos? (Esos platillos, dicho sea de paso, trastornaron no sólo su paladar, sino el de la Intelectualidad capitalina que por turno y en riguroso orden de fama, fue invitada a degustar maravillosas cenas en lo que hoy se conoce como La Capilla Alfonsina.)

Todo había empezado apenas el verano anterior, cuando el gordo Reyes viajó a su natal Monterrey so pretexto de dar unas conferencias. En realidad, aquellos viajes (que tenían la fachada de una *troupe* filantrópica y cultural), no eran más que un simulacro para ocultar a sus amistades que pensaba dedicar unos días a su pasatiempo favorito: comer y cortejar señoras, y de esta manera olvidar los libros, lecturas, conferencias y tertulias que llenaban su vida capitalina.

En este viaje al que estoy haciendo referencia, los hechos se encadenaron de tal manera que llevaron a Reyes a un destino inesperado, en el que incidiría su vocación por el ya nombrado pasatiempo favorito. El inicio, así pues, la piedra de toque del *affaire* Chole, fue un reencuentro amoroso. Supongamos una historia a la altura de las circunstancias: como siempre, Reyes está en su casa leyendo un libro, anotando su Diario, o contestando alguna de las miles de cartas que escribió en su vida, cuando,

sin qué ni para qué, como si viniera a cuento con esa, su actividad literaria, un fiel criado le trae la noticia de que un amor perdido de su juventud ha reaparecido intempestivamente en el pueblucho de Cadereyta. La reaparición o las palabras del criado, como se quiera ver, obran como brazo del destino, como su promotor, como su agente financiero. Ni tardo ni perezoso. Reyes se levanta de su escritorio, se ve de pasada en un espejo, y las bolsas que tiene bajo los ojos le asustan un poco, la calva lo avergüenza, pero sus labios carnosos lo entusiasman pues en ellos ve que la crisis que lo ha traído de regreso a México está siendo superada, y que su personalidad, a pesar del sobresalto inicial, guarda casi íntegro el vigor de su juventud. Un ímpetu inescrutable lo toma entonces de la mano y lo lleva a su habitación para acicalarse. Como un Marcel Proust cualquiera, tan dandy como era su costumbre, al cabo de una hora sale de su casa —ataviado con un traje gris de *tweed* moteado, un clavel en la solapa, oliendo a colonia de Guerlain— en busca del reencuentro sentimental que intuyó cuando su criado le vino con la noticia de la reaparición del mentado amor perdido, seguro de que a pesar del tiempo y la distancia, su Odette de Creçy de la Sultana del norte no lo habría olvidado. Efectivamente, cuando media hora más tarde ella le abre la puerta y lo ve parado —impecablemente vestido, con una sonrisa pícaro iluminándole la mirada, y un ramo de rosas rojas sostenido con ambas manos sobre la barriga— la de Creçy queda como electrizada, pone cara de todos-estos-años-han-sido-un-desperdicio, y Alfonso puede ver que por su cara pasa aleteando el espíritu protector de los amores extraviados. Sin decirse nada, se toman de la mano, se besan, reconocen el aroma a naftalina de las pasiones escondidas, él le entrega el ramo de rosas en las que ella embriaga su olfato, y parpadeando sin misericordia alguna, su Odette lo invita a pasar.

Supongamos que le bastó apenas un abrazo, un piropo con resabios de chulo madrileño, para que ella se le echara a los brazos, llorara, se lamentara de no haberlo visto en tanto tiempo, y en un tris le entregara su lujuria contenida. La historia le tendrá que hacer justicia a Reyes y, junto con su inconmensurable altura literaria, ponderar ese auténtico nosequé por el que tantas mujeres enloquecieron, olvidaron el pudor, decidieron ser infieles, y hasta dejaron sus respectivos terruños. Ni modo, al que nace pa' tamal del cielo le caen las hojas.

Pasan, a partir de ese abrazo que sella su reencuentro, instantes que cualquier poeta del medio siglo calificaría de Inolvidables, y si bien es cierto que aquella mujer le devuelve la gloria efímera de la juventud, Alfonso no sospecha que unas horas después, tratando de halagarlo, su amor perdido lo llevará a descubrir los más exóticos sabores, los más extraordinarios platillos, los inigualables guisos que lo embelesarán como pocas cosas en su vida, pero que, también, le harán perder el buen humor, el sentido de la amistad a toda prueba, la dedicación infatigable a la cultura, y la campechanería (en tanto trato social), que sin duda fueron los mejores atributos de Alfonso Reyes.

Una vez que satisfacen sus pasiones y que uno y otro ha contado, como

telegrama, su vida pasada («Soy un erudito», «la existencia me ha arrastrado a mundos que nunca hubiera querido ver», «vivo sepultado entre libros, clases y obligaciones burocráticas», «muchas veces pienso en lo que pasó aquella tarde... fuiste el primero de la serie», «mis escasos versos se embriagan con tu recuerdo», «¿me los recitarás alguna vez, Gordito?», etcétera), el antes amorcito perdido, pero ahora recuperado, le promete una experiencia inolvidable: irán a cenar a una casa en la que se sirven unos banquetazos como para chuparse los dedos, preparados por una extraña mujer que, aunque nadie sabe de dónde ha salido, es ya una leyenda en el pueblo: la famosa tía Chole.

Reyes, repentinamente inspirado por la promesa culinaria, se para sobre la cama, aclara la garganta con un sonoro estertor y empieza a declamar uno de sus poemas:

—¡Ay Salambó, Salambona, ya probé de tu persona! ¿Y sabes a lo que sabes? Sabes a pina y a miel, sabes a vino de dátiles, a naranja y a clavel, a canela y azafrán, a cacao y a café, a perejil y tomillo, hígado blando y dura nuez. Sabes a yerba mojada, sabes al amanecer. Sabes a égloga pura cantada con el rabel.

La mujer, incauta (como podemos intuir que era), piensa que Alfonso está improvisando en su honor, arrebatado por el amor o por el sexo, y que ella es la famosa Salambó Salambona. (Nunca supo que aquel poema era viejisísimo, ni que Reyes se lo escribió a una mulata de Río de Janeiro que lo embaucó tanto con su piel tornasolada, como con varios manjares de la cocina brasileña.)

Alfonso continúa el poema, ahora a horcajadas sobre el vientre de su amada, dando una vigorosa entonación a cada verso que brota de su boca, que parece tomar aliento en sus manos, en sus ojillos que, como colibríes, saltan entre los pechos de la apócrifa Salambó.

—Sabes a lo que sabía la infancia que se me fue. Sabes a todos los sueños que a nadie confesé. ¡Ay Salambó Salambona, ya probé de tu persona!

La de Creçy, confundida entre las imágenes del poema y un leve sobetear que Alfonso inicia en lo más tierno de su ingle, deja escapar una lágrima, cierra los ojos idealizándolo hasta el punto de creer que está acostada con Stewart Granger, y en una alucinación orgásmica llena de rojos, amarillos y magenta, confirma que no puede haber mejor lugar para celebrar el reencuentro con este amante prodigioso que el restaurante de la tía Chole. Entre mugidos y gritos apagados alcanza a repetir la invitación:

—Si todavía eres de buen diente, te vas a morir de la emoción. Nadie cocina como Chole.

No hay forma de estar seguro, pero parece que la fonducha donde la tía Chole había instalado su palacio culinario era una casona perdida del desierto regiomontano, con fachada de mansión de la Narvarte que, según diversas versiones (no confirmadas) se volvió visita obligada de aquellos que disfrutaban la buena mesa y estaban dispuestos

a pasar la decoración por alto con tal de comer como los dioses.

En el camino, Alfonso recibió los pormenores de La Cocina de los Ángeles (que era como se llamaba el lugar): nadie recordaba cómo ni cuándo había sido fundado, o quién lo recomendó por primera vez; nadie sabía nada del origen del menú, de sus extraños sabores, ni tampoco cómo se había ido confeccionando la selecta clientela; a la fecha todos hablaban de la fonda como de un milagro norteño, caído en ese lugar gracias a algún dios geográficamente desubicado; y de la dueña, como una bendición caída del cielo para compensar a los regiomontanos por haberles dado aquel clima tan canijo.

Después de la perorata de su amante (que estaba tan llena de alabanzas que parecía la de un político en busca de votos para su causa), Alfonso comentó que así sucedía con las grandes obras, un día están entre nosotros, nadie se ha dado cuenta cómo llegaron a ser tan importantes pero ya nos son indispensables y han modificado nuestra visión del mundo (pensaba en *El Quijote*, en *La Dorotea*, o en el *Fausto* de Goethe), pero con sus palabras quería mitigar la explosión verbal de su amada más que construir una metáfora que igualara los talentos de esas grandes obras, con los prodigios gastronómicos de la alabada cocinera, pero al ver el cursi caserón a mitad del llano —cubierto por una larga polvareda, pintado entre rosa y azul, como castillo chafa de la Cenicienta— presintió que lo estaban engañando y que había desperdiciado en infiernillos un cúmulo de años de lecturas. En aquella región, una sorpresa de orden culinario resultaba usualmente desagradable, y a veces hasta letal. Tuvo un pálpito de confusiones y sospechó un envenenamiento furtivo, un chantaje en ciernes, pero su sexto sentido (su sexto sentido culinario) lo hizo entrar envalentonado en aquel palacete de medio pelo.

—No tengo que mentirte Uriel —me dijo él mismo, con la mirada afantasmada, cuando me narró la escena—, sentí que la carne se me ponía de gallina, hasta de mi amante me olvidé con la mezcla de aromas que inundaban aquel caserío cursilón. Hechicería pura. Imaginé manjares narrados por Sherazada. Qué Lope, qué Cervantes ni qué ocho cuartos, la grandeza del mundo está en oriente y sus placeres. Ni hablar, mi hermano, la gran literatura del mundo entero es lo que uno respiraba al entrar en La Cocina de los Ángeles.

No se equivocaba en lo maravilloso de los guisos que se insinuaban en los olores mezclados del salonzote, y tal vez tampoco en lo de la hechicería que se escondía en tanta delicadeza. Con el extraordinario paladar del que Alfonso hizo gala durante toda su vida descubrió inmediatamente que el chef de aquel sitio provenía tanto de la gran escuela de la cocina europea, como de los brujos de las islas balinesas. Eran tantos sus conocimientos de cocina, tantos los arroces, los caldos, los pucheros, los curries, los asados, los pipianes, los cocidos, los embutidos, los gazpachos que había ingerido en su vida; tantas las horas y pensamientos que dedicó a discriminar sabores —la albahaca por allá, los pimentones por acá, el eneldo por acullá— que Poncho era un consumado artista de la gastronomía internacional al que un cocinero (como el que

insinuaban los olores que degustaba su olfato) no iba a pasar desapercibido.

Con el tiempo (y a pesar de lo que nos pasó después), Alfonso aludía con tanta frecuencia a aquella experiencia, que sus amigos llegamos a conocer de memoria los detalles más insignificantes, particularmente su visión primera y primeriza de la cocinera: estaba sentado a la mesa, perturbado tanto por el aroma que desquiciaba «su sentido olfativo» (la expresión es de él), como por el escote abismal de su amante, cuando del fondo del restaurante, saliendo por una puerta, la vio. Llevaba un vestido de terciopelo raído, con los hombros al descubierto y mitones negros hasta los codos. Era morena, no muy alta, y de pelo crespo y achongado que apenas y obedecía a los pasadores con los que quería darle forma a un peinado extravagante. Alfonso pensó en una reaparición simbólica de Palas Atenea (si Palas Atenea en vez de diosa griega hubiera sido asidua fichera del Salón México, en las calles de El Pensador Mexicano). La imagen no lo arredró y con una gallardía intelectual nada común en los miembros de la *intelligentsia* nacional, supo ver en la tía Chole a un ser fuera de serie a pesar de su vulgaridad manifiesta y de una suerte de ramplonería, hasta cierto punto grosera, que se insinuaba en su forma de tratar a la clientela. Tras aquella imagen se escondía un ser enigmático, mítico, y hasta podríamos decir que legendario.

No pasaría mucho tiempo para que Alfonso tuviera la oportunidad de confirmar que aquella cocinera era una mujer a la que fácilmente se le colgaba un san Benito. Para muestra basta un botón. Se dijo (tal vez fue el mismo Reyes quien nos lo contó) que era hija del cocinero húngaro M. Tudös, que Maximiliano había traído directamente desde París, para hacerse más grata su estancia en ésta, para su gusto, salvaje tierra mexicana. Aquí, mientras hacía los deleites del paladar del Emperador y poco a poco se convertía en su confidente, el mentado cocinero se enamoró de una fregona hermosa, maciza y sin pudor, encargada de los quehaceres de la alcoba de Carlota. El romance que surgió entre ellos fue tan intenso como el que, según la leyenda romántica de la historia reaccionaria, vivían los emperadores: si Max sodomizaba a Carlota, también lo hacía el cocinero con su fregona; si el primero le hacía el «lingulilinguli» a la Emperatriz (tan en boga en las costumbres eróticas del Imperio), el cocinero no le iba a la zaga con su querida, y prodigaban a sus compañeras tanto placer, que al amanecer ambas mujeres dejaban escapar un grito de yeguas embravecidas que se escuchaba hasta las faldas del cerro de Chapultepec; si el emperador sobaba el opulento trasero de Carlota en las reuniones de los jardines de palacio, el cocinero pellizcaba las nalgas de su amada en presencia de toda la servidumbre; pero a cambio de los jardines versallescos del castillo de los Emperadores, los criados tenían la trastienda de la bodega; cambiaban las cremas de Austria por la manteca de Toluca, los perfumes de París por las yerbas de olor de San Juan, los licores digestivos por el pulque, y en vez de las colchas y almohadones de seda de Flandes, ellos se revolcaban entre costales de harina y pacas de heno; y fue en este *idilic environment* (como lo denominaba Novo cuando repetía la historia), entre

calderos, especias y hogazas de pan recién horneado, que la fregona quedó embarazada y al tiempo dio a luz a una niña, Chole, que creció entre sabores exóticos, aromas delicados, y raros nombres derivados de la alta cocina francesa. Es decir, la hija (la hija que le fue negada a Carlota) fue concebida en noches de pasión furiosa, y en su primera infancia, en vez de leche mamó buen guiso y se le dio su buena estrella culinaria. Su padre (¿para qué ponerlo ahora en tela de juicio?) la hubiera instruido personalmente en las buenas artes de su cocina si no hubiera estado tan pequeña cuando él desapareció de este país. Si nos atenemos a la cronología de personajes del Segundo Imperio que escribió don Francisco de Paula y Arrangoiz, M. Tudös escapó, o debió morir, a los pocos días del fusilamiento de Maximiliano, cuando Chole no habría alcanzado siquiera los cinco años. Ni don Francisco, ni otros muchos libros de historia que he consultado lo registran con exactitud, pero a partir de un sinnúmero de minucias se podría inferir el final (o los finales) de esta historia de cocina y desenfreno: es de todos conocido que por su carácter hedonista (y dilapidado en pequeñeces), Maximiliano de Habsburgo pidió como último deseo, antes de ser presentado ante el batallón de fusilamiento, que su cocinero le preparara un volován que había inventado en estas tierras —¿de huitlacoche, de caracoles, de chapulines, de gusanos de maguey?— que le había proporcionado los placeres más excelsos de su vida, por los cuales (los placeres) se sentía irremediabilmente unido a ésta, su patria tropical; y, efectivamente, tenemos noticias de que el cocinero se trasladó hasta Querétaro y que, incluso, el fusilamiento tuvo que retrasarse dos días para que el banquete se llevara a cabo, *tête a tête*, con el Emperador y su fiel cocinero. Lo que no sabemos es qué pasó con M. Tudös después de que compartió los últimos momentos de Maximiliano, es decir, después de que se hubo sentado por primera y última vez a su mesa; tal vez escuchó las postreras confesiones de Max, tal vez rompieron el turrón y se contaron cómo la pasaban con sus mujeres en la cama, quizá se lamentaron de tanta mala pata e inconsecuencia y hasta le enviaron su mentadita de madre a Napoleón III; pudieron pasar un sinfín de cosas, pero la única cierta es que, si bien el Emperador cayó fulminado por las balas del pelotón liberal, nadie sabe qué fue del cocinero: o bien el pobre hombre huyó del país borrando cualquier huella de su posible domicilio (sin que le hubiera comunicado a su fregona dónde pensaba radicar, dejando nuestra historia trunca y a su hija con la intuición olfativa para convertirse en una excelsa cocinera, pero en la más inapelable de las orfandades), o sufrió un revés mucho más tremendo que éste. Y ya que en digresiones y elucubraciones andamos, tendré que relatar que (según comentaba el Chango García Cabrai) cabe la posibilidad de que don Benito, con toda crueldad, hubiera hecho correr a M. Tudös la misma suerte del Emperador, fusilándolo impunemente por dos delitos factibles: porque no le convidaron (a don Benito) del volován; o porque siendo el cocinero el último confidente de Max, era un enemigo potencial, un detractor en el horizonte de su fama (la de don Benito). Analicemos con cuidado esta posibilidad que tiene visos de calumnia: si Juárez hubiera permitido que el cocinero

quedara en libertad, dejaba entreabierto la puerta para que la plática, la última que en este mundo sostuvo el Emperador y de la que nadie sabía ni pe ni pa, se registrara en algún indiscreto libelo, con el consiguiente riesgo de que una mentira (pues un cocinero húngaro, por naturaleza, es incapaz de decir la verdad) hiciera pasar a Maximiliano como la víctima de un encono personal y no como el invasor que fue, haciéndole, también por consiguiente, perder prestigio a Juárez entre los liberales, o peor aún, que las generaciones por venir tuvieran algún reparo, alguna prueba, de que él (Juárez), el futuro Benemérito de las Américas, había sido débil ante la adversidad. Según esta inefable versión, antes de fusilarlo, el general Sóstenes Rocha puso pólvora en su tequila por consejo del cocinero, pues éste le dijo que así le sabría mejor. El pobre Sóstenes quería hacerle un mínimo homenaje antes de escabecharlo, y si se bebió de un trago su caballito fue en un gesto de solidaridad con el inocente y no porque, envalentonado con este gesto, quisiera simbolizar su patriotismo frente al Emperador caído. Para muchos éste fue un rasgo antijuarista que don Benito, con su acostumbrada perspicacia, se encargó de que la historia deformara en su favor haciendo aparecer a Rocha como uno de sus incondicionales.

—Ya sabes, Urielito —me decía el Chango—, Juárez vivió para los libros de texto de primaria y hubiera hecho cualquier cosa con tal de que se hablara bien de él.

Es cierto que el cocinero desapareció, ya lo dije, pero el asunto del fusilamiento no está registrado en ningún libro o documento, y yo sospecho que García Cabral lo inventó solamente para mortificarme pues sabía de mi incondicionalidad al Benemérito. Ahora que, de ser cierta la versión, dicho sea en descargo de mi conciencia, habría que pagarle derechos de autor a Juárez (o a sus herederos) por inventar lo que ahora conocemos como Historia Patria.

Pero todo esto es harina de otro costal, lo nuestro es que la tía Chole, fuera como fuera, había heredado un talento culinario (de su supuesto padre o de cualquier otro), y, también, un libro de recetas que pacientemente alguien había escrito con objeto de que naciera la *nouvelle cuisine mexicaine*. Ahora, ya entrada en años y con un tino admirable, la tía Chole había abierto su fonda y (ya porque empezaba a explotar la sapiencia de su padre, ya porque hiciera caso de su intuición olfativa, o porque fuera una bruja consumada) embaucaba con sus guisos a cuanto ser se paraba por La Cocina de los Ángeles. Los que alguna vez la vimos cocinar podemos testimoniar que, cierta o no la historia que contaban Reyes y Novo, aquella mujer tenía algo en la sangre, algo que la transformaba frente a un caldero, un fogón, o incluso cuando picaba cebolla o cernía harina: se le hinchaban las venas, se le saltaban los ojos, levantaba las cejas y se le ensanchaban los senos como si alguien (el cocinero húngaro tal vez), renaciera en su corazón. Mirándola en la cocina me acordaba de la Callas en *La Traviata*, desplazándose entre la putería y la muerte, entre el romanticismo más puro y la forma más pueril del melodrama, haciendo prodigios con su voz angelical. La tía Chole, cual Margarita Gautier, fallecía y renacía entre sus guisos; su crema de alcachofas era su champagne; sus medallones de filete en salsa

de mango, su último brindis; sus chayotes bañados en queso roquefort, su salvoconducto al Parnaso; en fin, su recetario entero podría ser considerado una especie de *Addió del pasato*. Su restaurante en Cadereyta, aunque ramplón, era su versión particular del palacete de la calle de Antín número 9, donde murió la Gautier, y que con tanto esplendor era revivido en la ópera (a partir de la escenografía de Julio Prieto) para que la Cañas diera aquel majestuoso Do de pecho, único y profundo canto maestro.

A aquella fonda fantasmal, precisamente, había ido Reyes a celebrar su reencuentro erótico; ahí, seguramente embaído por el aroma, estaba adulando con mentiras a su amor recuperado; ahí mismo, disimulada la mano en el mantel, estaría sobeteándole los muslos cuando le pusieron enfrente la sopa de romero y flor de calabaza (que yo bauticé como caldo de palo macizo), y que fue, literalmente, su perdición: vio las ramitas verdes del romero flotando en un caldillo espeso —entre granos de maíz, cogollitos amarillos de flor, y trozos de chile ancho— mientras un aroma de hierbas de olor se le revolcaba en el bajo vientre; sintió un deseo sordo que le crispó las sienes y le alertó los pelos de las cejas pero, paradójicamente, en lugar de que la visión, el olfato y el deseo crispado lo empujaran a derribar a su amante sobre la mesa con la negra intención de copular con ella en público, no fue más que dar el primer sorbo al caldo para que mandara a volar a su amorcito recuperado: su Odette de Creçy desenmascarada en ese momento, frente a la tía Chole, como una cualquiera.

—¿Cómo te lo podré describir Uriel? Nunca antes había sentido algo semejante. No era el sabor de la sopa, ni siquiera exactamente su aroma, sino otra cosa, un cierto buqué que me despertaba no sé qué evocación de fantasía.

Reyes, actuando en recuerdo de su experiencia sibarita, no cesaba de chasquear la lengua o interrumpir su discurso en busca de la palabra adecuada para que, entrecerrando los ojos como si estuviera dando pormenores del paraíso terrenal, soltara una inconsecuencia que lo hacía sentir a uno un tráfuga ignorante de penitenciaría. Era muy de él eso de volver literatura cualquiera de sus recuerdos, adornando sus palabras rimbombantes con movimientos delicados de sus manos, en círculos ascendentes de la barbilla a la frente, como si estuviera imitando el saludo árabe de los viejos sultanes.

—Te voy a contar que cerca de la estación del ferrocarril en Pisa hay una *Tabola Calda*, frecuentada por obreros y oficinistas, donde disfruté manjares aún mejores que los de Chole, pero no me refiero a la calidad o manufactura de aquella sopa, que por otro lado era abrumadora, sino que al paladearla experimenté un *savoir*, ésa es la palabra, que no temería calificar de angelical, o quizá, por qué no, de alquímico.

Poncho, trastornado por el *savoir*, vio aparecer nuevamente la figura espectral de la tía Chole (envuelta ahora en una mantilla negra de manóla), cruzar a ritmo de la Marcha de Aída entre varias mesas, para perderse tras una puerta que estaba al final del pasillo. Tuvo una corazonada magistral: la cocinera era la reencarnación femenina

de Paracelso, de John Dee, o de Marsilio Ficino. Dio un sorbo más de la sopa y perdió la razón. Su amante, incrédula, con los ojos espantados que no daban crédito a lo que sucedía, miró azorada a una especie de zombie que se levantó de la mesa, que fue a la cocina y que desapareció de su vida para siempre. En ese mismo instante Alfonso empezaba a cortejar a la reencarnada alquímica llamándola «dilecta dama», «encanto», y aún (anticipándose al cachondeo popular con el modernismo) «señora tentación». Pudo más la gula que la lujuria, los dos pecados capitales a los que Reyes estuvo indisolublemente ligado.

La pasión que nació en él por los sabores que a partir de ese instante paladearía (para no hablar de la envidia que sintió al darse cuenta que los compartía con otros comensales) lo perdió definitivamente. «Tengo que sacar a este genio del cuchitril en donde vive», se dijo en silencio, viendo las ollas de barro en las que Chole preparaba sus guisos, y trazó un plan mental que, como siempre, se basaba en su encanto personal: miró a la mentada cocinera de medio lado, le tendió la mano y así dio principio el asalto de La Cocina de los Ángeles, que culminó después de varias semanas de enamoramientos y piropos, de coqueteos e intercambio de recetas, de consejos inútiles («no se dice ahoy sino ahora tía»), de haber hecho todo tipo de concesiones (aceptar que el guajolote no es el animal más succulento), en fin, cuando Reyes pudo convencer a la tía Chole de que cerrara su fonducha, de que su futuro estaba en la gran ciudad, a su lado, y se la trajo a la capital en calidad de su Carlota. Su vena glotona, también, había logrado engañar al buen gusto que siempre tuvo por el lenguaje, pues estuvo de acuerdo en que la tía Chole dijera «vistes qué ricote me quedó mi guiso Poncho», o la magistral sentencia con que se despedía de él en sus días de descanso: «En llegandito a Chapultepec ya te estoy extrañando, papacho». «Se le caía la baba», como decía Novo, «verdaderamente *ils bauent*».

Por ese entonces yo no estaba en la ciudad de México (me había ido a reponer a Cuernavaca de una de las tantas decepciones amorosas con que Pita —la divina Pita, bien de mis males, mal de mis bienes— me hacía sufrir), pero por una carta que me envió Julio Torri a mi encierro morelense, supe que Poncho organizó un fiestorrón el 17 de mayo de 1945, para festejar (como él dijo) su quinquagésimo sexto aniversario, y de paso, presumir y dar a conocer su hallazgo; fiestorrón al que invitó a todo el mundo y en el que se sirvieron los platillos más inauditos que alguien pudiera concebir: berenjenas bañadas en bechamel de cilantro, papas al horno rellenas de tocino y nuez, huachinanguito rebozado en caldillo de chipotle, y filete de res en yerbabuena; en fin, cocina mestiza con una cierta huella gala. Cuenta Torri que el primero en llegar fue Novo, que traía revolcada en la mirada una discolería del tamaño de la catedral de Milán (Salvador fue siempre incapaz de soportar que alguien tuviera una cocinera mejor que la suya), y que sin saludar a los de casa se metió a la cocina a probar los manjares que esa mañana, por teléfono, Reyes le había contado que prepararía su nuevo cheff. El día entero había sido una calamidad para Salvador: tal como quedó registrado en su diario, comió en El Águila y se topó con un viejo

alumno que le reclamó que se hubiera desquitado con él en cierta ocasión en que el jefe de clases llegara al salón donde Novo impartía su cátedra; Salvador tuvo que disculparse (evidentemente a destiempo) arguyendo que «hallaba intolerable la pedantería de aquel señor al visitarle, y que, no era adrede, pero el tipejo lo sacaba de sus casillas». Más tarde quiso arreglar su biblioteca pues la encontró hecha un desastre: «Los autores ingleses soportaban desde hacía mucho la visita de los norteamericanos, y un grupo de mexicanos, reservados a un especial campo de concentración, hacían entre los gringos el rústico papel de los braceros; sólo los españoles seguían ordenados, lucientes, seguros de sí mismos»; pero ninguna de esas tareas pudo quitarle del pecho la sensación de que se aproximaba a un abismo. Cuando horas más tarde entró a la casa de Alfonso, el aroma que flotaba en el ambiente le confirmó que el desaguizado estaba hecho: el viejo alumno, su disculpa inútil, el trabajo bibliotecario, habían sido los pasos previos para desbarrancar su cordura, y con paso inseguro, obedeciendo a un destino inescrutable, se dirigió a la cocina. Tomás, el mesero, y Roberto, el chófer, que en ese momento se encontraban disponiendo lo necesario para la cena, vieron espantados cómo ocurría algo para lo que no los había preparado el largo entrenamiento en trato social que Reyes les había dado: Novo, todavía con la cuchara del caldillo de chipotle metida en la boca, se amorató de envidia al punto de la apoplejía, se medio irguió, se volvió hacia los criados mirándolos con infinito rencor, y se limpió un hilillo pardusco que se le escurría de los labios. (Tómese en cuenta, para aquilatar la dimensión del susto que sentían, que esos fieles criados habían visto a los excéntricos invitados de Reyes dar espectáculos casi inimaginables: a Renato Leduc rompiendo adrede una tacita de porcelana de Limoges para desacompletar un juego de té; o a doña Virginia Fábregas cuando derramó una copa entera de vino tinto de Burdeos por el solo gusto de echar a perder un mantel de hilaza de Brujas, que Reyes se había traído de Europa cuando fue embajador en España.) Ambos, chófer y mesero, dejaron escapar una tipluda petición de socorro que solamente de imaginarla me hiela la sangre. Novo, por su parte, los ignoró y salió tambaleándose de rencor de la cocina. Todavía no enfermaba físicamente, pero ya daba muestras del trastorno emocional del que haría impúdica ostentación en los siguientes meses.

Según la misiva que me escribió Julio Torri, antes de que finalizara aquel banquete (que hizo historia en la vida sociocultural capitalina), Reyes y Novo se habían enfrascado en el famoso duelo que da pie a este relato. Para entonces ya se habían producido los pequeños escándalos que a partir de entonces fueron de rigor y que hicieron de La Capilla Alfonsina un territorio a prueba de aflicciones: Lupe Marín había logrado que su amante en turno se largara de la cena, hecho una furia, cuando la encontró besándose, con incansable morosidad, con el amante en turno de Machila Armida; un diplomático ruso, metido de incógnito por Maples Arce, se paseaba por la sala con el torso desnudo mostrándole a varias señoras las heridas que sufrió en el ataque al Palacio de Invierno; Torres Bodet (que ya estaba, sin saberlo,

camino de convertir su autobiografía en un Evangelio apócrifo) había dado un discurso moralista a los sirvientes que se lo permitieron; el jovencito Ramón Gay saludó (de beso en la boca) al ministro de marina; y a la hora de los cognacs, en un raptó de Inspiración hermética (nada frecuente en él), Pedro Henríquez Ureña confesó que era vidente, aficionado a la astrología, y soltó un horóscopo que prometía ser espeluznante: «Aparentemente», dijo cerrando los ojos como para entrever mejor el mapa celeste en su cabeza, «los astros no le son propicios a nadie esta noche», hizo una pausa y tragó saliva. «Lo único que veo», agregó con voz ronca y cadavérica, «son desgracias, castigos, envidias, y una nube blanca que a lo mejor significa purificación»; cuando los abrió se quedó viendo a Salvador y a Tita Casasús, «a ustedes se los va a cargar la chinampina», les dijo inmisericorde. Desgraciadamente no pudo decirle su destino a los demás porque Tita, que como de costumbre era la más perturbada de la reunión, se quedó mirando a Pedro con palidez ardiente y labios secos, con la piel un poco amarilla, y como si meditara en la mentada chinampina se levantó de su silla echando por la boca espumarajos de berenjena bañada en salsa de bechamel de cilantro, se le fue encima y lo arañó todito; cuando pudieron separarlos Tita alegó que con aquellos sus ojazos de charro mexicano, Henríquez Ureña la había hecho entrar en trance y que se sintió poseída por fuerzas diabólicas. Alfonso estaba negro de coraje, aunque muy orondo, con la larga servilleta blanca que, colgada del cuello de la camisa, le servía de babero; dice Julio Torri que los cachetes le retumbaban, la barbilla le temblaba, que el pecho se le hinchó tanto que parecía un puro apretón de carnes, que el pelo de las sienes se le levantaba encuernado (como si se hubiera puesto chiqueadores de alcanfor), y que de su gesto de niño bueno apenas y restaba la insignificancia de sus labios carnudos apretados como en un despunte de puchero. Tenía aspecto de que aquello debía ser decididamente doloroso. Tal vez fue ese el instante que Salvador aprovechó para montar su escena de celos y declararle la guerra a Alfonso Reyes: apenas había dado la última probada al pastelillo que sirvieron para acompañar los licores, y miraba circunspecto a su plato vacío, cuando con voz pausada pero torpe, dijo: «O le quito la cocinera a don Alfonso, o me suicido». No resistía, ni siquiera como posibilidad, que Poncho disfrutara de aquellas delicias todos los días y que él no. «*It's so ordinary*», agregó crípticamente para aquellos iniciados en las múltiples variedades de la envidia que quisieron entender el mensaje. Su rostro —altanero y gallardo— se ariscó y adquirió una tonalidad como de manzana *golden grimes*; con una mano empezó a sobar su mejilla derecha, y afiló, con la otra, las cejas en las puntas; brevemente acomodó el escasísimo copete que caía sobre su frente, e hizo un comentario algo malévoló: «Es de los reyes descendiente, eso lo sé, pero no atino a saber si será Alfonso sobrino, o sencillamente sobrante». La envidia le cuarteó la cara y la rispidez se llevó, de un tajo, su aire de Oscar Wilde de la colonia del Carmen Coyoacán. Alfonso somió y se hizo el que no había oído nada.

La carta de Torri concluye en tono que va de la bravata al registro historiográfico:

No te puedo contar más, Uriel, pues por razones que paso a explicarte, tuve que abandonar la cena, o quizá, porque ya no tengo fuerza para seguir escribiendo en el tono heroico y valleinclanesco que la materia de lo narrado requiere, ni siquiera en el *mood* que la ternura impondría. Fíjate que Mariano [creo que se refería a Mariano Aceves] se emborrachó —nota que ahora se emborrachan todos y no yo como antaño (¡oh gratísimo y lejano 1910!)— y no tuve más remedio que acompañarlo. Estuvo muy gracioso. Dijo que el inconveniente de la borrachera era que los muebles estilo imperio se le transformaban a uno en muebles estilo mission. Ante la Venus de la Alameda tuve que lavarle la cabeza y los brazos a las tres de la mañana (sí, ya es casado y los solteros tenemos pavor por las escenas conyugales), mientras que él le decía a Venus, en latín macarrónico, las cosas más graciosas. ¡Ah, Uriel!, es una pena que te pierdas de esta aventura que el bueno de Alfonso nos está haciendo vivir.

Tuyo: Julio Torri

Nuestra aristocracia intelectual, que ahora tiene fama de exquisita, entonces vivía aburridísima (era como el *Rotary Club* de la cultura), y se desperezaba de vez en cuando para comentar algún suceso escandaloso: el adulterio de Cuesta y Lupe Marín, el mordisco que Tina Modotti le dio a Vasconcelos en una oreja para vengar a Antonieta Rivas Mercado; el combate de epigramas lascivos que sostuvieron Novo y Andrés Henestrosa (que publicaron en *El Chafirete*, la revista de los choferes); o la acusación perpetua de plagio en que vivía Agustín Yáñez. El pleitazo de Novo y Reyes por la cocinera fue la noticia a ocho columnas de aquel, el año de la envidia encarnizada.

Para entender mi participación en esta historia me veré obligado a confesar que me metí en aquel enredo, que no era de mi incumbencia, gracias a mi tórrida relación con Pita, sima y cima de mi vida sentimental. A nadie voy a ocultarle que desde chico tuve alma de ropero, y que he sido mujeriego a carta cabal, pero lo que me sucedía con Pita iba más allá de cualquier aventura, de mi voluntad y fuerza, más allá, incluso, de mi sensualidad trastornada por todas las mujeres que se me han cruzado en el camino. Frente a la pasión que esa mujer me inspiró, cualquier otra fue como un pálido reflejo de lujuria infantil. Apenas la veía empezaba a temblar, me ponía nervioso, y si de casualidad se me acercaba empezaba a balbucir tonterías. Por eso, indirectamente, me había aliado con Salvador en contra de Reyes. Me explico:

Vi por primera vez a aquella que fue mi musa y mi tormento en el departamento de Villaurrutia. Dije vi y miento, pues la oí, sentí, olí, miré y en mi imaginación la palpé. Qué digo la palpé, desde el primer instante la desnudé con la mirada y empecé a recorrer su piel palmo a palmo, a besarla en todos los recovecos (la tersura de las coyunturas despierta toda la furia que hay en mí), a chiquitearle besos en el cuello, a lamerle el ombligo, ¡ay! para qué digo más, si la verdad es que ella seguía sentada en un largo sillón, con no sé quién, haciendo alarde indiscriminado de su levantamiento de cejas (ni aún ella, con su desesperada originalidad, se libró del contagio de ese gesto peculiar de las mujeres mexicanas de los cuarenta: expresar la variada gama de las sensaciones humanas con las cejas a la mitad de la frente), todos a su alrededor se debían sentir pequeñísimos, abrumados por su belleza ineludible, por la majestuosidad del gesto y por su típico peinado: un chongo saliendo en medio de cuanta flor se podía echar encima. Pita me parecía mirada pura, cuajada (como en salmuera) en su soberbia. A sus espaldas había un cuadro de Ángel Zárraga en el que se veía a un grupo de mujeres futbolistas con la mirada extraviada en el infinito, como si fueran un grupo de filósofas estagiritas que algún chistoso hubiera disfrazado con el uniforme del España; recordaban, por oposición, a la Gioconda con los bigotazos postizos que le puso Duchamp. Del fondo del departamento nos llegaba el arrullo del cuarteto de cuerdas de Gabriel Fauré. Todo estaba quieto, el murmullo adormecido de la conversación nos abrazaba, parecía que nada extraordinario iba a

pasar, cuando intempestivamente Pita se levantó del sofá, arrancó un clavel de su chongazo, lo fue agitando en el aire y se paró en el centro de la sala; abrió las piernas (se despatarró, como se dice en el lenguaje taurino), extendió los brazos y miró en su alrededor como buscando inspiraciones astrales. Todos entendimos que se disponía a estrenar un «Nocturno» de Xavier: «Tengo miedo de mi voz y busco mi sombra en vano. ¿Será mía aquella sombra sin cuerpo que va pasando? ¿Y mía la voz perdida que va la calle incendiando?» En un instante la habitación se llenó de rumores silenciados, de insomnio de soledad, de angustia, de una cierta nostalgia por la muerte, íntima y personal, que Xavier había dejado vibrando en su poema. Ni con mucho era la primera vez que yo lo escuchaba, pero para Pita (que sí lo declamaba por primera vez) era como parirlo en ese instante, como si antes de que ella lo dijera el poema no hubiera existido jamás. Su voz grave —cabalgando en los versos de Villaurrutia, enllamarada, templada en el horno de Vulcano— caló en mis huesos y empezó a revolotear en mi oído como un crujido de enramaje viejo incendiándose con el ritmo ambiguo del «Nocturno grito». «¿Qué voz, qué sombra, qué sueño despierto que no he soñado serán la voz y la sombra y el sueño que me han robado?» ¿Quién nos llevaba por la noche, la sombra, el silencio, el deseo, el sueño, como si descendiésemos por los infinitos anillos de los círculos del Infierno del Dante? ¿La palabra enrarecida de Xavier, que anunciaba un abismo sin fondo donde se precipitaba la conciencia del existir?, ¿o el sonido de la voz de Pita, fantasmagórico, como tomado prestado de las trompetas de los ángeles? El despliegue de las cejas de Pita se adornó con un elegante manotear alrededor de la cabeza, y de mirada pura, quedó convertida en ademán turbulento, en poesía abrasadora. Al que te dé gallina no le niegues el alón, me dije hipnotizado por la voz y la figura de aquella diosa, y comprendí que Pita era a la poesía lo que Tongolele a la rumba. Cuando finalizó, las aguas contenidas de la emoción del auditorio se desbordaron en un escandaloso aplauso, en bravos estremecedores, en aleluyas pseudorreligiosos, mientras que ella, Pita, permanecía en pose de estatua de la libertad: con la flor desgajada (por los ajigolones propios del poema) en lo alto del brazo simulando al faro redentor. No fue siquiera capaz de inclinarse para agradecer la ovación, con los ojos alucinados permanecía atenta a sus propios fantasmas, pero a pesar de su orgullo intachable sentí que aquella era la mujer de mi vida (todavía hoy, infame de mí, lo sigo creyendo). Cuando me acerqué a ella, la corriente eléctrica que despidieron nuestras manos al tocarse me confirmó que estábamos hechos el uno para el otro.

—Pita, soy Uriel —dije, dándole al tono de mi voz un aire familiar, algo como para que ella pensara que nos conocíamos de siempre.

Pita contestó como si efectivamente nos conociéramos de siempre:

—Querido Uriel, tanto tiempo.

No viene al caso contar nada más de lo que pasó en aquella reunión. Creo que Rodríguez Lozano preparó un ponche donde mezcló ginebra con ron y tequila, ponche que fue la causa de que una compañera del Partido Comunista en la

clandestinidad (el Partido, no la compañera), diera un discurso reaccionario bailando el Can-Can sobre la mesa del comedor, y que Carlos Chávez interpretara «Estrellita» a ritmo de tango. Para mí, simplemente, fue la noche decisiva en mi educación sentimental de seductor, cuyo clímax y desenlace tuvo lugar cuando llevé a Pita a su casa de las calles de Abraham González. Yo vivía más arrancado que las mangas de un chaleco, pero con tal de parecer un caballero había mandado pedir un taxi en vez de llevármela en un San Rafael y anexas, que era para lo que mi presupuesto alcanzaba, ¿pero si acaso una mujer como Pita acepta pasar una reunión escuchando babosadas y riéndose de los chistes más simplones, y al final, como si eso hubiera sido poco, se dice complacida de irse con uno, y en su afirmación se le descubre un dejo de lascivia, se calculan pesos y centavos?

Durante el camino fuimos hablando de quiromancia, de magia, de astrología, de adivinación. Yo ya sabía de esa manía de Pita por sentirse ocultista o iniciada, como me dijo Owen alguna vez, pero si cuando lo supe por Gilberto me burlé y me pareció una *snob*, entonces, en el taxi, escuchándola y contestándole sandeces me dio la impresión de que era una iluminada. «Soy una piscis típica: contradictoria y hechizada por el amor»; «a mí una gitana en Puebla me dijo que estaba protegido por fuerzas inconcebibles y que se veía que había tenido muchas vidas»; «en cambio yo, Uriel, puedo mirar en la laguna estigia de tus ojos que te falta mucho por vivir». Yo, enloquecido porque la había tomado de la cintura, tuve uno de esos momentos no tanto de idea como de reflexión rápida, una de esas fracciones de segundo en las que se estudian posibilidades y opciones, y me lancé con una especie de aforismo del que el taxista se carcajeó: «Pareces un ángel impoluto al que Dios prueba haciéndolo lindar siempre con el mal». No tengo la menor idea de lo que le quise decir, pero al contrario que al taxista, a Pita le causé una impresión muy honda. Date a deseo y olerás a poleo: recuerdo que se estremeció, que mi mano quedó encima de uno de sus senos, que cerró los ojos, se acercó a mi oído, me chupeteó el lóbulo y me dijo —impalpablemente pecaminosa, nostálgicamente sensual— que había escudriñado certeramente en las intenciones de quien guiaba sus pasos en este mundo: «Me obnubilas con tu percepción, siempre estoy a punto de abrasarme en las llamaradas de la perversidad, es como mi karma»; y como si fuera recital poético-lascivo, volvió, entre pujidos, a recitar a Xavier: «Para oír brotar la sangre de mi corazón cerrado ¿pondré la oreja en mi pecho como en el pulso la mano?» Como espanto, Villaurrutia nos cercaba, en medio del miedo y el insomnio en que vagaban sus versos, en la soledad de la noche de la cual se nutrían, con un afán que tenía algo de demoniaco para ennoblecer las caricias que nos estábamos dando, o para confirmar que, efectivamente, Pita estaba condenada a ser un ángel perverso. Yo hundí mi nariz en el hueco que dejaba el escote entre sus pechos, sintiéndome una mezcla de hipnotizador y padrote de Tepito. Entonces usaba, como todo el mundo, sombrero de fieltro, y el que llevaba esa noche (uno de los que se llamaban *homburg*) se me resbaló de la cabeza y quedó sostenido por el prendedor de Pita, sobre uno de sus senos,

convirtiéndola en una especie de perchero fetichista. Mi americana cruzada (de solapa en pico y abrochado en el último botón), dificultaba un poco mi capacidad de maniobra, pero aún así, con miedo a rasgarla por la espalda, seguía casi encima de mi nueva enamorada. Mi mano hurgaba en sus muslos regordetes, húmedos por el sudor del verano, y como no me atrevía a avanzar más allá, me entretenía tratando de zafar las medias de su tirantera, imaginando que en el triángulo que formaban la cara interna de su muslo izquierdo, la de su muslo derecho, y el bosque milagroso de todos mis pesares, se concentraba todo el vértigo del mundo y la dulce ansiedad de mi Pita por mí mismo.

El resto del camino lo hicimos entre suspiros, besos, toqueteos, e invocando a una señora que Pita llamaba la Isis develada; escuchando las risitas del chófer y el radio que acababa de encender: «Oiga usted cómo suena la clave, mire usted cómo suena el bongó, diga usted si las maracas tienen el ritmo que mueve al corazón».

—¡Qué pachangón nos estamos corriendo, ¿no míster?! —comentó el taxista en uno de los momentos en que yo salía, a tomar aire, de entre los pechos de Pita.

Al final nos hicimos una extrañísima promesa de amor que, como la plástica y nuestros besos, estuvo contaminada de magia y morbosidad. Estábamos parados en la puerta de su casa, mirando la Osa Mayor que brillaba sobre nuestras cabezas. Habíamos llegado a un punto a partir del cual yo ya no sabía cómo continuar, pues no me decidía a pedirle ni que me dejara pasar, ni a invitarla a un cabaret (Las Catacumbas, por ejemplo, hubiera sido un sitio ideal); bueno, ni siquiera a proponerle un matrimonio alquímico o cualquier otra cosa que sonara congruente con la evolución de nuestra amistad, así que, ante la indecisión, me dije, ahora es cuando yerbabuena a darle sabor al caldo, y le besé largamente la palma de la mano esperando que ella tomara la iniciativa. Ella —tomando la iniciativa— dijo algo que cambió el rumbo de mi vida:

—Así es que tú y yo estamos destinados a una vida tormentosa, de hoteles clandestinos, pasiones desenfrenadas e infidelidades sin límite.

Me quedé de una pieza. ¿Qué entendía ella exactamente por hoteles clandestinos?, ¿los que no aparecían en la guía Michelin, los que decían «albergue», las casas de huéspedes, los «moteles» que están en las carreteras, u otros que yo desconocía? ¿Cuáles eran las pasiones desenfrenadas?, ¿una subclase de los pecados capitales? ¿A quién le íbamos a jugar las infidelidades sin límite?, ¿al mequetrefe con el que probablemente estaba casada? No supe qué decirle, sacado así, de improviso, de mi carácter de hipnotizador apadrotado de Tepito y metido al de galán carpero que de incógnito se hace pasar por quiromántico. Supe mucho menos qué decir cuando ella me agarró de los cachetes y me besó apasionadamente.

Se trataba de una farsa ridícula, pero yo estaba habituado a las farsas. En cierto sentido se podría decir que mi vida ha consistido en pasar de una farsa a otra y que me he acostumbrado a representar a un payaso, con la nariz de bola roja, el pelo de zacate color zanahoria, los zapatos como aletas y los pantalones bombachos que se

me caen en el momento preciso. Era una farsa, naturalmente, pero como tantas otras, estaba dispuesto a representarla de forma sublime. Lo que me dijo Pita al final del besazo, relamiéndose los labios, fue el punto Omega de mi vida circense.

—¿Qué va a decir Poncho cuando descubra nuestra aventura?

No supe tampoco qué contestar. Primero pensé que su marido, o quien fuera con quien vivía, se llamaba Alfonso, pero inmediatamente me alcanzó la certidumbre de algo fatal: Poncho era nada más y nada menos que Alfonso Reyes. ¿Era su tutor?, ¿la estaba enseñando a declamar?, ¿eran o habían sido amantes, aunque nunca nadie lo hubiera comentado en público?, ¿habían sido tan discretos con sus amores como para burlar nuestros comentarios viperinos?, y si no fuera así, ¿por qué diablos tenía algo que comentar de nosotros? Un beso más —estridente, estrepitoso, lengüetón— cortó de cuajo las dudas que ella misma había hecho nacer en mi alma.

—Tal vez eso nos tengan deparado los astros —comentó impertérrita, sin imaginar siquiera el efecto devastador que esa generalización apresurada iba a tener en mi vida. Sonrió y yo no habría de olvidar nunca más el fulgor de sus dientes a la luz de la luna.

Me fui (me corrió, pues yo no me movía del zaguán de su casa), idealizando a Pita y tarareando la canción que, como telón de fondo, había acompañado nuestras confesiones esotéricas: «Oiga usted cómo suena la clave, mire usted cómo suena el bongó». Años después, viendo a Gene Kelly en *Singing in the rain*, volvería a experimentar la emoción con que aquella noche me había separado de Pita. Yo, que era un provinciano, un autodidacta, que me pasaba añorando mis paseos por la Alameda de mi Puebla de los Ángeles, que sentía nostalgia del día que fui a conocer la casa de mi abuelo en Izúcar de Matamoros, que siempre pensaba que la sierra de mi estado era la puerta de entrada al cielo (aunque estuviera todo perturbado de mosquitos picotones), había venido a toparme de manos a boca con una musa citadina, nada menos que con una piscis típica, con la Circe de San Rafael. Me la imaginé como la púdica Venus de Botticelli, la caliente Leda de Velázquez, la inmaculada Virgen de Murillo, la hipócrita Maja de Goya. La vi succulenta en carnes, dándome la espalda, tendida en su lecho, mirándose al espejo, mientras que yo cerquita, convertido en cisne, deseaba meterme entre sus muslos. La imaginé alternativamente desnuda y vestida, mística y endemoniada, mostrándome su pubis y escondiéndomelo bajo finas sedas. Pasé por variados estados emotivos: la adoración, la calentura y la vergüenza; confundiendo las ganas de reverenciarla con la de esconderme y masturbarme mientras veía su imagen en una estampita. Mis fantasías fueron tales que no reparé en la sarta de mentiras que Pita me había dicho en la puerta de su casa, ni en que tenía que haberle preguntado si el lamoso Poncho era acaso Alfonso Reyes, como fatalmente lo había presentido, pues ése sería (como fue) el talón de Aquiles de nuestra relación. El que se hace de miel se lo comen las abejas.

Con el tiempo descubrí que mi presentimiento era verdadero y que Pita era una inconsecuente, pues después de una docena de veces, aproximadamente, en que hice

esfuerzos agotadores para poner en práctica lo de la vida tormentosa, llevármela a los que yo consideraba hoteles clandestinos para experimentar las pasiones desenfrenadas y las infidelidades sin límite, Pita salía con que no era capaz de faltarle a Alfonso, al fatal Alfonso Reyes de todas mis desgracias, como lo llamaba yo a partir de la tarde en que Pita me confesó la pasión que la embargaba por el gordo.

—¿Estás comprometida con él? ¿Eres su amante?

Yo empezaba a sentir que mi cerebro se apagaba y oscurecía y que me fallaban las piernas y los brazos.

—No, sostenemos un amor platónico —me respondió Pita haciéndome sentir como me sentía—. Somos dos séfiras, Hod y Netzach, destinadas a saberse complemento una de la otra, pero siempre alejadas, separadas por Yesod. Somos la misma esencia divina desgajada en dos seres que no pueden unir sus vidas.

Tuve ganas de decirle que estaba suscrito al *Esoteric Fans Magazine*, y que por lo tanto estaba familiarizado con los últimos avances en materia de cábala, pero me ganó el coraje y le dije algo que me pareció indiscreto y ofensivo:

—No entiendo nada, lo que se llama nada. ¿Cogen o no cogen?

—No hace falta que entiendas querido (ni tampoco lo otro, si he de serte sincera), yo sé mi cuento, pero debes saber que si te amo, que si soy débil y cedo a la pasión que me inspiras, es por impura, pues debería consagrar mi alma a mi buen Alfonso y olvidarme del sexo.

—Me estás tomando el pelo, no te burles de mí, Pita —dije, sarcásticamente, sintiendo que mi personalidad de payaso afloraba sin remedio. «Sólo falta que de verdad se me caigan los pantalones», pensé.

—No me burlo, Uriel, sería incapaz de jugar con las fuerzas que nos dominan —me respondió Pita, una vez más, con una de sus tantas sutilezas hipócritas—: No soy tan ingenua. Te lo digo para que sepas que entre tú y yo habrá de todo lo que te dije, pero de aquellito, nada.

«Cuando hay medio para carne es vigilia», pensé, viendo las suculentas proporciones de mi amada. «Al igual que con Poncho, conmigo amor platónico y ya. Después de todo, no me puedo andar cogiendo a todas las mujeres con las que tropiezo.»

Gilberto Owen, que entre otras muchas cosas fue un ser sabio y decía saberlo todo, me contó que alguna vez María Zambrano le leyó las cartas a Pita, que le descubrió la influencia de quién sabe qué séfira en su vida, y que Pita, con esa tendencia indiscriminada a la grandilocuencia y la fábula, se construyó su romance cartomántico con Reyes, pero que éste, ajeno por completo a su destino seráfico con ella, la ignoraba campantemente. Incluso, Owen me confirmó que la misma Pita andaba corriendo el chisme de que la Zambrano le había asegurado que ella era miembro de el gran desfile de las almas en pena. Yo sé que María era incapaz de esas inconsecuencias, pero de verdad que Gilberto me lo contó así. Sonó como a lectura de acta de asamblea de sociedad secreta: «El pleno desea manifestar que la

compañera Pita, aquí presente, pertenece a el gran desfile de las almas en pena, y que ha quedado registrada la protesta que hace la manifestante, por la cual jura salvaguardar y cumplir los estatutos de el gran desfile...» Mi Pita comerciaba con las almas del más allá, es verdad, pero en pequeña escala, como si dijéramos que al menudeo.

—¿No es para conmover Uriel? —continuó Gilberto, muerto de la risa, aquella tarde memorable en que trató de hacer tiritas el prestigio de mi Diosa—. Y lo peor es que la indiferencia de Alfonso ha dado pie a que Pita siga elaborando con vueltas y más vueltas su pasión dizque cabalística, creyéndose que ese romance imposible es su karma, y que, de no ser por él, se habría vuelto prostituta, que el gordo la hace sufrir pero que la está salvando de un destino inefable de putería. Yo que tú, Urielito de mi vida, me alejaba de ella.

Yo me daba cuenta que no era el destino, ni el gran desfile..., ni siquiera aquella lectura de las cartas de la Zambrano lo que me alejaba de Pita, sino que el famoso nosequé de Alfonso había hecho su aparición, y yo enlodado y confundido dentro de la laguna Estigia que ella misma descubrió en mi mirada, había venido a enamorarme de una de las tantas mujeres que vivían rendidas a sus Inexplicables encantos.

Me atreví al ridículo, por conquistarla puse al servicio de mi seducción (y sus caprichos) cuanto acto de galantería conocía, pero siempre fracasé. Hice de todo, pero en todo Pita me respondió con sus evasivas maledicentes. Si no, véase lo que me dijo una tarde en que trataba de convencerla de que se fuera conmigo al Tepozteco, que allá las fuerzas del más allá actuaban con una cierta ligereza y nos iba a hacer muy bien.

—No insistas, Uriel de mi alma, pues déjame decirte que tú estás destinado a otra mujer.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, lo sé —me dijo, lanzándome una fría somisa de sabiduría mal pagada—, ¿qué no te has dado cuenta que soy un poco espiritista, bruja y adivina?

Sentí que me estaba liando con la campeona nacional de quiromancia de longitud, y que lo mejor que me podría pasar, como me lo recomendó Ovven, era alejarme de ella, pero claro, no lo hice, porque para esas alturas ya estaba enculado a muerte.

—¿Y por qué no has de ser tú con quien yo me despose? —pregunté ahuecando la voz. (Ya sé que nadie habla así, ni dice «me despose», pero ni modo, Pita me había cercado con su retórica y yo le estaba respondiendo con la mía.)

—Porque no, hay otra mujer en tu destino. Primero lo vi en la laguna Estigia de tu mirada, pero dudando de mi perspicacia, aquella primera noche en que literalmente me enloqueciste, te tiré un Tarot.

Sí había otra mujer: mi Lupe, pero como se verá más adelante, ya estaba muerta (aunque se había convertido en la extorsionadora de mis sueños), y era imposible que Pita supiera de ella, a menos que sus artes adivinatorias la hubieran metido hasta la recámara de mis desvaríos oníricos. Sus palabras y premoniciones me asustaban, o

aún más, hacían que la maraña de sentimientos amorosos que por entonces sentía se enrareciera más y más (con el consecuente desastre en mi enculamiento), y a mí no me quedaba otra más que seguir en mi papel de tarugo, y como cualquier tarugo seguí con nuestro diálogo:

—¿Que me hiciste qué?

Sentí su mano en mi entrepierna, excitándome furtivamente. Pita tenía la cara relajada, los ojos bien abiertos, como llenos de brillante lascivia, pero insistía en la misma cantaleta:

—Te hice un tendido, *darling*, te eché las cartas, me encontré con tu alma reflejada en la magia de esa sintaxis del antiguo Egipto llamada Tarot, y vi en el arcano mayor de Cáncer, combinado con el cinco de copas, que te casarás con una buena y santa mujer.

Era tarde para volverme atrás, así que, mordiéndome los labios, arremetí contra sus vanidosas argumentaciones:

—Que yo quiero que seas tú.

Usé valientemente esa forma hiperbólica de insinuarme con dos propósitos distintos: primero, para darle a conocer que estaba dispuesto hasta a casarme con ella; y segundo, para mentirle, pues yo y todo el mundo sabíamos que Pita no era una buena mujer y mucho menos una santa.

—*Carrement funeste* —contestó a manera de no, mirándome con su acostumbrado aire de lascivia contenida, sin Importarle lo que la frase original hubiera podido significar; y entonces, me recitó a García Lorca sin importarle tampoco que viniera o no a cuento—. El sueño va sobre el tiempo flotando como un velero. Nadie puede abrir semillas en el corazón del sueño.

«Me parece que soy la víctima adecuada para que la gente sienta que puede hablar de las cosas más profundas de mi vida», pensé con incomodidad y mudé un poco de color, muy levemente, pero es que en Pita —lo intuí por primera vez— todo parecía ser sugerencia más que acto, ilusionismo pasado por verdad: fantasía, magia, pase de prestidigitador frente a los ojos. ¿Sabría en verdad lo de Lupe? No, claro que no. A lo mejor Pita (la Pita que yo veía) no existía en lo absoluto, sino que era un fantasma que ella había inventado, una entidad burlona e irritante, cuyos mensajes parecían querer tomarnos el pelo a todos, y tenía razón (aunque también lo hubiera inventado) pertenecía a el gran desfile de las almas en pena y era una pura ilusión. Me sentí presa de *delirium tremens*, como Edgar Allan Poe.

Durante mucho tiempo sufrí espantosamente con aquella situación, pues cada palabra, cada mirada, cada caricia que nos dimos estuvo contaminada de postrimerías. Como hubiera dicho mi amigo Julio Torri: el que te quiere te apalea, y yo, entre explicaciones del Tarot, versos de García Lorca, y diálogos oníricos con mi Lupe, me sentía atacado por huestes angelicales que hablaban como doña Rosita la

soltera. Por primera y única ocasión en mi vida tuve no sólo un rechazo (casi positivista) por el más allá, sino una aversión visceral por la cultura, y escuchar, por ejemplo, las canciones para soprano de Manuel M. Ponce me significaba un auténtico suplicio (en realidad estas canciones nacieron para ser un suplicio). Pero al cabo de una serie interminable de encuentros semieróticos para vencer las negativas de mi Pita, en un intento sobrehumano de clarividencia (con o sin el arcano mayor de Cáncer al centro del tendido), con el alma hecha trizas saqué la conclusión que Pita era (y tal vez lo siga siendo) lo que se llama una calientaculos, no hay vuelta que darle; una pérfida calientaculos que entre otras muchas cosas había logrado que la confianza que siempre tuve en mis dotes de conquistador se despeñara por el desfiladero de sus negativas esotéricas, y que mi amistad con Reyes entrara en una etapa crítica que, de no haber sido por la cordura de ambos, hubiera sido el fin de años de confianza y afecto.

Por esa antigua amistad, por obligación o sanidad moral, en nombre de nuestro buen humor y por muchas otras cosas incluso, debí haber hablado con Alfonso y preguntarle si él sentía las mismas cosas que Pita por él, o si al menos correspondía a su relación seráfica (o como se le quiera llamar), pero me abstuve, nomás dejé que la ira me inundara y que la pasión por Pita fuera la guía de todos mis actos.

«Bueno, eso de Pita y Reyes no puede ser amor, ¿verdad?», me decía a mí mismo para consolarme, «¿pero entonces qué es? Egoísmo, pura y simplemente egoísmo platónico: un nuevo pecado capital del alma que finge (la de Pita). ¿O será simplemente vanidad? Sí, quizás eso, sólo vanidad, Pita no es tan original como para andar inventando pecados capitales.»

Estas reflexiones me llegaban al corazón, pero sin embargo durante meses cometí las torpezas más inauditas y me rebajé hasta lo indecible para ver si conseguía los favores de mi amada, hasta que al final, no sé a santo de qué tuve la genialidad de volverme un anacoreta y curarme del amor de aquella perversa recluyéndome en mi casa a escribir mi *Manual del perfecto caballero*, y en una ocasión (de regreso de la editorial y de cobrar el mísero anticipo por el que me comprometí a trabajar como un burro), le di lo que se llama el adiós postrero o para siempre.

—No te importunaré más, Pita —le dije, levantando una ceja, como Pedro Armendáriz en *Enamorada*—. No hay caldo que no se enfríe, corazón. Me encerraré a escribir un libro que me contrató don Rafael.

Me miró con sus letales ojos pardos, pardos e impenetrables, y yo sentí que aumentaba el calor en mi nariz de bola.

—Cariño —contestó ella con la barbilla levantada, separando cada sílaba— ca... ri... ño..., haces bien en alejarte.

No quise escuchar qué más podría decirme pues di media vuelta y me alejé de aquel lugar de concupiscencia, con la firme intención de no dejarme embaucar más por Pita, pero sin estar dispuesto, tampoco, a culparla del todo, pues por un buen rato (tres meses, ocho días y seis horas) culpé a Reyes de que no se me hubiera hecho con

mi amada, y que su relación cabalística hubiera dado al traste con mi ilusión de una vida intensa, poética, romántica, sin el inconsecuente del arcano mayor de Cáncer en mi futuro.

Vista con la frialdad que dan los años, aquella decisión apresurada fue la que provocó que yo me pusiera del lado de Novo en el duelo épico por la cocinera: yo, resentido con Alfonso porque me había birlado a mi musa, y ensoberbecido él, Reyes, por los guisos de la tía Chole, nuestra reconciliación era imposible. Así, pagano de la ignorancia y la injusticia, mi castigo fue doble: me perdía no sólo de los mínimos favores (léase «acercamientos venéreos») que hasta entonces Pita me había permitido, sino también de las bacanales Petrónicas (como Torres Bodet llamaba a las cenas que preparaba la tía Chole), a las cuales Reyes seguía invitando a todo aquel que consideraba digno de paladear el *savoir*. Mientras que yo, que había sido el alma de tantas empresas culturales —el promotor de un sinnúmero de libros y revistas, el autor intelectual de manifiestos, el instigador del grupo de choque que madreó a los estridentistas— vivía en la nostalgia, alejado de ambas, de Pita y la tía Chole; en fin, después de tantos y tantos logros en el terreno de la cultura, no solamente había perdido el saludo de muchos envidiosos en la calle, sino que estaba excluido del sitio donde ahora se llevaban a cabo las reuniones candentes: el comedor de Alfonso Reyes. Así pasaron días, semanas y meses, y en el espejo de mi soledad vi crecer los instantes crueles y monótonos que iban dando cuerpo a mi libro, pero entre los cuales iba envejeciendo sin que acabara de olvidarme de mi Pita. Amor con celos causa desvelos, y tuve que pagar con ruina la promesa de un desliz arrebatado, noctámbulo, incumplido y feliz.

A menos de que convengamos que estoy mintiendo (convención realmente imposible, pues como decía mi difunto Aquiles, «cuando digo que la burra es parda es porque tengo los pelos en la mano»), no es creíble que un hombre como yo, tan experimentado en amores, cediera tan fácilmente a los caprichitos de Pita, pero debe considerarse que estaba pasando por uno de los momentos más malos de mi vida (la crisis de los cuarenta todavía me hacía estragos), mi equilibrio emocional estaba en trance, y como si ello fuera poco (ya lo dije en el capítulo anterior), había empezado a soñar con Lupe, que no era una Lupe cualquiera, pues yo, como cualquier mortal, tuve un primer romance de juventud, pero al contrario de la mayoría de los mortales, el mío fue con un mito, con la Afrodita azteca, con *the mexican spitfire*, con la Tonantzin de la huasteca potosina: nada más y nada menos que con Lupe Vélez.

Todo esto viene a cuento de mi relación con Pita, porque si esta mujer prodigiosa (Lupe Vélez) no hubiera tenido la muerte que tuvo, si en cierta forma no supiera que yo (a causa de nuestro rompimiento) era responsable de su enorme inseguridad, si no hubiera estado soñando que su fantasma (envuelto solamente en su rebozo con un paisaje bordado con chaquira) venía a advertirme de un mal quiromántico, quizás hubiera mandado a volar a Pita y nunca hubiera hecho caso de sus desvarios. Pero no era posible, de la suerte y de la muerte no hay quien se escape, y yo estaba presa de ambas (de mi mala suerte y de la reciente muerte de mi Lupita). Veámoslo en este ejemplo: una de esas noches en que mi mala pata me había hecho regresar de casa de Pita con un palmo de narices, caí rendido en mi cama, me sumí en un sueño pesado, y aunque el cuerpo parecía no obedecerme, en la madrugada me desperté sobresaltado y vi, como suspendido en el aire, al espectrazo de Lupe Vélez —chaparrón, transparente, casi desnudo—, que me decía: «No te hagas güaje, Urielito, que no te vaya a pasar lo que a mí, que yendo a pelar ovejas salí bien trasquilada. Un mal se cierne sobre tu cabeza. Conjúralo, haz lo que tu corazón te manda. Sé, sé tu guía». Una advertencia de esas proporciones no se deja al garete, y ya que mi corazón me lo mandaba, pensé que solamente un acostón con Pita podría conjurar el mal y decidí seguir de terco.

Como no quiero dejar resquicio alguno para las dudas y suspicacias de muchos (a

los cuales conozco mejor de lo que creen), voy a pasar por encima de todas mis reservas, voy a ignorar incluso mi sentido innato de la discreción y narraré la verdadera historia de la muerte de Lupe Vélez para que se aquilate no solamente lo que significaban sus visitas oníricas, sino lo que sus advertencias llegaron a decirme entre líneas.

Aunque Lupe había muerto por las navidades del año anterior, hacía solamente unos días que su fantasma me visitaba. Quizá se había olvidado de mí, pero al verme enredado con Pita decidió protegerme y venir desde el más allá para avisarme de los peligros que acechaban mi futuro. Desgraciadamente, por el estado emocional (suficientemente descrito en el capítulo anterior) en que me encontraba, yo era capaz de confundirlo todo y trastocar un consejo en una amenaza, o interpretar las visitas protectoras de Lupe como funestos signos de calamidades crípticas. Cuando se iniciaron aquellas audiencias noctámbulas creí que la mejor (o única) manera de esclarecerlas era sincerándome con Novo, pero él no andaba para escuchar mis desgracias, había perdido el seso y hablaba como si estuviera hechizado; es verdad que me confiaba los pesares que le causaba la tía Chole, pero apenas escuchaba lo siniestro de mis males. ¿Cómo contarle una verdad tan terrible?, ¿cómo esperar que sus palabras trajeran paz a mi turbulento corazón? Con una cautela realmente sorprendente, no me atreví a decirle ni pío de mis pesadillas, y tuve que arreglármelas yo solo para entender el significado de las visitas de mi Lupe. Debo aclarar, sin embargo, que ninguno de mis temores era totalmente injustificado, pues si ahora todo mundo sabe que Lupe fue una envidiosa de lo peor, entonces, cuando soñaba con ella, sólo sus más íntimos tal vez lo sospechaban. Tengo una foto de ella en la que (sentada frente a un tocador; vestida con un camisón transparente; de espaldas a la cámara, su rostro se refleja en un espejito de mano) muestra su portentosa anatomía. La dedicatoria es un insulto: «Para que veas lo que te perdiste». Alude a nuestro romance, cuando todavía se llamaba Guadalupe Villalobos y no era famosa; cuando nos íbamos dizque a platicar a la sombra del ahuehuete que estaba en la esquina del edificio donde vivía su abuelito, y yo le sobaba los senos mientras ella me contaba la película que había visto esa tarde, mezclando la anécdota con descripciones de la belleza de los hombres que habían aparecido en la pantalla, y, para variar, terminábamos haciéndonos promesas de matrimonio, pidiéndonos que no nos fijáramos ni en otros hombres ni otras mujeres, medio jadeantes, sin que yo hubiera acabado de comprender nada de lo que me había contado (en ese sentido, por lo confuso y desbocado, el estilo que tuvo Lupe para contar películas fue un antecedente legítimo de la forma narrativa de los filmes de Juan Orol). Sus apariciones en mis pesadillas, debo reconocerlo, obedecían a esa misma lógica de churro mexicano, y producían en mí la misma vaga sensación de escalofrío que experimentaba cada vez que iba a ver una joya de la cinematografía nacional al cine Balmori.

En uno de aquellos fatales días del año 45 en que nos encontrábamos en mi casa bebiendo un jerecito (haciendo un paréntesis para dar una tregua a nuestra envidia),

Salvador descubrió la ya mencionada foto de Lupe (que yo tenía sobre una mesita llena de recuerdos familiares). Mientras la observaba dijo con sarcasmo inaudito (no en él, que siempre se burló de todo, sino inaudito porque iba dirigido a Lupe en esa pose de tentación) que la Vélez siempre fue de aspecto muchachil y rostro lilial, dulce, arrogante y querubínico, pero de un carácter, heredado de la rama paterna de su familia, que desmentía su apariencia angelical.

—Lupe fue propensa a la ira —agregó Novo, levantando su hoy famosa mano siniestra—, caprichosa, mimada, dilapidadora, orgullosa, arisca. Su imagen venía a ser el reverso de su temperamento melindroso.

—Y eso por decir lo menos acerca de ella, ¿no, Chava?

Y, claro, sin el menor deseo de ofender.

—Al contrario, querido Uriel: ¡en su defensa! Y, ya que la quisiste tanto, tú deberías hacer lo mismo.

Levantó su copa y brindó por ella con voz engolada y estentórea:

—En defensa de la envidia.

Le conté entonces, conmovido por su frase, cómo nos cachó su mami en un retozón *non sancto*, cómo me sacó del armario (donde nos sorprendió), y nunca más me permitió verla. Lo nuestro era amor, amor del bueno, y hubiéramos hecho una pareja histórica si su bendita progenitora no hubiera soltado el tipludo grito de «puuutaaaa»; si no me hubiera jalado de las orejas; si al menos me hubiera dejado explicarle, para que no se estuviera imaginando cosas, por qué tenía metida mi mano dentro de la pantaletita de su hija. No creo que haya sido adrede, pero con aquella actitud su madre condenó a Lupe a asumir eso que ahora se llama «rol vital», y, la mera verdad, queriendo evitarlo le metió lo puta hasta la médula de los huesos, y no solamente hizo pedazos su autoconfianza, sino parte de la mía también.

—Pude haber sido su redentor, Salvador, y mírame, fui el instrumento que el destino usó para tirarla a la perdición. Llevo esa culpa sobre mi conciencia.

—Urielito de mi vida, siento decirlo, pero estás que ni mandado a hacer para personaje de don Federico Gamboa.

Preferí ignorar si su comentario era un insulto o un piropo, y seguí pensando en la cara de espanto que puso Lupe, ahí en el armario, paralizada en su posición fetal; en sus ojos que me suplicaban que la salvara de la arpía, que no la dejara sucumbir ante la loba; en los girasoles que yo le había ido ensartando en el cabello; en su cuerpo terso, todavía delgado, aunque lleno de curvas por todos lados; en su seno albo, fuera del sostén, que fue la última imagen que tuve de aquel amor pendenciero (pues el jalón de su madre me nubló la vista). Por más que hice después, nunca la pude volver a ver, parece que alguna vez me escribió una nota de auxilio que no llegó a mis manos, y que para liberarla de mi influencia e insistencia, su madre (otra vez su madre) se la llevó a vivir a Los Ángeles. Obras son amores y no buenas razones, pero no pude hacer nada por detenerla, por evitar que la loba cimentara la desvaloración hacia sí misma que la llevó a su trágico final. Algún amigo que la vio hacer sus

pininos en Hollywood me habló de ese sentimiento de inseguridad que fue su peor defecto, que yo bien conocí a través de los diálogos que nos llevaron a escondernos en el armario, y que sin duda se acrecentó cuando su relación conmigo terminó de manera tan abrupta.

—Ya sé que vas a pensar que es una explicación simplista —le dije a Novo bastante contrito, con la foto de Lupe entre las manos, sintiendo el dolor de su dedicatoria—, pero no he podido liberarme de la culpa que siempre he sentido hacia ella.

—El destino es el destino, Uriel. Contigo o sin ti, la ambición de Lupe hubiera triunfado sobre sus buenos propósitos. ¡Convéncete!

No sin amargura, entonces, me puse a contarle, no mis sueños (como hubiera debido), sino todo lo que sabía acerca de la serie de acontecimientos, dignos de película de los hermanos Marx, que a Lupe le costaron la vida.

Resulta que una mañana (muy quitada de la pena, como si su historia no estuviera a punto de ponerla a prueba) Lupe entró al vestidor de su mansión de Beverly Hills, y sin qué ni para qué, sin justificación alguna, encontró a una de sus secretarias probándose uno de sus vestidos favoritos; la Vélez, que se las traía como pocas, montó en cólera, se le fue encima a la chica vociferando maldiciones, e importándole un rábano el valor del vestido, se lo arrancó a manotazos, dejándola desnuda. ¡Menuda sorpresa! La muchacha tenía un cuerpo prodigioso; firme, pequeño, torneado, apenas cubierto por un levísimo vello rubio que le hacía aparecer la piel como cáscara de melocotón. La Vélez, muda, retrocedió. En ese momento se le vinieron a la cabeza multitud de cosas que había venido escuchando en los últimos días: le habían dicho que su agente (que era el amante de turno de Lupe) salía con esa secretaria, que había perdido el seso por ella, que la malvada medio lo explotaba, y que si él seguía con Lupe era por birlarle los dolarucos que su chamaca le exigía; el chisme le había parecido una exageración, ¿cómo iban a pensar que ese galancete muerto de hambre iba a preferir a otra mujer?, pero tener enfrente el motivo de la exageración (propiamente de carne y hueso) la amedrentó un poco, y, dado que era muy morbosa, la conmovió la intimidad inintencional que se había creado en el estrecho vestidor. La jovencita, ofendida, se sacó de dentro un mal carácter que nunca le hubiera sospechado: se quedó parada donde estaba, abrió las piernas como para que sus caderas y su sexo resaltarán, acarició sus senos, alborotó su cabellera negra y le dijo: «Vieja envidiosa, lo que pasa es que ya está refea y no soporta que una esté tan güena». Lupe se acordó de la chiquilla indocumentada que le habían traído hacía tres años, de su mirada gacha, su vestido negro y sus modales michoacanos; «dele chance», le había pedido la señora Beulah Kinder (que había sido su asistente y compañera durante los últimos años), y por lástima, la Vélez había contratado a la infeliz. ¿En este monstruo se había convertido aquella niña tímida? ¿Qué contestarle ahora? ¿Con qué argumentos rebatirla (que no fuera darle un buen jalón de pelos)? ¿Cómo defenderse de la insolencia de la fiera? ¿Cómo sacar la garra, la autoridad, si

su cuerpecito la había desarmado? Sin pensarlo más, Lupe le aventó un cojín que tenía a mano y le dijo, con voz temblorosa, de pito de tren alejándose de la estación: «Vístete y lárgate, desgraciada. Uno las saca del fango y así pagan, canijas». No satisfecha con la humillación, la secre tomó el vestido rojo de lentejuelas (el famoso vestido del escote que llegaba hasta el principio de la nalga, que tantos desvelos le causó al último marido de Lupe), unos zapatos de raso blanco y el chal bordado con chaquiras e hilo de oro (con el que yo soñaba a mi amada noche a noche), donde se veía el paisaje mexicano, con los dos volcanes, la nopalera y el sol despuntando en el horizonte. «A mí se me va a ver muchísimo mejor», dijo la escuincla envalentonada, «así que me lo llevo, total, como dice el Johnny (o sea, el hasta ese momento no mentado agente, pero nombre del hombre en el que habían estado pensando las dos mujeres), usté ya's tá pa'l arrastre. ¡Quédese con su rencor, vieja horrible, que yo me llevo puesto este vestido!», y se fue.

La Vélez no pudo, o no fue capaz de detenerla. Se derrumbó en el sillón de su tocador, llorando, cumpliendo una rutina de sobresaltos faciales que terminó en una expresión similar a la que se ve cuando alguien se mira en un espejo estrellado. Parecía un Picasso cubista. Nunca (lo sé a ciencia cierta) en todos sus años de actriz había logrado tal eficacia en el gesto, tal dimensión de la actuación, tan conmovedora imagen. Presa de la impotencia prendió la marquesina que rodeaba el espejo. La luz, su reflejo, la mala suerte, le mostraron un rostro surcado por líneas de rímel, donde las patas de gallo, la incipiente papada, las arrugas en las comisuras de la boca, la V en la frente, le enseñaban la versión actual de lo que había sido su belleza. Lupe pasó una mano por su cara, intentando inútilmente reencontrar la lozanía de su juventud, sustituida ahora con pastas de maquillaje, con rubor exagerado, con sombras verdes y violetas en los ojos; falseada en las fotografías que circulaban por ahí con tomas bien pensadas, con ángulos en que la luz la favorecía, con gestos repetidos hasta el cansancio; su juventud trucada, disimulada su gordura, ocultando su decrepitud, simulando su belleza, que en la soledad de su vestidor era un lujo de la ausencia. Se le apareció entonces, como fantasma en el espejo, el cuerpo esbelto de la secretaria. Lupe creyó ver los movimientos suaves, como de película en cámara lenta, con que abrió las piernas, irguió el busto, alborotó la melena, y ella, *the mexican spitfire*, imaginó cómo se entreabrían sus labios, los de la cara, brillantes por un resto de saliva, y esos otros de su bajo vientre, humedecidos por la violencia de su rabia, por el poco recato con que ella la miraba. La Vélez sintió que se desvanecía, que se derretía su famoso orgullo en el charco de su pasión, humillada porque deseaba que su secretaria no se hubiera ido, porque se excitaba con el solo recuerdo de sus muslos firmes, con el de las nalgas musculosas, con el de los vellos tupidos y abultados que remataban en la imagen escondida de su sonrisa vertical; pensó en la cabellera — rumorosa, estrepitosa, volcánica— que no era más la de la chica, sino la de una ninfa odiada y deseada al propio tiempo. El mismo deseo que sentía era una forma de humillación, de locura, de decrepitud anticipada. En el espejo se le aparecieron

(filmados en blanco y negro) los ojos oscuros, la piel satinada, la tez canela, la carcajada lanzada al aire, el orgullo sin medida, el desprecio en todo su esplendor. El recuerdo entero contrastaba con su rostro en el espejo, cada momento más estropeado, tupido de colores revueltos en los párpados, resquebrajado el colorete de las mejillas, la tristeza y la envidia campeando por todos lados. Con esa cara, con esa mueca descompuesta, la Vélez decidió su vida.

—No sigas Urielito —me dijo Novo, cubriéndose los ojos con las manos—, ¡nomás de imaginármela se me pone la carne chinita, chinita!

—Ojalá y todo hubiera acabado ahí, Chava, pero no.

—Te imaginas lo que hubiera hecho De Sica con ella de tenerla al alcance de la cámara.

Esa noche Lupe dio una gran fiesta a la que asistieron todas sus amistades, y por lo que se dejó ver, también una que otra de sus enemistades. Cuando todos se hallaban reunidos en un patio mexicano —lleno de fuentes, arreglos florales y mesas rebosantes con bandejas de sopas, guacamole, quesadillas, pambazos y tacos diminutos— Lupe apareció en lo alto de una escalera, ataviada como princesa azteca —falda blanca y colorada, sin blusa pero con un portabustos verde (en forma de nopal), y penacho monumental, gris y blanco, manufacturado con plumas de guajolote— custodiada por una docena de guerreros entre babilónicos y olmecas —con cascabeles huicholes en las muñecas y los tobillos, que agitaban al ritmo de un tinkul que resonaba a lo lejos—. El público quedó perplejo frente a la aparición precolombina, y los guerreros, aprovechando la confusión que causó entre la concurrencia la sofisticada vestimenta de la anfitrióna, empezaron a besarse los unos a los otros mientras un rumor de escándalo surcaba el patio mexicano. Lupe, parada en lo alto de la escalinata, iluminada por dos poderosos reflectores, con una mano en lo alto y la otra sobre su chichi izquierda, glamurizada por el hielo seco que brotaba de unos enormes jarrones de talavera, era lo más parecido a la visión del más allá hollywoodense. Su belleza, pese a todo, era deslumbrante y le iba al parejo a su enorme inseguridad.

Gracias a que el agente se los había pedido, los invitados se formaron en una larga fila al pie del primer escalón y empezaron a aplaudir y a gritar bravo bravo, mientras Lupe descendía lentamente, en zigzag, tomando de la mano a cada uno de sus guerreros. Cuando estuvo abajo, uno por uno de aquellos sorprendidos invitados al ágape (ya para entonces calificado de inmisericorde por los partidarios del buen gusto), le dijeron que estaba hecha un mango. Ésa fue la manera que el agente encontró para pedirle perdón.

La historia, el origen y los motivos de este perdón son una apología de la truculencia, pues esa mañana, por teléfono, su agente y amante de turno se habían tenido que zampar no sólo la chilleta de Lupe, sino el reclamo que no podía contener un segundo más en la garganta: «Cómo puedes engañarme con una tipeja como mi secre»; «¿pero cómo crees, Lupita?»; «¿de verdad le dijiste que estaba pal arrastre?»;

«¡hijoles, pero qué mentirota!, ¿me crees capaz, mi reina?»; «ella misma me lo dijo, canalla, bajo, padrote, cinturita. ¡Te creo capaz de eso y más!»; «*darling, don't be silly*, si para mí tú eres todo, lo mejor de lo mejor, me cai»; «que te caiga tu abuela, mantenido, conmigo no vas a jugar»; «ay, ay, ay, Lupitita, no me trates así»; «si tú crees que una mujer de esa calaña es más guapa que yo lo vas a pagar muy caro»; «mira nada más, ora sí que la hicimos. Te apuesto lo que quieras a que en la próxima fiesta todo mundo te dice que estás muy buena, que eres la más buenísima de todas las mexicanas de California»; «pus entonces que esa fiesta sea esta misma noche». Y así quedó concertado el convivio, y que él, *Johnny the greatest*, se ocuparía de que asistiera la crema y nata del mundo del celuloide.

La fiesta resultó carnavalesca, esperpéntica, apoteósica, digna de la fábrica de sueños en que siempre quiso vivir mi Tonantzin de la huasteca potosina. Empezó como una ilusión de Cecil B. de Mille y terminó con la mayoría de los ilusionados cantando «Cielito Lindo», completamente borrachos. Dicen que Cary Grant (que ya empezaba a destacarse como el prototipo de la futura virilidad de la meca del cine) estuvo muy solícito, platicando alegremente con Ricardo Montalbán; que Dolores del Río se paseó por los jardines bailando tap, al ritmo del jarabe tapatío, con la peregrina intención de volver a fascinar a Fred Astaire (ya se sabe que así había conseguido su contrato para *Flying clown to Rio*, entre otras malas artes que también puso en práctica); que Chaplin perdió el sentido por una mesera de trece años a la que le propuso que actuara con él en su próxima película; y que el Ciego Benítez (que, aunque no hablaba ni escribía inglés, reportaba para una revista norteamericana de nota roja), creyéndose Mike Hammer le fue a dar una patada en los güevos a Ronald Reagan, que empezaba a destacar en papeles de segunda, pero que ya le caía muy gordo; esto no solamente echó por tierra el buen ambiente que se estaba creando en la fiesta, sino que ahora a él, al Ciego, le ha costado la visa americana porque Reagan tiene influencias en el gobierno gringo y ha puesto a Benítez en la lista de indeseables. Este hecho (patada en los güevos y no pérdida de visa) fue seguido de otros, a cual más desafortunados: el primero fue que Benítez, huyendo de unos gorilones amigos de Ronnie, empezó a llamar a los gritos a la secretaria, la provocadora de todo el drama, y Lupe, *ipso facto* se sintió ofendida.

—No vayas a creer, Chava —dije, interrumpiendo mi relato para darle más suspense—, que todo esto lo estoy inventando, nanay, me lo contó el mismo Ciego en La Mundial, la cantina de todos los periodistas, cuando me vi con él para saber toda la verdad sobre este negro suceso en la vida cultural mexicana.

—El Ciego siempre ha sido bueno para el chisme, ni hablar del peluquín.

«Mira, hermanito», me dijo Benítez muy circunspecto, «ofendida es poco, Lupe se sintió mancillada, ultrajada, casi violada, pues como tú bien sabes, no tenía ni pizca de sentido del humor, y fíjate, lo que vino después le destrozó el corazón.»

Como respuesta a los gritos del Ciego apareció la secretaria de marras, enfundada en el vestido de lentejuelas (también de marras), tras unos macetones que guardaban

la alberca. ¿Cómo había entrado ahí?, ¿cómo burló la orden de «disparen a matar» que había dado Lupe a los guardias por si la veían aparecer de incógnita? La luz entera de la fiesta, entonces, pareció caer sobre la joven que, entre los restos de la neblina provocada por el hielo seco, caminó hacia donde se encontraban los mudos espectadores; el vestido se le amoldaba al cuerpo como anillo al dedo, que todos pensaron que venía desnuda, firme y dura, tal como Lupe la había visto esa mañana en su vestidor, con la misma soberbia con que le infligió el insulto y la clandestina excitación. Los invitados, sorprendidos por la nueva aparición (la primera había sido la de Lupe), regularon, guardando un silencio temeroso, con la vaga impresión de que las mexicanas tenían la costumbre de presentarse de esa forma fantasmágica. El camarada Benítez (como entonces era conocido en el gremio reporteril), valiéndose del desconcierto fue a donde se había quedado parada la secre, la abrazó, y en el mejor estilo de Rodolfo Valentino la besó prolongadamente.

«A mí me había dado la impresión», acotó el Ciego en la aludida comida que tuvimos, «que todo el mundo mostraba una excesiva alegría, una forma terrible e involuntaria de hilaridad, que yo atribuí a que todos se habían percatado de los graciosos gestos que hacía Reagan al sobarse los bajos. Desgraciadamente, Urielito, ésa no era la causa.»

Cundía entre los invitados, efectivamente, un tono de bacanal, de desmadre, o de pelea campal en cantina de *western*. En ese momento, Lola del Río, que empezaba a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, suspendió el zapateado que ejecutaba sobre una de las mesas rebosantes de manjares nacionales, y dejó escapar algo similar a un aullido. *The Howling*, dijo uno de los invitados. Los entonces jovenzuelos, Grant y Montalbán, fueron a consolar con palmaditas en la espalda a la ya para ese momento histórica Lola del Río; ésta los codeó demostrando aptitudes pugilísticas hasta ese entonces ignoradas, fue hasta donde el Ciego y la secretaria protagonizaban su escena de amor, y de un aventón los tiró a la alberca. «Hoy mismo, cuando me hacías el amor, méndigo invidente, me juraste felicidad eterna», jadeó Dolores, ya histerizada sin remedio, incapaz de cualquier pensamiento constructivo.

«Ojalá y eso hubiera sido cierto, Uriel», me comentó el Ciego visiblemente perturbado, saboreando unas enfrijoladas de fantasía. «Ojalá. Es cierto que la cortejaba y que de haber podido me habría acostado con ella, pero Lola era rejega, y aunque se decía enamorada de mí, nunca me las dio. Alguna vez escribiré una especie de largo reportaje autobiográfico en el que, aunque mienta, me la eche literariamente con todas las de la ley, pero te juro que en la realidad no se me hizo con ella, ¿qué gano yo con negártelo?» «¡Vieja arpía!», gritó desde la alberca la secretaria, dando palmotadas para no ahogarse, «todas ustedes son unas envidiosas.» El destino, que aparentemente no tenía nada que ver con la pobre, la había colocado frente a las únicas dos mexicanas que habían triunfado en Hollywood, y ese mismo destino truncó sus ambiciones de tiple. La versión que el Ciego dio de ese suceso (en un fragmento que publicó el suplemento *México en la cultura* de su proyectado reportaje

autobiográfico) es una vil mentira. Ni Lupe fue a tratar de ahogar a la jovencita, ni Lola del Río se soltó a llorar desconsoladamente en el hombro de Fred Astaire, ni Ronnie Reagan echó balazos al cielo, ni pasaron ninguna de las otras mentiras que el Ciego escribió. Lo sé porque yo tengo en mi poder un recorte de *The Beverly Hills Herald*, donde se puede comprobar que la verdad fue muy otra, verdad que yo estoy tratando de reproducir aquí (por así convenir a mis intereses): a duras penas la secretaria salió de la alberca empapada hasta el último milímetro de su piel de melocotón, el vestido se le había enrollado a la altura de la nalga y era un remedo inútil de su piel morena, el maquillaje y el peinado se le habían descompuesto, pero aunque estaba para dar lástima, su belleza era aún más patente gracias a las gotas de agua que le escurrían por todo el cuerpo, reflejando con destellos multicolores la luz de los reflectores; y si antes había aparecido como un fantasma, entonces, en esa pose —embravecida, encueradona y vulgar— era uno más de los manjares mexicanos preparados para esa cena. Desde lejos, Lupe Vélez lo miraba todo, medio espantada, con la excitación crispándole el deseo, pero encorajinada, sin atinar a comprender la encrucijada que la mala suerte le había tendido. Quizá se acordó del día en que su santa madre nos descubrió en el armario a punto de cometer lo peor y sintió el mismo escalofrío de angustia recorriéndole el cuerpo, con la certeza de que el tiempo de la saña volvía para acabar con su vida. Sus ojos, grandes y expresivos, se achinaron con el mismo horror de siempre, chasqueó la lengua, encogió los hombros, miró al cielo, pero un instante después, su mirada chocó con la figura enclenque de su agente, con su rostro habitualmente baldío, y una corazonada fulminante le hizo saber que algo había tenido que ver él en todo aquel enredo que se había creado a su alrededor. Lupe quiso encender sus pupilas, pero el famoso hechizo hipnótico de su mirada la había abandonado, y su labio inferior la hacía aparecer como una imbécil; sin embargo (consta en la crónica de sociales a la que hice referencia) el ya mentadísimo agente tuvo la delicadeza de enrojecer cuando se percató de que *the mexican spitfire* se lo hubiera querido escabechar. Tenía la cara inflamada, pálida e hinchada y le costaba trabajo respirar.

«Y sí, mi hermano, fue todo culpa de él», me aseguró el Ciego. «Él me había contratado para asistir a la cena y representar la escena de amor con la secretaria, ¿qué te voy a contar?, aunque no estaba tan buena como decían. Yo de güey que acepté, bueno no tanto, pues estaba muy bruja y necesitaba unos dólares milagrosos, así que estuve de acuerdo en representar el papel de galán. Según el tipo ésa era la única manera para que Lupe se convenciera de que él no andaba con la secretaria: si la chica tenía el mal gusto de andar conmigo, la Vélez sabría que era imposible que hubiera aceptado salir con él. Cuando me lo dijo, así con esa desfachatez que tienen los pochos, me dieron ganas de madreármelo, y si no lo hice fue por hambre, te lo juro. Él inventó toda la escena, la aparición, el beso y todo, pero no contaba con mi odio visceral hacia Reagan, ¿pero a quién no le dan ganas de patear a un tío así, que es un descastado y un arribista? Y, bueno, ya sabes todo el resto.»

—El asunto no fue ni tan fácil, ni tan claro, Urielito —me interrumpió Novo, que tenía su propia versión de los hechos—, en la base de todo se encontraba una injuria, o en el mejor de los casos, una mala jugada. Tú ya sabes que Pepe Gorostiza vivió enamorado de Lupe, ¿no? —(yo ya sabía)—, pues él me dio otra versión de los hechos:

La versión de Gorostiza, palabras más, palabras menos, es la siguiente: parece ser que fue el mismo agente el que le sugirió a la secretaria que se burlara de Lupe, pues ésta estaba últimamente muy engreída y por cada contrato quería cobrar una fortuna. Sammy Goldwyn ya se había quejado con el representante, pues de seguir Lupe en ese plan de *expensive diva*, todo el negocio se iba a ir al traste. Una bajadita de humos, viniendo de la misma secretaria, no le haría ningún mal, pensó el agentucho, pero el tiro le salió por la culata. Con la bromita la Vélez cayó en tal estado depresivo que se vio obligado a inventar la fiesta apoteósica, el show de Benítez y todo lo demás, pero la Lupe le salió con su domingo siete: no fue más que ver el estado del desaguisado que se había armado para sentir la misma corazonada fulminante de esa tarde: tomó tres botellas de tequila, llamó a los que parecían los más machitos entre los guerreros de su comitiva olmeco-babilónica, y se fue a la recámara con ellos (y las tres botellas) dispuesta a una encerrona de alcohol y sexo.

En la madrugada la fiesta había degenerado hasta el punto de parecer una caricatura de Freyre. En el jardín, varios de los invitados, arrodillados, le rezaban a una Diana cazadora (reproducción de la del Paseo de la Reforma), que estaba en lo alto de una de las tantas fuentes; otros se arrastraban por el suelo en busca de botellas semivacías, con colillas de mariguana en la comisura de los labios; algunos otros simplemente seguían haciendo el amor cubiertos por manteles que habían jalado de las mesas, para que con el sereno de la mañana no les diera pulmonía. Lupe, en su cuarto, desmayada en su cama, en medio de los guerreros muy machitos, se despertó con un agudo dolor en el bajo vientre. Algunos dicen que había bebido tequila hasta decir basta, otros que unas quesadillitas de huitlacoche le cayeron mal, unos que se había embotado de barbitúricos, los más coinciden en que una combinación de todo le había no solamente destrozado el intestino, sino que, como era de esperarse, le había robado las ganas de vivir, y así, en ese estado que lindaba con la extravagancia nutricional, Lupe se levantó de su cama y fue al baño a volver el estómago. Encendió la luz, se hincó sobre el guater, y en el agua de la taza volvió a ver la imagen que, como remordimiento, desde esa mañana la acechaba. Volvieron las arrugas de los labios, las patas de gallo, la mueca cadavérica, las oquedades marcadas por el rímel: la decrepitud, toda, reflejada en el fondo del caño.

—¿Te la imaginas? —me preguntó Novo, al ver que me era imposible cerrar la boca del puro susto—. La belleza deslumbrante, el orgullo sin fronteras, la *vieillesse dorée* del *star system* nacional derrotada en un excusado como espejo. Cualquiera que se precie se suicida y Lupe no iba a ser menos, metió la cabeza en el agua y se ahogó.

Los diarios del día siguiente dijeron que había sido un desafortunado accidente, a

mí, Novo (transmitiéndome la versión de Pepe, que en su vida dijo una mentira) me dejó convencidísimo que había sido un suicidio, y, para no quedarme con la duda, me volví ayer después con el Ciego Benítez, que me lo confirmó, aunque con una variante un poco más asquerosa.

—Así es, Urielito, Chava no te mintió, aunque no es que haya metido la cabeza en el agua de la taza, sino que el susto le provocó náusea, y la náusea un desmayo, y Lupe murió ahogada, voluntariamente o no, en su propio vómito.

Oyéndolo vi a la muerte en Lupe Vélez como rondándome por todas partes, sentí que me acompañaba una calaca, y pensé en ella asustada, en cuclillas dentro del armario, ajada en el espejo, humillada por la secretaria, asustada porque su madre la llamaba puta, desahuciada en el fondo del caño, noviendo en la esquina conmigo creyendo que el futuro entero le pertenecía. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que la acompañaba a comprar el pan?, ¿cuánto desde que su abuelito, don Antonio Villalobos, nos contaba historias de la revolución, en su casa de la calle de La Fuente?, ¿hacía cuánto que don Antonio me había recomendado con Luis Cabrera para que me contratara como uno de sus tantos secretarios? La vida, entre el miedo, la obstinación, la envidia y las imágenes desproporcionadas de esos días, seguía siendo un circo.

Durante semanas congelé el recuerdo que me había hecho de la muerte de Lupe, o mejor, de la imagen de su suicidio, pero a últimas fechas, cuando Pita me provocaba pero se resistía a ir a la cama conmigo, la soñaba flotando sobre mi cama, vestida tan sólo con su chalecito volcánico cubriendo sus vergüenzas. Su rostro lilial se acercaba a mí, me daba un beso en la frente, me tomaba de la mano y me llevaba hasta el guater color de rosa de mi baño, y ahí veía su cara ajada, maltratada por el rímel, que se diluía en el agua transparente: «Ésa es la mera laguna Estigia de tus ojos», me decía con voz cadavérica, como si fuera la del profeta Daniel... no, un momento, como si su voz fuera la de Pita, como si mi Pita usara a la Vélez como muñeca de ventrílocuo. ¿Se imaginan lo que era eso? (¿loquera eso?, como diría Villaurrutia). «Tu sensualidad es tu karma. Debes expiar tus culpas en el sexo», agregaba la muy cabrona a mis espaldas. Sentía todo lo que Lupe debió haber sentido al verse en su propia laguna Estigia, y toda mi vida (sobre todo la parte que viví con ella) transcurría en un segundo reflejada en el agua cristalina de mi guater y me daba cuenta de que Pita sabía más acerca de mi persona de lo que yo me confesaba, y con esa certeza de funeral me despertaba sobresaltado para encontrarme con la oscuridad de mi cuarto, y un eco del más allá que se extinguía con los primeros rayos de la mañana me ordenaba: «Cógetela, cógetela, có-ge-te-la, có... ge... te... la...»

No creo poder dar más detalles de mis sueños, pero me gustaría dejar la impresión de que en algún lado había una puerta lateral que se abría gracias al pleno fluir de la vida, pero que una ráfaga de negro tiempo rugiente, que sofocaba con el látigo de un huracán un grito de solitaria desesperación, la cerraba produciendo el estruendo apocalíptico del fin de todos los amores.

¿Cómo, me van a decir ustedes, si estaba tan enculado de Pita, si tenía aquel complejote de culpa por la inseguridad de Lupe, no iba a ceder al influjo quiromántico-tarótico-astral-onírico con que en mis sueños se me ordenaba la continuación de mis asedios a Pita? ¿A ver, díganme ustedes, cómo, a santo de qué, para qué carajos? A lo mejor a otros hombres no les hubiera amedrentado ninguna de estas cosas, volvamos a llamarlas premoniciones, pero no se trataba de otros hombres, sino de mí, de Uriel E. Alatríste.

Así pues, volviendo a nuestro asunto, debe resultar obvio que yo estaba enfermo de amor. Mortalmente enfermo, con las defensas en el punto más bajo: un ligero ataque de tos me hubiera matado como si hubiera contraído tuberculosis. No podía hacer otra cosa más que pensar en Pita. «Voy a ir directamente a su casa», me decía, «llamaré al timbre y entraré dándole un empujón a la criada. Correré a su habitación y le diré, aquí estoy mi amor, tómame... mátame de una puñalada... Pero si hace la menor alusión alquímica me le voy encima y la hago mía sin darle oportunidad a nada.» Mientras redactaba mi libro me veía a mí mismo como un criminal de amor, un cazador de cabelleras eróticas, pero cuando en mis sueños platicaba con Lupe, al contrario, me sentía un damnificado de mi pasión, una víctima de la cortacabezas que verdaderamente era Pita, y le decía «¿tú crees que es muy gacho que sea como soy, Lupita? ¿Tú, que eres tan ducha en estas cosas, podrías decirme si hay manera de evitar que la calentura lo pierda a uno para siempre?»

Estaba como engarrotado a causa de mi sufrimiento, dormía y comía con él, como si fuéramos marido y mujer, y si me asaltaba un motivo de felicidad sentía que estaba cometiendo adulterio. Permítaseme confesar con serena firmeza que las cifras de mi existencia en ese tiempo eran: 1) la cultura como tortura; 2) la envidia como expresión de la lucha de clases; 3) la rivalidad como la forma más acabada de la amistad; y 4) mis sueños como prueba fehaciente de que vivía en la realidad. Por una mera casualidad no hice del chantaje o del rapto mi forma usual de trato social.

Todavía hoy, cuando evoco esa época, se me confunden tiempos y sensaciones, a veces creo que lo que hicimos no fue tan malo, un poco ridículo sí, pero no tan desastroso como parece, y sin embargo, siempre que pienso en mí me considero un *clown fellinesco*, trágico más que gracioso, y mi imagen me resulta siniestra. La de Reyes, por el contrario, me es disímbola: tiendo a recordarlo como una especie de marajá de la Condesa —rubicundo y glotón—, pero al mismo tiempo como si se hubiera vuelto un pobre hombre malhumorado e insatisfecho. No nos veíamos, es cierto, pero todas las noticias que recibía acerca de él iban acompañadas de una nada grata descripción de su estado de ánimo: del tipo bonachón, bromista, dicharachero, quedaba poco; había perdido la galantería; y la risa, que fue su gran paliativo en los

momentos desafortunados, brillaba por su ausencia; del gran humanista que yo conocí, quedaba un gordo hosco, presumido, cuyo único placer era engullirse (literal pero no literariamente) los platillos que preparaba su cocinera. ¿Qué no le habría hecho ya a mi Pita? ¿A cuántas bajezas no la habría sometido si por aquel cambio que se operó en su carácter hubiera pasado de ser un amante contemplativo, a uno furioso, posesivo y agresor? Yo, que no sabía lo que le pasaba más que por referencias, daba por un hecho que Reyes se repantigaba de placer con ella, con mi amor platónico. Nunca he estado tan equivocado, pero nunca tampoco he sentido tanta envidia, por lo que en vez de apenarme por Alfonso e ir a aclarar las cosas con él, me quedaba con la pura envidia, rumiando mi coraje.

Tengo que reconocer que ese sentimiento fue mi ruina, que gracias a un elemental sentido del decoro no lo anduve propagando por ahí, y que solamente lo compartí con Novo, pues es *vox populi* que Salvador ha sido uno de los grandes envidiosos que ha dado este país. Nadie mejor que él para comprenderme. Fue por él que me enteré del *affaire* entre Reyes y la tía Chole; por él que tuve un retrato descarnado del humor de Poncho; por él, de los succulentos manjares que preparaba la tía: berenjenas rellenas con champiñones y queso (6 personas), budín fino de robalo (4 personas), buñuelos con puré de patatas (6 o 10 personas), chile poblano relleno de tamal en caldillo de acitrón y chile pasilla (una persona, la tía Chole, pues nadie resistió el cañonazo que significaba degustar tal delicia). Novo me describía los guisos como si aludiera efectivamente a *La cocina de los Ángeles*, el cuadro de Murillo (aunque coincidiera con el nombre de la fonda de la tía Chole), que tantas fantasías gastronómicas había despertado en nosotros, fantasías que fueron sustituidas por una mutua y compartida envidia que dio origen a una especie de hermandad entre nosotros («la hermandad de la envidia», como si fuera novela de Salgari), cuyo objetivo final era fastidiarnos a Alfonso, pues él, a su manera, con distintas mujeres (Pita y la tía Chole) y en diferentes campos (el Tarot y la cocina), nos había derrotado a los dos.

Pero no vaya a colegirse por mis palabras que solamente Alfonso y yo estábamos arrastrando la cobija, no, al Novo de aquellos días la vida no le pintaba mejor que a nosotros. Durante ese tiempo Chava y yo iniciamos, si mal no recuerdo, la costumbre de mandarnos con un propio las notas que habíamos escrito durante la noche. Se nos hacía muy *belle époque*. Todavía guardo una que es como un saldo de lástima de nuestra correspondencia afortunada, y que ejemplifica perfectamente lo que pasaba con Salvador:

Miércoles 27 (casi al despuntar el alba)

Querido Uriel:

Me pregunto, en la sinceridad de la noche, si me engaño a mí mismo cuando asumo que me satisfaría la quietud de una vida tranquila, regulada e isócrona, sin apremios ni compromisos; consagrada a escribir para mi placer, a disfrutar del jardín, de la buena mesa, o del coleccionismo de antiguallas. A veces quisiera tenerlo todo en orden: depararle a cada empresa su tiempo y emprender sólo aquellas cosas que pudiera cumplir con holgura, perfección y reposo, pero me siento inhábil para ello y en mis momentos de arrebatos culpo a deidades inventadas del panteón de Oruba de tener este carácter de veleta; aunque a veces, por el contrario,

atribuyo la razón del desbarajuste e intensidad de mi vida a la dispersión angustiosa de mi clima propio, aquel que nadie me fuerza en realidad a establecer, al que siento que me arrastran las circunstancias, pero al que no he opuesto nunca el dique de una limitación, y el que, en consecuencia, debo admitir (a menos que convenga que carezco de toda fuerza, suposición que por otro lado desmiente mi capacidad de trabajo y atención) que soy yo mismo quien propicia y crea esta suerte de vida atolondrada, poblada de inconexas pasiones, de arrebatos fulminantes, de alegrías desproporcionadas y tristezas extenuantes.

Naciste acelerado, me decía X [se refiere a Villaurrutia] cuando mi prisa por concluir cualquier tarea contrastaba con su morosa delectación en retardar su término. Tenía y sigue teniendo razón. Ahora mismo, ¿no lleno esta página en la madrugada de un día en que no dispuse de un solo momento que guardar para mí, en que entregué, a lo largo de catorce horas de trabajo, todos mis fútiles instantes a los demás? Ni siquiera me reservé el tiempo necesario para registrar, para revivir, todos los episodios que llenaron el lunes y el martes y hoy mismo. Pasan apenas (se dice «como en un caleidoscopio», pero ¿quién ha visto realmente un caleidoscopio?) el patrón del lunes en Prendes, ayer don Pedro y Perico y los banqueros en el Club, hoy los muchachos en el Ambassadeurs; y los periódicos leídos mientras estaba en el baño, y el nuevo libro de don Artemio que tan gentilmente me fue enviado a la puerta de mi casa, y las óperas mexicanas, y las ofertas declinadas, y los martillazos en la tramoya de Bellas Artes, y los costales de carpet grass, y los perros, y las penas; pero, te lo tengo que confesar, no es eso lo que me entristece, lo que me inunda de melancolía y arrastra mi ingenio a desperdiciarse en el ocio y la dispersión, pues por más que voy de aquí para allá, que asisto a cuanta reunión puedo (hasta fui a la fiesta que Dorsey Fisher dio para despedir a Paxton Haddow), no hallo el sosiego que la escritura y mi alma necesitan. Estoy, querido Uriel (ya lo sospecharás), tratando de huir de la cruda realidad, siento que el mundo se derrumba a mi alrededor y no la puedo olvidar. Yo que tan fácilmente creí desprenderme de cualquier cosa, sufro su ausencia como si fuera un abandono premeditado. No cabe duda, Uriel, entre todos los sufrimientos humanos, el que nos produce el rechazo es el que más padecemos. D’you guess who I miss? Chole se ha apoderado de mi alma. Chole y la maledicencia de don Alfonso.

Este estado de ánimo, a pesar de que Salvador hubiera querido ocultarlo al ojo ajeno, era la comidilla de todo nuestro grupo. Según me contó Villaurrutia, por ejemplo, al final de otra de aquellas opíparas cenas que se daban en la casa de Reyes, Salvador había vuelto a montar su numerito de Otelo, y menospreciando a los críticos presentes, les hizo pasar dos horas fascinantes, enigmáticas e irritantes, como si hubieran ido a ver una de esas películas «con fondo», en que a los espectadores les pasan más cosas que a los personajes de la pantalla. Salvador estaba a merced de su propio delirio, encendida el alma en quién sabe qué cantidad de malos pensamientos. Empezó a balbucir cosas que al principio parecían incomprensibles, que levantaron un murmullo de estupor y expectación, hasta que alguien se dio cuenta de que eran parlamentos de una obra de Shakespeare. Como entonces tenía algunos meses de haber sido nombrado director del Departamento de teatro del recién creado Instituto Nacional de Bellas Artes (mejor conocido como INBA), pensaron que Chava estaba ensayando (eso de mezclar citas literarias en su plática fue muy de Novo). Cuando apenas les habían servido una trucha bañada en vino blanco (mechada con pasas, nueces y almendras tostadas), Salvador empezó a recitar mirando fijamente a Reyes:

—Es indicio de un alma apasionada. Es húmeda y ardiente. Requiere oración, largo ayuno, mucha penitencia y recogimiento para que el diablo de la carne no se subleve. Mano tierna, franca y generosa.

—Para todos —me dijo Xavier, entre serio y sonriente, con el mismo gesto que usaba para contarme una película o la ínfima trama de una de sus obras de teatro—, Salvador estaba recitando los shakespeareanos versos aludiendo a la forma en que

había que hincarle el diente a la trucha, o, si acaso, a cómo estaba cocinada; su gesto delataba algo de juego, algo de engaño, algo de broma pesada, pero su disgusto se debía a que la tía Chole llevaba puesta una mascada al cuello, como cualquier Isadora Duncan de la Condesa; mascada que lo remitió a la escena del pañuelo donde Otelo pulveriza la poca confianza que todavía tenía en Desdémona.

La inercia natural de la tragedia isabelina lo estaba poniendo a prueba y él se entregaba a sus brazos sin el menor recato (esa mañana, para no ir más lejos, dirigiendo la mencionada escena, con Augusto Benedico como el moro encelado, y Héctor Gómez como el joven Yago, no hubiera sospechado que en los versos que los actores repetían como tarabilla, encontraría, horas más tarde, una cifra individual para sus propios celos). Nomás cuando relampaguea se acuerdan de Santa Bárbara: el teatro, la envidia, la farándula, se habían vuelto su realidad kantiana, y ateniéndose al diálogo, al ensayo, a su prodigiosa memoria para el verso y al visaje exagerado, intentaba salvar su precaria cordura, pero el mal estaba hecho. No se necesita ser muy creativo para imaginar que en algún momento, cuando por ejemplo, la tía Chole saliera de la cocina (con la famosa mascada verde militar enrollada al cuello), Salvador se comportaría como un auténtico poseído y mandaría a volar su prestigio de primer director de la Compañía Nacional de Teatro: no sería más que verla aparecer para que las fuerzas lo abandonaran, y, también, para que lo abandonara ese sentido tan agudo que tuvo para intuir el ridículo de los demás.

—Qué bonito pañuelo lleva enroscado al cuello tía —diría Salvador, luchando por condensar su rabia en unas cuantas palabras sencillas—. Parece usted sargento bocabajeado. ¿Quién se lo regaló?

Después del cataclismo que provocaría la frase, los comensales quedarían boquiabiertos al descubrir que la tía Chole no solamente no había caído desmayada, sino que estaba dispuesta a arremeter contra su detractor.

—Pus quién va a ser —contestaría la respondona, con los ojos húmedos y un destello (técnicamente inmoral) en la mirada—. Me la obsequió el señó.

Es posible que un traje impecable como el de Salvador, sus modales atildados, sus facciones estilizadas y su fama de hablar un champurrado de inglés y español, hicieran pensar en un ser extraordinariamente decadente, más allá del bien y del mal, incapaz de contestar como una vieja pelada del mercado, pero, como me dijo Xavier: «Chava parecía personaje recién descubierto por el neorrealismo italiano».

—Pero si yo le di una más bonita tía, no es justo —agregaría Novo, colérico y titubeante; pero dándose cuenta del abismo al que su fama se precipitaba volvería sin recato a Shakespeare, y refiriéndose seguramente al pañuelo que él le había enviado hacía unos días diría—: Hay en esos hilos ocultos y maravillosos virtud, como que los tejió una sibila agitada de divina inspiración. Los gusanos que hilaron la seda eran asimismo divinos. —Repentinamente poseído por Otelo, ya sin disimulo alguno, se volvería hacia Reyes y escupiéndole cada sílaba terminaría su parlamento—: Licor de momia y corazón de virgen sirvieron para el hechizo.

—¡Ay qué chocante! La suya ya me la'strené hace un chorro, onde va a creer que me repita —cuchichearía la cocinera, cortando con su voz chillona la inspiración noctambulesca de Salvador.

Reyes, en el otro lado de la mesa, con su acostumbrada servilleta colgando del cuello de la camisa, y, todavía con un bocado de trucha en la boca, mirando de reojo a Salvador, continuaría para desenfado de los comensales (y burla de Novo) con la pregunta que hubiera correspondido a Desdémona:

—¿Dices verdad?

Si Novo hubiera estado en sus cabales hubiera seguido con el parlamento («No lo dudes. Y haz por no perderlo...»), pero hipnotizado por tal cúmulo de insensateces, habría perdido el habla y solamente balbucearía algo incomprensible mientras se le escurría un hilo de baba por la comisura de los labios. ¿A quién representaría entonces?, ¿al director de Bellas Artes indigesto por lo que había comido?, ¿al joven descubrimiento del neorrealismo italiano que se percata de las inconsecuencias de una mujer a la que quiere arrancar del fango?, ¿al mismo joven, hallazgo del neorrealismo italiano (pero en otra película), que se da de narices contra la imposición de la aristocracia?

En realidad, nuestra suposición podría basarse en que hacía mucho que Salvador se había prometido ser el centro del movimiento teatral mexicano, pero sabía que su envidia, su portentosa envidia, era un obstáculo capaz de jugarle muy malas pasadas. Lo sabía desde los tiempos del teatro Ulises, desde la infausta noche del sábado 14 de enero de 1928, en que comentando una nota que había aparecido en *Diversiones*, Toña Rivas Mercado lo humilló al recordar con melancolía la *Antígona* de Sófocles (en la versión de Cocteau) que había visto hacía años en el *Théâtre de l'Atelier* de París; mientras ella hablaba con pasión desenfrenada de Milliaud, de su queridísima Coco Chanel, y de Pablo (refiriéndose a Picasso), Novo sintió sus palabras maledicentes como si estuvieran dirigidas contra él, como si hubieran sido dichas con la pura intención de menoscabar el esfuerzo que todos hacían en el Ulises, y se comportó como si lo dicho por la Rivas Mercado escondiera una humillación ancestral. No le quedó otra más que transformar su indignación en envidia: envidia por ella, Toña —falsamente sofisticada, intelectualizada a la fuerza—, por Cocteau, por Milhaud, por el infame Pablito, y se permitió algunos comentarios ignominiosos para el teatro universal, de los que todos los presentes se burlaron. Hubiera querido quedar bien, decir como siempre algo brillante, recurrir al mismo Cocteau para humillarlo, pero le fue imposible, y soltó una parrafada insulsa.

Desde aquella ocasión habían pasado veinticinco años, pero la envidia seguía ahí, intacta, y de nuevo, su pasión por el teatro pudo no haber sido suficiente para curarlo de los excesos y calumnias a los que se dejaba arrastrar. ¿Qué podía hacer él, después de todo, si la envidia era el reverso de su genialidad? Lo único que le quedaba, después de este nuevo descalabro emotivo-teatral, era el refugio, perturbado hasta la demencia, de su propia envidia.

—¡Ay, Salvador! —podría haber mascullado Reyes con un falso aire de tragedia, limpiándose la boca por todas partes con la servilleta—, ya no moleste a nuestra querida Chole, usted sigue siendo su preferido, pero tiene un devaneo conmigo que no va a pasar a mayores, ya verá.

Todos se darían cuenta que Novo se quedaba achicadísimo con el tono de superioridad que Reyes había sabido imprimir a su comentario. Como estaban en el comedorcito íntimo (el que parecía lonchería), todos tan pegados, ninguno pasaría por alto la somisa de Alfonso, ni el susto de bochorno petrificado en las mejillas de Novo.

Pero hubiera representado o no, ese legítimo *showmanship*, al salir de casa de Poncho, Xavier y Novo se fueron caminando por la calle, cavilando sin rumbo fijo, y por enésima ocasión Salvador juró que no cejaría hasta raptar a la cocinera de Reyes. La película neorrealista seguía en todo su apogeo. Villaurrutia contaba que, todavía en la puerta de casa de Poncho alcanzaron a escuchar que la tía Chole lanzaba un grito electrizante desde la cocina, y que las carcajadas de Alfonso eran tales que seguro se le salían las lágrimas.

—Como si fuéramos personajes de Rossellini, Uriel. Hasta me temí que Salvador se suicidara desquiciándose las quijadas con las manos.

Novo andaba como loco, y a cada rato, como se dice en las novelas, se le oscurecía el semblante. Caminaba como borracho a pesar de que no había bebido casi nada. Su mirada rebotaba por los edificios; gesticulaba moviendo las manos como aspas; caminaba dando saltos para adelante y para atrás, con los dedos gordos de los pies metidos hacia adentro, como si le lastimaran los zapatos; su calva, que todavía no vestía uno de los tantos bisoñés con los que quiso disimular su vejez, parecía una gran bola de cristal iluminada por la rumorosa luna.

Nadie (ni Villaurrutia que me vino con el chisme) reparó en los motivos de esa conducta que tanto se parecía a la de Reyes; todos la atribuimos a la envidia, al coraje, a la maledicencia, pero ninguno dio importancia al hecho de que ambas conductas hubieran irrumpido intempestivamente en el centro de nuestra convivencia exactamente con el arribo de la tía Chole. Nadie, repito (ni yo, que no asistía a los banquetes, pero que me engolosinaba con la rivalidad entre Reyes y Novo por las semejanzas que guardaba con la mía), se percató de la coincidencia, pero al menos hubo quien encontró diferentes justificaciones a la actitud de mis excéntricos amigos.

Para que se vea la magnitud de nuestro embrollo, entro aquí a la penumbra de los comentarios personales, que, como se verá, solían ser desconcertantes. Cardoza y Aragón, por ejemplo, tan dado a la interpretación intelectual de los hechos, dice que si Reyes pasaba por ese mal momento era porque estaba enloquecido con la prosificación del *Polifemo* de Góngora, y que el esfuerzo fue tal que había perdido el seso y todo rastro de buen humor. «Reyes era regordete», escribió Luis en sus memorias aludiendo a aquella temporada, «de rostro lleno y sonrosado, calvicie prematura, pulido y sonriente y culto por todas partes, como una porcelana. La voz, el rápido parecer, lo matizaba con los chisporroteantes ojos chinescos. Su humor, de los

más agudos que he conocido, desapareció una vez, una sola vez en los muchos años en que lo traté, a causa de su terquedad, pues como buen Tauro, Alfonso era terco como una mula y había decidido enfrentarse al inescrutable poema de don Luis de Góngora y Argote, *Polifemo y Galatea*. Ambicioso como nadie, soberbio gigante de las letras, quiso raptar claridad donde solamente habría de encontrar oscuridades. Fue entonces que se olvidó de todo, de sus atenciones cotidianas, de sus buenas maneras, y hasta de contarnos en las sobremesas sus aventuras con Kiki, la de Montparnasse, con las que tanto y tantas veces nos deleitó.» Cardoza ignoraba, evidentemente, que si bien Kiki fue una amante de carne y hueso —portentosa si nos atenemos a los diferentes testimonios— en las crónicas eróticas de Reyes (no recogidas en ninguno de los muchos tomos de sus obras completas) fue el alter ego de todas sus mujeres; pero aún más, Cardoza parece pasar por alto que Reyes era incapaz de impacientarse con Góngora, al que conocía como la palma de su mano, que lo recitaba a la hora del desayuno o cuando probaba una buena copa de vino de la ribera del Duero. No, a Poncho le estaba pasando algo mucho peor. El que de santo resbala hasta demonio no para, y Reyes pasaba por un momento siniestro, causado por algo mucho muy diferente de aquel disparate inventado por Cardoza y Aragón, que si él lo conoció o lo supo, prefirió omitirlo en sus memorias.

Con respecto a lo que le sucedía a Novo, conservo todavía una carta que me envió González Rojo, en la que muestra el desconcierto que le producía la actitud de Salvador: «No puedo dar crédito a lo que tantos me han dicho. Ya sé que no es raro que Salvador se lance contra la gente. Hombre de agudeza singular, dispuesto siempre a percibir en los otros aquellos rasgos que muestren posibilidades de burla o diatriba, nunca va a desaprovechar ocasión para enseñarnos las armas de su ingenio, pero lo que he escuchado acerca de él no es ingenio ni es nada, en ello no hay el menor rastro de inteligencia. Tú mejor que nadie lo sabes, Uriel, Novo no es ningún aúna de Dios, qué va, más parece un Fausto a la mexicana que ha embargado su alma a Mefistóteles a cambio de poseer el don de la ironía y la maledicencia, pero que ha sabido ser un caballero a carta cabal. Salvador es un paradigma y un ser terrible. Hasta me atrevería a decir, sin el menor rastro de albur, que es un noble invertido: burlando la etiqueta le da vigencia. Ya sé que trata de dejar el cigarro, propósito sin duda hercúleo, pero tampoco lo justifico por ello. De ninguna manera es para tanto. ¿Pero, entonces, a qué atribuyes esta desproporción de sus sentimientos hacia Poncho que ni lo elevan ni lo hacen más gracioso?, ¿tú crees que esté envejeciendo a pasos agigantados y que su carácter se esté despeñando en la amargura?, ¿para esto hemos pasado tantos sinsabores?» Tal vez Enrique chico fue el único que, gracias a su calidad de observador desinteresado y profano (por estar lejos en una de sus misiones diplomáticas), atisbo el drama en el que nos encontrábamos envueltos, pero desgraciadamente, para aclararlo o confirmarlo, recurrió a mí, la persona menos indicada para que le explicara el origen y los detalles de la aventura. El hambre le pide a la miseria que le explique las crisis económicas. Según yo, Novo y Reyes

estaban actuando de manera natural, con la pasión que el caso requería.

Debe haber por ahí regados un sinfín de testimonios sobre mi actitud de esos días, testimonios maledicentes en su mayoría, que podrían confundir al posible lector, pero para tranquilidad de mi conciencia debo repetir aquí (hasta que me convenza de ello) que solamente porque sentía perdida toda esperanza de recuperar a mi Pita, y porque imaginaba que al cabo ocurrirían las calamidades que anunciaba Lupe, me comporté como es de todos conocido que me comporté, y vi en el odio y envidia de Novo un aliado inmejorable para que, mediante interpósita persona, el peso de mi ira cayera sobre Alfonso Reyes, el odiado enemigo. De más está decirlo, primero mis dientes que mis parientes, y recuerdo todavía con un estremecimiento de vergüenza que hice todo lo que estuvo a mi alcance para que Chava se saliera con la suya: organicé diferentes estrategias para que se arruinaran las cenas que Poncho prodigaba; intenté sabotear las compras de la plaza; mandé anónimos a la tía Chole; le envié una pormenorizada oferta de trabajo de Salvador (con citas del *Manifiesto comunista*, como para darle un toque de reivindicación laboral, de justicia social permanentemente pospuesta), donde le aclaraba los pros de este empleo sobre el que tenía con Reyes, y que lo hacía quedar (a Alfonso) como un tratante de blancas o de esclavos; hice que Rodríguez Lozano y Agustín Lazo también le ofrecieran trabajo, y que frente a su propuesta la de Novo apareciera como la promesa de la tierra santa; le puse una veladora a San Pascual Bailón, de quien sabíamos que, como toda buena cocinera, la tía Chole era devota; y le leí su novena a San Martín Caballero para que se nos hiciera el milagro, hasta que al fin la conjura y las fuerzas del más allá coronaron nuestros anhelos, pues para principios de noviembre la tía Chole estaba trabajando con Salvador, y Reyes había caído víctima de un agudo ataque de gastritis.

El plan definitivo (que no resultó tan definitivo como nosotros esperábamos), lo habíamos elaborado una mañana en *La copa de leche*, donde Novo y yo acostumbábamos desayunar los martes.

—La amenaza es nuestro último recurso —me dijo Salvador, con voz avinagrada, mirando fijamente hacia la mesa, donde un vaso de café con leche y unas banderillas lo aguardaban.

—¿Amenazarla? ¿Cómo, con qué? No seas ingenuo Chava, por favor —dije yo,

mirando, con la misma intensidad, hacia el mandil de Blanca, la reina de las meseras, que entonces servía en ese comedor, y agregué pensando en ella y no en la tía Chole —: esa mujer parece que va a resistir todos nuestros embates.

Novo hizo una larga pausa mientras parecía seleccionar entre una serie de alternativas tormentosas. Por su mirada, deduje que estaba esperando que alguien le viniera con la noticia de que un novel escritor, desesperado, le había prendido fuego a la casa de Reyes para acabar con su dictadura intelectual (que él disfrazaba bajo su fachada filantrópica). Así se quedó un instante, como dando puntadas sin hilo. Luego dijo sombríamente, en voz muy baja y con infinito desdén, algo que delataba su afición a las radionovelas (aunque él lo hubiera negado siempre):

—Tenemos que inventar algo que la amedrente.

Por un momento, olvidándome del mandil, cruzó por mi mente la imagen de Novo, disfrazado de San Pascual Bailón, como un aparecido en la cocina de la tía Chole, diciéndole, con voz estentórea y carvernosa, que si no dejaba a Reyes le quitaría el don de la buena mano. Sabíamos, como dije, que la aludida cocinera tenía debilidad por San Pascual Bailón, el santo de los cocineros, y que incluso, como buena supersticiosa, cuando parecía que un platillo se le echaba a perder invocaba a su santo patrón. «Pascualito muy querido», decía hincada a las puertas de la cocina, golpeándose el pecho con el puño, «mi Santo Pascual Bailón, yo te ofrezco este guiso si tú le pones la sazón.» La puerta de la cocina estaba cerrada a piedra y lodo y la falsa beata no permitía que nadie entrara pues San Pascual, atendiendo a sus ruegos, había bajado del cielo a enmendar el desastre que había dejado en la estufa, y si alguien lo veía en el trance sazónador nunca más atendería sus plegarias. El truco nunca falló pues nunca, que se sepa, alguno de sus guisos estuvo fuera de su punto. La tía Chole tenía buen santo y buena mano, mano que San Pascual llevaba, de aquí para allá, de la olla al sartén, sin que la mente participara.

—Disfrázate de San Pascual —le sugerí a Novo— y amenaza a la Chole con que la abandonarán las fuerzas celestiales si sigue con Poncho.

Su respuesta todavía me admira por la lógica, aunque los argumentos que utilizó fueron totalmente ridículos.

—Sería un craso error —me contestó Salvador con la misma impertérrita seriedad con que miraba a su banderilla, sin darle importancia a la natita que se había formado en la superficie de su café con leche—. Alfonso nació el día de san Pascual. Nadie va a creer que el santo se confabulara en su contra.

Yo pensaba que Salvador se iba a burlar de mi guasa, pero no, el curso de sus ideas seguía, por rutas paralelas, en pos de una empresa tan descabellada como la que había yo propuesto, desmintiendo el dicho de que no hay loco que coma lumbre. Éramos como Mutt y Jeff, los de las historietas del *Excélsior*: ridículos, patéticos, completamente irreales, haciendo el tipo de cosas que los cómicos hacen en las películas y la gente va a ver.

Quisiera no haber visto de Novo, en aquel momento de locura, nada más que sus

manos —suaves, intimidadas, lentas— moviéndose ajenas al desvarío de sus iras y pesares, que así, fieles a la tersura de su dueño, se afirmaban en la genialidad de su poesía y contradecían aquella sinrazón de la envidia; pero no pude dejar de observar que los cercos de sus ojos se enrojecieron al momento en que deglutió una banderilla, que le apareció una maraña de venas en el iris, y que hasta su chaqueta de carranclán parecía brillar de una manera especial.

¿Qué tenía que ver ese Novo que estaba frente a mí, con ese otro que conocí en el otoño de 1917 en la casa que Antonieta Rivas Mercado tenía en las calles de Monterrey? Recordé la merienda a la que Malú Cabrera (hija de mi querido don Luis) me llevó so pretexto de presentarme a un grupo de jóvenes interesantísimos; entré de su mano a una sala apretujada de mesas, figurillas, pinturas, muebles, una suerte de falsificación sin peros de una mansión de la *Rive Gauche* parisina; el trío formado por Novo, Villaurrutia y Owen —como exhibiéndose al centro del salón, cada uno con su copa de *sherry Harveys* en la mano, inaugurando la modernidad nacional— se volvió para mirarme, y aunque me revisaron burlonamente de arriba abajo, nuestra simpatía fue instantánea. De ahí en adelante, Novo insistió en enseñarme la ciudad como si yo no la conociera; «muy pronto», me confesaba en nuestros largos paseos, «publicaré un libro dedicado a la grandeza de mi ciudad de México, y tú, Uriel, serás como el interlocutor perpetuo de mi pasión citadina». ¿Qué se había hecho ese Novo en el instante en que queríamos desayunarnos nuestro café con leche?, ¿dónde se había quedado el embebido cronista que en un almuerzo en Prendes me leyó la primera versión de aquello que me aseguró estaría dedicado a mí?, ¿volvería yo a reconocer a aquel que con voz engolada empezó diciendo «Yo iba a disfrutar, durante una semana, el privilegio de servir a mi amigo como guía de turistas; de llevarlo por la ciudad, mostrársela, exhibir mi pericia y mi conocimiento de todos sus secretos frente al asombro de un provinciano que por primera vez la visitaba»?

Había habido muchos Novos en mi pasado, era verdad, pero el que estaba a punto de proferir una inconsecuencia, no lo conocía todavía.

—Digámosle —dijo repentinamente, con el rostro iluminado, como en un raptó de clarividencia— que Reyes es Barba Azul. Un Barba Azul que en lugar de esposas mata cocineras, que las asesina cuando se fastidia de ellas, y que en lugar de ponerlas de patitas en la calle como cualquiera de nosotros haría, las cuece en salmuera.

Las palabras se le escaparon en un grito loco, frenético, sobresaltado. Dos o tres que desayunaban al alcance de su voz, nos miraron consternados, y el cojo que vendía lotería se cayó porque soltó su muleta. Blanca me estaba sirviendo mis huevos fritos con tocino, y ya sea porque al inclinarse aparecieron, redondos y succulentos, sus senos de marfil, o porque el grito de entusiasmo de Novo me había asustado, se me atragantó un pedazo de bolillo que acababa de remojar en mi café con leche.

No hubo réplica posible. Novo no era más el Novo que todos conocíamos, estaba transformado, y por más que dije y argumenté en favor de alguna estrategia un poco más, digamos, acorde con nosotros, Reyes pasó a ser Barba Azul y en Barba Azul

quedó. Me sentí tan desahuciado como Marat en su bañera (sin la ventaja, siquiera, de estar pensando que una Charlotte Corday me iba a enjabonar la espalda), y el irremediable plan se delineó en un santiamén, y los cafés, los huevos, las banderillas y los bisquets desaparecieron de la mesa en menos de lo que canta un gallo.

Cuando pagamos la cuenta estaba seguro de que aquel, nuestro último intento, no iba a funcionar, pero cuando le di la propina a Blanca, y ella como que se me insinuó, sentí una especie de envalentonamiento y pensé que las deidades inventadas por Novo del Panteón de Oruba (ya que no nuestra capacidad creativa) se iban a poner de nuestra parte y seguramente nos fastidiaríamos a Alfonso Reyes. De puro gusto le di una nalgada con resobón a mi Blanquita.

—Adiós, mi reina.

—Adiosito, Uriel, a ver cuándo me invitas a la carpa, caray, te has vuelto rechocante.

El alma se me oscureció porque reparé que Salvador se estaba percatando de que yo era un cortejador de meseras, pero también, debo confesarlo, porque me di cuenta de que ese truculento plan que pensábamos llevar a cabo no estaba a la altura de nuestro prestigio intelectual, y que más bien lo ponía en entredicho, pero que era un recurso desesperado: ¿no había despreciado la tía Chole el sueldazo que Chava le ofreció?, ¿y no, incluso, había devuelto el paquetito que le enviamos con una joya de la familia Novo?, ¿qué otra alternativa nos dejó ella misma sino el ridículo, lo inevitable, lo bajo: el desprestigio de todos, de nosotros dos y de Alfonso Reyes? No es buena la venganza pero sí la desquitanza, y no es que me justifique, pero todo lo que ahora se cuenta de esa época omite buena parte de lo que en realidad pasó. ¿Quién es capaz de contar la verdad, nuestra historia íntima, pasando por alto que fuimos la flor y nata de la intelectualidad nacional, los depositarios de la cultura, los promotores de las letras y el arte vanguardista? Nadie, claro, porque nos han condenado al inefable destino de que nuestros restos descansen en la Rotonda de los hombres ilustres. Somos más estatuas que otra cosa, aunque al cabo de tanto andar nos había de salir el callo.

Pero no es el caso venir con quejas y autocompasión sino reconstruir los pormenores de la historia que nos ocupa: al amparo de la desesperación y la carencia de alternativas, repito, concebimos el plan Barba Azul. Todavía recuerdo de Salvador, en aquella mañana de un otoño lluvioso, su rostro fino, oculto tras las gafas negras, el cuello de la gabardina levantado, el cigarrillo colgándole del labio, el café con leche llevado lentamente hacia la boca, y la servilleta que se paseaba acariciando lentamente su barbilla; todo él de incógnito, sonriendo entre misterioso y lascivo, desde la otra orilla del placer, como para que nadie descubriera nuestro plan, o porque le gustaba acentuar su parecido con Claude Rains.

Nuestro plan, del que prefiero omitir los detalles, no tuvo el éxito bárbaro que

esperábamos por la sencilla razón de que no se llevó a cabo. Primero, porque a nuestras intenciones se interpuso la vida política de la Nación: el entonces Secretario de Gobernación y candidato a la presidencia de la República, don Miguel Alemán, nos invitó a honrar las exequias de don Plutarco Elías Calles, el Jefe Máximo, cuya muerte tan tranquila y en su casa, ni sorprendió a nadie, ni conmovió a la ciudad, pero que él quiso usar para adelantarse al canciller Padilla (su contrincante en la próxima lid política) y presentarse ante la opinión pública como lo que fue más tarde: el cachorro de la Revolución mexicana. Como hasta ese día las oficinas del candidato Alemán habían sido intransitables para nosotros, la oportunidad de estar cerca de él y exponerle nuestras muchas carencias nos pareció inmejorable, y, como en las guerras que se respetan, establecimos una tregua y asistimos al convivio de lo más sonrientes, abrazándonos y deseándonos parabienes, como si la muralla de envidias que se interponía entre nosotros no existiera. Al ágape fuimos casi todos, aunque hubo sus faltas muy notables: Lombardo Toledano, por ejemplo (cuya cultura no puede negarse a pesar de que el joven tuxpeño, César Garisurieta, lo había ridiculizado en su artículo *Lombardo como Cantinflas y Cantinflas como Lombardo*), no estuvo presente porque su gran amigo, el jovencito Fidel Velásquez, le estaba haciendo de chivo los tamales al frente del movimiento obrero; tampoco estuvo Neguib Simón (a pesar de que recientemente había inaugurado una Casa de la cultura con dinero de Habid Stéfano y Alfonso Caso); pero quizá la ausencia más notable fue la de Jaimito Torres Bodet, que estaba de viaje promoviendo la campaña alfabetizadora que él mismo encabezaba desde la Secretaría de Educación Pública; Alfonso Reyes (que fue el orador oficial de la comida) nos recordó que Jaime se había iniciado como poeta en aquellos juegos florales promovidos por el difunto, y que de la mano de Titina Calles había declamado sus versos con voz trémula y emocionada. La pintura, sin embargo, estuvo brillantemente representada por los ya entonces conocidos como *Los tres grandes*: David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco y Diego Rivera (que vistió una camisa «sonrosada y apetitosa», como la describió Novo). Carlos Chávez aprovechó para pedirle al candidato su apoyo para continuar al frente de la Orquesta Sinfónica Nacional, mientras Poncho, Salvador y yo (aunque no me diera por aludido de nada) comentábamos la actuación de Pita en *Casa de muñecas*, la obra que Luz de Alba había estrenado en el Teatro Mexicano de Arte, y cuyo cocktail de inauguración se había llevado a cabo en la galería de Inés Amor. Y debido a la euforia que reinaba (ya nadie se acordaba que estábamos reunidos para darnos el pésame por el deceso de don Plutarco), Renato Leduc refirió el pleito de Julio Torri con José Juan Tablada: en una comida como aquellas, nos dijo, convocada para despedir a José Juan (que emprendía su primer viaje al extranjero), se conminó a los invitados a que no hicieran discursos ni brindis, pero el homenajeadó quiso abusar de Torri, cuya tartamudez siempre fue notoria, y al finalizar la reunión lo invitó a tomar la palabra; Julio no se amilanó, empuñó una copa y, dirigiéndose a la mamá de Tablada, dijo de corrido: «Señora, hago votos porque se logre Juanito». Julio —con voz tartamuda y

ahogándose de risa con su cognac— confirmó la historia, y el candidato se carcajeó a mandíbula batiente, lo que nos hizo concebir esperanzas para nuestro futuro. Ya cerca de las cinco, cuando nos íbamos, Garisurieta dijo la que fue su única frase célebre: «Vivir fuera del presupuesto es vivir en el error». Dicho lo cual, todos quedamos muy conmovidos, llenos de buenos deseos, y con lágrimas en los ojos nos abrazamos, dispuestos a volver, tranquilos con nuestra conciencia política, a nuestros rencores cotidianos.

La segunda razón por la que el plan Barba Azul no se consumó es quizá más sencilla pero a la vez más inescrutable, pues como hubiera dicho mi divina Pita, a nuestras intenciones les faltaba la protección del arcano mayor de Cáncer: carecíamos de la clarividencia necesaria para saber que cuando la de malas llega, la de buenas no dilata, pues todo caería por su propio peso y pocos días después de lo que estoy narrando, con el rostro floreciente en malas intenciones, una valija en la mano y un sombrero lleno de flores (mala copia de los de Cocó Chanel), la tía Chole se presentaría a casa de Novo solicitando trabajo.

—Éste no es solamente el momento de mi venganza sino de la tuya también —me dijo Salvador, por teléfono, una vez que hubo instalado a su reina en sus aposentos—. Querido Uriel, quiero que te vengas esta noche a chuparte los dedos, haremos una cena en tu honor.

Sentí, al oír a Novo, un raro escalofrío, un extraño presentimiento, digamos. Supuse que el duelo con Reyes —el mío, el erótico, y el culinario de Chava— había sido el inicio de algo tremendo y no el final de una época desagradable. Tuve la oscura intuición de que lo bueno, si así puedo calificar a todo lo que nos pasó, estaba por venir. Con la torpeza sublime de que hacía gala en esos días, no se me ocurrió sugerirle a Salvador que insistiera hasta saber por qué la tía Chole había dejado a Reyes (recuérdese que se lo pregunté y que él me contó todo aquello del tipo lloriqueante y derrotado, aferrado a la pantorrilla de la cocinera para que no se le escapara), pues eso nos hubiera dado luz para comprender mejor nuestra situación.

Aquí conviene hacer una pausa y precisar que, efectivamente, algo raro nos pasaba, pues por este camino vamos a llegar irremediamente a la conclusión de que tal vez Salvador, debido a su euforia, no me había hecho caso, pero que de haberlo hecho no habiéramos ganado nada con averiguar las razones de Chole, lo que se dice nada de nada, pues el destino hubiera seguido el mismo curso que siguió en los siguientes días. Yo coincido totalmente, pero, de cualquier manera, señoras y señores, tendrán que estar de acuerdo conmigo en que no lo supimos, y por ello, que todo haya salido como salió, no fue de manera alguna culpa de nadie, ni mía, ni de Novo, ni de Reyes, sino que fue culpa de nuestra inconsecuencia, de nuestro desatino, y quizá, por qué no decirlo, de las malas artes culinarias y hechiceriles de la tía Chole.

Sé que hay gente que no cree en el destino, pero yo podría jurar que aquella llamada telefónica de Salvador Novo, y la cena misma a la que me invitó, constituyen

una prueba irrefutable de su existencia.

Cuando llegué a la cena ya estaban (además de Novo) Villaurrutia con un joven al que tímidamente llamaba el Bello Alfonso Michel (del que nadie sabía nada fuera de que Xavier había dicho que era pintor), que a la legua se veía que no se gastaba en pequenece, y que soltaba sus palabras lentamente, para dar la peregrina sensación de que estaba convencido de que el destino lo aguardaba para conmover la identidad nacional con sus pinturas; el Sapo Rivera (que no traía a Frida pues la pobre había recaído en cama), acompañado por una muchacha muy de su estilo: aindiada, de largo pelo negro, regordetona y buenisísima, que respondía al nombre de Modesta Palaviccini; un joven bajito, vivaracho y dicharachero, al que yo sólo conocía por el mote de Caramelo (pues así me lo había presentado Pita), y que tenía fama de ser el *enfant terrible* más tremendo de la capital; el doctor Caraccoli que era (además del dentista de Novo) uno de esos hombres algo gachos y cilíndricos, peinado de raya enmedio, que hablan poco y piensan mal de todos, y su señora esposa, una mujer encopetada, con el borde del labio sombreado por un incipiente bigotito, que a primera vista no daba uno ni una cuartilla por ella pero que, a una segunda, de un modo casi penoso uno se percataba que era como el *alter ego* de la editora original de los cuentos de Kafka. Pita no estaba, y según me pude enterar más tarde, había enviado al tal Caramelo para advertirnos que nos alcanzaría en los postres. Yo, como era mi costumbre en ese entonces, fui solo, con la vaga esperanza de encontrarme con mi diosa.

Apenas vi al Sapo entre el grupo, extendiendo sus grandes nalgas en un sillón para dos, volví a sentir el escalofrío que me provocó la invitación de Novo, y el presentimiento de algo fatal regresó a mí, pues su presencia (la del Sapo, no la del presentimiento) era un signo más que evidente de que mi duelo continuaba, si no con Reyes, sí con un destino metafísico, invisible y misterioso, o como Pita hubiera dicho: me enfrentaba a la verdad que los astros y la cábala me habían preparado a mí solito. Al mejor escribano se le va un borrón, y ya era demasiado tarde para correcciones. Para todos era conocido el odio que Novo y Rivera se guardaban, y si cuando el Sapo murió Chava le escribió aquello de «nuestro siglo es el de Rivera», «¡qué orgullo haber convivido con su tiempo!», etcétera, no demuestra otra cosa más

que Novo fue un hipócrita, pues a ese mismo hombre, con el que se enorgullecía de haber contemporizado, le tenía reservada en sus poesías satíricas un insulto llamado «la Diegada»; y si en el mismo discurso funerario se atrevió a definir a su adversario como «colibrí gigantesco y contradictorio», no fue por cariño, pues la frase no deja lugar a dudas y demuestra que por la vía de la ironía se le escapó el odio. ¿Por qué lo invitó entonces a esa cena que supuestamente era en mi honor? Lo del Sapo no podía tomarse más que como un signo de mal agüero (el mentado borrón de mi refrán) y me enfrentaba, de paso, a una realidad aplastante: llevándose a la cocinera Novo era el único que había salido ganando, el triunfo era de él y no mío, él tenía a la tía Chole y yo seguía sin mi Pita. Sentí como si fuera a iniciar una faena y se me hubiera cruzado un gato negro. «Si fuera Cagancho», pensé, «en este momento recojo mis bártulos y me largo antes de que me suceda una desgracia.» Pero ni era Cagancho, ni nunca me he arredrado ante nada, así que decidí seguir de frente con la faena.

—Buenas, señores —dije, sin percatarme que interrumpía a Caramelo.

—Pita no pudo venir —estaba diciendo el interfecto— pide que la disculpen por favor, me dijo que llegaría más tardecito, es que...

Mi saludo lo incomodó y no pudo (o no quiso) terminar de dar la explicación completa, y se vio clarito que estuvo a punto de echar una mentira. Ése fue otro aviso de que las cosas no iban por buen camino, pero igual, lo dejé pasar. No era solamente que la adversidad me entusiasmara, sino que el libro que estaba escribiendo, la soledad, el fantasma encuerado de Lupe Vélez que en las noches seguía visitándome (ahora para repetirme la historia de su estúpido suicidio) y con el que me quedaba platicando hasta la madrugada, la continencia de tantos meses, y tanta envidia compartida, me habían atontado sin remedio.

El primero que se dio cuenta de mi aturdimiento fue el Sapo Rivera. Le puso una mano en el muslo a la señorita Modesta y soltó un eructo de perdigones. Era claro que no le importaba que conociéramos a Frida para tratar con tanta naturalidad a su compañera. Ni modo, mujer que consiente engorda a una serpiente. Traté de hacerme guaje, pero él fue quien, riendo descaradamente, respondió a mi saludo:

—Uriel, qué gustazo, cuánto tiempo sin verte hermano, ¿qué has hecho de tu vida? Parece que te has vuelto un anacoreta, ya no te dejas ver por ningún lado caray, ¿a quién le estás sacando el cuerpo?

Hubo una sonrisa tan disimulada como general, por lo que entendí que todos estaban al corriente de mi alejamiento de Pita (a quien efectivamente le estaba sacando el cuerpo, aunque hubiera preferido hacer exactamente lo contrario), y que inclusive habrían podido estar hablando de mí, pero aún más, intuí que tras su aparente cordialidad, en las palabras de Rivera había significados ocultos para mí. No contesté inmediatamente, me le quedé viendo muy fijamente y me percaté que se le salían unos pelos gruesos por las orejas.

—Estoy escribiendo un libro que ocupa todo mi tiempo, Diego. —No le dije Sapo, porque el año anterior, cuando el homenaje, lo único que nos pidió fue que no

le siguiéramos diciendo Sapo, y yo, al calor y la emoción de aquel tributo público, se lo juré solemnemente y no me pareció que estuviera en situación de romper así nomás un juramento tan importante.

—Ah, don Uriel —me dijo ansiosamente Caramelo sin aguantar el recado un minuto más— dice Pita que si por favorcito la puede esperar, que no se le vaya a ocurrir irse antes de que ella llegue, pues don Diego le está haciendo un retrato y quiere consultarle algunas cosillas.

No solamente me había metido de lleno a la faena, sino que la había ejecutado sin saber cómo y ya me estaban dando el segundo aviso. «Se me va a ir el toro vivo», pensé. Me volví hacia el Sapo y en sus ojos saltones adiviné que el mentado retrato era el desnudo que desde hacía años quería pintar de Pita. Diego pintaba los murales de Palacio Nacional (yo lo había visitado cuando daba los últimos brochazos al tianguis prehispánico) y no comprendí de dónde sacaba tiempo para hacer el retrato de mi amada. ¿La pintaría en las noches?, ¿la citaba en los pasillos de Palacio y la obligaba a modelar entre los andamios?, ¿la estaría retratando en su propio hogar? Concebí unos celos brutales, desproporcionados, incontenibles. Había apenas pronunciado una frase, ni le había dado la mano a nadie y ya era un mar de imágenes y emociones encontradas. Recordé aquella vez en la casa de Pita en que, hallándonos solos (habíamos mandado a la muchacha al pan), nos prodigamos el uno al otro los suficientes besos como para despertar pasiones volcánicas; ya nos habíamos sobado de pe a pa sin haber dejado un solo milímetro virgen de nuestro cuerpo (o de nuestra ropa); sudábamos a torrentes; jadeábamos como si estuviéramos a punto de perecer de esofagitis, y yo ya estaba puestísimo para la culminación total; Pita, en cambio, todavía vestida (o haciendo lo posible por parecerlo), agitó varias veces su cabeza bamboleando los restos de su chongazo, y cuando tiré con fuerza del zíper de su vestido, se levantó bruscamente del sofá en que nos debatíamos heroicamente y me ordenó que me subiera los pantalones. Pita estaba más tocada que las *mañanitas* pero trató de engañarme con su voz frigia.

—No ha llegado el hombre que me vea desnuda, Uriel. No se lo he permitido ni al Sapo, que pretende pintarme como a una afrodita mexicana. Él tendría motivos estéticos para convencerme, y mucha fama, no lo olvides. Nuestra alianza sería benéfica para los dos, pero nada, querido, nada...

Se acomodó las pantaletas y me pidió que la acompañara a su camerino. Era evidente (por sus ojos desorbitados y por la yugular que le tamborileaba en el cuello) que o padecía de tensión arterial alta, o estaba tan excitada como yo. En vez de ignorar sus órdenes y regresarla de un empujón al sofá y poseerla a como diera lugar, me dejé arrastrar por mi acostumbrada parálisis y no tuve el valor de desafiar sus prejuicios quirománticos. Con esos desplantes viriloides Pita tenía la virtud (si así se le podía llamar a sus excesos) de borrar de mi mente cualquier posible objeción; la sentía como una especie de Casandra, una bruja de mercado tal vez, que tan pronto me hechizaba con su mirada, con su cuerpo regordete, como enfriaba con una frase

todos los ánimos que me había despertado; allí, parada frente a mí, me pareció contemplar la extraña visión de un aparecido de otro siglo: ademanes imperiosos, sonsonete de declamación, multitud de suspiros que resonaban en toda la habitación: la Sara Bernhardt del salón Smyrna.

El camerín, como ella lo llamaba, era una habitación contigua a la biblioteca (donde habíamos estado toqueteándonos) que hacía las veces de antesala o pasadizo secreto a la recámara y parecía la mitad perdida de un cuadro de De Chirico. En ella cabía apenas lo indispensable para remarcar aquello para lo que estaba destinado: exhibir todas las fotografías de Pita. Era, en realidad, un cuarto de tres por cuatro que albergaba su egoteca. Había un *secreter* blanco, con incrustaciones de concha nácar en los cajoncitos, y una colección de caracoles marinos sobre la mesilla; un sillón, también blanco, al que Pita se refería como su *boudoir*; en el techo, una lámpara de largos tubitos de cristal esmerilado, que producía una luz tenue y ambarina; y sobre las paredes cubiertas de un tapiz brocado, color marfil, estaba lo prodigioso: cuadros de todos tamaños, emarcados con madera, bronce y latón, donde majestuosamente Pita se exhibía en un sinfín de fotografías: en blanco y negro, sepia o coloreadas con acuarela; con Pita en traje sastre, camisero, vestido de coctel, o toda cubierta de pieles; de medio cuerpo, de lejos o en *close up*; luciendo sus ojos o un detalle de sus manos; seria, declamando, besando al aire, o mirando embelesada al suelo; Pita abrazada de Miguel Covarrubias, de la Montoya, o tomándole la mano a Lola Feliú; en grupo con Antonieta Rivas Mercado, Tina Modotti y Paul Weston; tendida sobre la playa, con un traje de baño ajustado que se arrugaba en los costados y al centro de los senos; coqueta, sensual, luciendo sus cejas despampanantes, sus ojazos, sus famosos labios. Entrar al camerín era como visitar la tienda de un sultán de la Metro Goldwin Meyer, donde todo, a pesar del blanco, parecía juguetero y chillante (o como se diría más tarde: en *cinemascope* y *technicolor*) todo, como si mostrara una Pita que uno, a su lado, podía intuir pero no apresar: una mujer que era muchas, formada —armada— de poses, ademanes y sonrisas, pero sin alma, o en el mejor de los casos, con un alma subordinada al gesto, al escorzo, al visaje teatral; una mujer que en cada fotografía era otra, otra y otra más, pero como si al mismo tiempo no fuera ninguna de las que uno, conociéndola, hubiera podido imaginar; su sola presencia, parada junto al *boudoir*, mirando al techo, paradójicamente resumaba vacíos, oquedades, resentimientos, sinsabores. Viéndola, viéndolas en cada una de sus múltiples fotografías, me quedé aún más prendado del derroche de sus posturas, o quizá de la ausencia que ellas denunciaban, de esa especie de hechicería con que me llamaba y me repelía.

Por mi frente caía un rocío de éxtasis, me sentía espiritualmente exaltado y sexualmente destruido. Entonces me fijé solamente en ella, la real, inmóvil al lado del *secreter*, moviéndose muy lentamente, como desgajando un aletear de minutos, poseída por la luz ambarina que la bañaba, como si se moviera en fotos fijas, raptando el alma de sus muchas imágenes, vampiresa de sí misma. De casta le viene

al galgo lo canijo. ¿He dicho ya que su brazo izquierdo tenía el ocho que nos dejó la última campaña de vacunación contra la viruela que organizó el doctor Gastelum, y que el ocho es mi número de la suerte? Pues bien, en ese momento le vi el famoso ocho y supe que Pita volvería a hacer de mí lo que le viniera en gana. Creo que me dijo que me sentara, no me acuerdo; creo que tomó una hoja de papel y empezó a leer un soneto; en cualquier caso no la escuché, pero mi imaginación se fue detrás de ella y vi cómo se ondulaban sus labios, cadenciosos, espaciando los silencios, dándole sentido al lenguaje de los mudos. Si Pita —por sus redondas proporciones e imponente busto— constituía un riesgo para cualquier hombre, incluso en una situación normal, ahí era una provocación para desatar los instintos más primitivos (aunque uno fuera un ser civilizado) y hacer con su cuerpo un sacrificio en el altar erótico en que yo estaba convirtiendo su *boudoir*. Pita se volvió un pavo real y su cola fue ella misma multiplicada en mil fotografías; del blanco salió el azul, acostándose sobre las plumas imaginarias; un azul cursi, espumoso, como betún de pastel de fiesta de quince años, que al diluirse en el ocre de la luz, provocaba un magenta del que echaban mano los labios de Pita; su voz, envidiosa, se convirtió en un arco iris y, de donde brotaban los silencios, empezaron a surgir sílabas como listones solferinos, albeados, mandarina, granate y cobalto; el pavo real era como un enorme ti vivo lleno de Pitas y más Pitas, de arriba abajo, en sus multicolores caballitos, aquí y allá, dando vueltas bajo mantos de virtudes y pecados; en jardines japoneses o en chinampas de Xochimilco; con amigos y enemigos; toda enarcizada. Mientras tanto, más allá de sus fotos, más allá de mi embelesamiento de ese instante mágico y prodigioso de mi existencia, en la vida cotidiana que todos llevábamos en ese entonces, una generación entera trataba de encontrar una realidad a la medida del siglo, pero que quizá resultaba tan artificial como las fotografías de las que yo estaba cautivo: Virginia Fábregas se enlutaba de Bernarda Alba todas las noches para salir al escenario, Lazo perdía la razón por Villaurrutia y pintaba una serie de mozos grotescos, Gorostiza componía sus «Canciones para cantar en las barcas», y Mella intentaba, en Cuba, una revolución a lo Lord Byron, pero Pita, sólo Pita, era el fantasma de sí misma y acompañaba teatralmente ese sinsentido de la época en la que nos encontrábamos todos envueltos. El pavo real, revertido a sí, lento y orondo, se me vino encima y me cubrió con su plumaje.

Una o dos horas más tarde, sintiendo una especie de agorafobia mística, ya estaba en la calle sonambuleando, aturdiendo al tiempo con dos imágenes encontradas: Pita levantándose los calzones al ritmo pseudohawaiano de sus movimientos de cadera, y Pita vuelta un pavo real de egolatría. ¿Y a esa mujer, a esa diva era a la que Diego veía posar desnuda para que le pintara un cuadro?, ¿a aquel prodigio de tornasoles iridiscentes le copiaba el color de la piel?, ¿ella, tan afecta a todo lo que resultara mágico, no se daba cuenta que Diego le exprimía el alma para plasmarla en el cuadro?, ¿a todo esto había llegado el mundo en mi ausencia? Yo insistía, como único y desesperado recurso, en examinar, de Diego, los párpados abultados y los ojos

saltones, para desentrañar del fondo de su pupila la calidad y potencia de su sensualidad, su lujuria domesticada, hecha a la paciencia, definitivamente añadida a su pintura; su lascivia amasada en una belleza medio *belle époque*, que había nacido no sólo del sexo, de su tipo de vida, o de una mujer cualquiera (en este caso mi Pita), sino sobre todo de una pérdida de convicción en la carne, sacada a jirones del derecho a verlo todo, la vida misma, como una variante de la pintura; derecho que lo autorizaba a pisotearlo todo, a pasar por encima de cualquier cosa con tal de realizar lo que un crítico llamaría en el futuro «su estética muralística». Agucé los ojos y vi que Diego tenía más pelos en la oreja derecha que en la izquierda: era orejidiestro. Si no me le fui encima con la firme intención de sacarle los ojos (y depilarle las orejas) fue porque Novo vino hacia mí, me dio una palmada en los cachetes y le dijo a todo el mundo que me quería presentar en sociedad. Salvador, a pesar de que presumía de lo contrario, nunca tuvo madre. ¿Cómo, viéndome como lo que era, un parálítico social, baldado por la noticia de que Rivera (al menos visualmente) se disfrutaba a Pita, fue capaz de aludir a mí como si se tratara de un quinceañero?, ¿acaso no había puesto todo de mi parte para conseguirle a la tía Chole? No contento con la primera humillación, le cerró un ojo al Bello Alfonso, y remarcó mi alejamiento del mundo de los vivos diciéndome que ahora sí iba a saber lo que era buena cocina.

—Pero antes, querido, pasa a tomarte una copa. El doctor Caraccoli estaba contándonos cosas absolutamente fascinantes acerca de los dientes de sus pacientes. No te lo puedes perder. Algún día te servirán para desarrollar esa vocación de novelista que tienes tan reprimida.

Perdí los estribos (y no creo haberlos recuperado hasta mucho después, la mañana desafortunada que desperté en el hospital Francés creyendo que me encontraba a la puerta de los cielos). Si esta conciencia del desastre, si esta carne mía hubiera sido sólo un sueño, me hubiera quedado la esperanza de despertar, pero todo era real, absolutamente real, y yo me sentía como si estuviera tumbado en el fondo de esa realidad. Una vez más, al payaso se le habían vuelto a caer los pantalones. Decidí no saludar a nadie y le di un pisotón, como quien no quiere la cosa, a la señora Caraccoli.

Quince minutos después entró a la sala esa especie de heroína, esa mano hercúlea de la cocina, aquella leyenda del condimento y la sazón que fue la tía Chole. Su aparición fue el tercer aviso con el que supe que ya, definitivamente, se me había ido el toro vivo (me he referido, claro, al toro vivo de la sensatez). Yo estaba rumiando mi coraje y mientras agitaba con el dedo meñique el martini que me había ofrecido Caramelo, apareció —extraña, majestuosa, taciturna— la tía Chole. Andaría rondando los setenta, pero más bien parecía una vieja sin edad: algo en ella era antiguo, pero algo, también, la rejuvenecía. No eran los cosméticos (que prodigaba por su cara con singular entusiasmo), sino un halo, o quizás, el brillo que le daba la fama que la precedía. Era más bien bajita, de tez amarillenta, lisa y restirada, de ojos rasgados y pelo entrecano. Si su padre había sido húngaro, no le había heredado

ninguna de sus facciones típicas, a menos que supusiéramos que el susodicho padre fue magiar por nacimiento pero oriental por ascendencia, pues la tía Chole parecía una variación, estilo imperio, de la China poblana, o mejor, una tarahumara ataviada ex profeso para una fiesta imperial: vestía de largo, pardeando entre *fucsia* y melocotón, un vestido que se ajustaba a las formas prominentes de su cuerpo; con un escote en V que escondía unas tetazas bien formadas, lo suficientemente alegres como para que se le bambolearan tras la tela; enfundaba sus manos y brazos, hasta los codos, con mitones de encaje blanco. No necesité más que verla, sin otro dato que sus gestos y las proposiciones diversas de vulgaridad, disimulo, reto y sabiduría de sus ademanes (hubiera podido prescindir de lo estrafalario del vestido), para comprender que una mujer así, con tal porcentaje de teatralidad en su conducta, se volvería pieza clave en el juego de mi envidia. Todavía, sin que los años puedan borrar la huella indeleble que me dejó, la recuerdo saliendo de la cocina, atravesando el vestíbulo — lenta, amistada sin orgullo con el ridículo, incrédula de sí misma— para exhibir su plato colmado de manjares: una tortilla española rodeada de lonjas de jamón serrano, trozos de queso holandés y cabezas de espárrago en salsa bearnesa. La tía Chole, altiva, nos presentó el platón como «una botanita para entretener la tripa».

Muy para nuestra sorpresa, Novo no había hecho nada para disimular el supuesto origen maximilianesco de nuestra heroína, es más, era tan adicto a los disfraces que parecía haber hecho todo lo posible para resaltar lo postizo de la leyenda. Todavía sigo sospechando que el abolengo de la tía Chole fue un invento de Reyes al que Salvador se adhirió sin chistar, y que incluso aderezó con imágenes de su propia cosecha: historias de la guerra de los pasteles; del encuentro de la tía Chole con el Benemérito; de la violación con que el general Bazaine la marcó (si así puede llamarse a la entrega, apasionada, de una púber a un miembro del ejército al que su padre hubiera enseñado a amar como a un dios); cuentos de sus viajes entre la tropa, el glorioso ejército de La Reforma, cocinándole a generales juaristas mientras servía de espía a los franceses (la precursora chinaca de la Mata Hari); cuentos de la fama de su buen sazón, adquirido en las mejores casas porfiristas, para borrar de la mente de sus patronos un pasado turbulento. En fin, la historia emocional y culinaria de la cocinera (ahora empleada por Novo) se hundía en las neblinas de nuestro siglo XIX, ora como participante, ora como pinche, ora como testigo, ora como amante, ora como consumada artista. De haber sido protagonista de tal número de aventuras, la tía Chole andaría por los ciento veinte años, se habría encamado con un diccionario de personajes célebres, y hasta, gracias al raro magnetismo que tenían sus platillos, podría haber sido la celestina que engatusó a Iturbide con la Güera Rodríguez.

Ese «raro magnetismo» (frase que acuñó Gilberto Owen, quien siempre tenía la broma a flor de labio y era enemigo de solemnidades) había hecho nacer la otra vertiente de la historia del origen de la tía Chole (vertiente también inventada por Owen), en la que se contaba que la cocinera era medio bruja, un sí que no hechicera, o un sí que no un poco puta; se llegó a decir que preparaba elixires de amor y

brebajes para el odio; que creaba amuletos e imantaba fotografías para que el primero que las viera sucumbiera al influjo de la imagen; se rumoraba que mezclaba unas gotas insaboras en sus guisos, por las que antiguos enemigos se reconciliaban y se iban, sin importar el sexo, a la cama juntos; se chismoseó que era capaz de destruir, con sus raros cocteles, amistades ancestrales, o que volvería celosos a los más confiados; alguien llegó a decir, incluso, que su tarta de manzana, aderezada con toloache, fue la causa por la que Usigli le jugó las contras a la Asúnsolo. Todavía me acuerdo de la cara de Gilberto cuando contaba estas tétricas historias y siento que el estómago se me revuelve.

—¿De qué está disfrazada, Salvador? —preguntó Villaurrutia, atónito, cuando la tía Chole, después de dejar el platón de las botanas, se volvió a la cocina.

—De la Emperatriz Josefina —aseguró Caraccoli, viendo temerariamente al energúmeno de su mujer—. En ésta su casa, cualquier hilacha es jorongo, ¿no Salvador?

—Les apuesto lo que quieran —dijo Caramelo— a que viene disfrazada de personaje de cuadro épico de Saturnino Herrán. Si la puedo ver: *Una noble entre la plebe*.

—No está disfrazada —volvió a mentir Novo, remiso como siempre a instalarse en la cordura—, así se viste ella, es una costumbre familiar. ¿Qué no saben que su papá fue el cocinero de Maximiliano?

Yo, que estaba ensoberbecido con mis celos, aproveché que Novo iba a largarse con un cuento inverosímil, tomé en una servilleta una lonja de jamón, un espárrago, un pedazo de tortilla, y me fui a la cocina detrás del esperpento imperial. En el camino pude comprobar las excelencias de la tía Chole: la patata era la más deliciosa que había probado en mi vida, y la salsa bearnesa tenía un ligero toque a clavo que la volvía inigualable.

Entré turbado a la cocina, sin saber a dónde se habían remontado mis pensamientos, ofuscado por los celos, pero cautivado por el sabor de la tortilla. Si con un platillo tan sencillo aquella mujer lograba tal prodigio, qué no haría con unos faisanes, con cordero en nueces y almendras, con codornices y ciruelas, con un pato recién cazado y unas naranjas jugosas, o con un simple filete de res de Chihuahua.

La cocina estaba sumergida en una fragancia misteriosa, mezcla de ajos, yerbabuena, cebolla, canela, aceite de oliva y miel. Sé que a muchas personas no les gusta el aroma de los alimentos condimentados, a mí, en cambio, me enloquece. En aquel momento la cocina de Novo me pareció inundada de fragancias del paraíso. Pensé que en cualquier momento, de las cacerolas, iban a salir odaliscas semidesnudas o tiples bailando rumba. No pude evitarlo, imaginé a Pita cubierta con unos cuantos velos, bailando de aquí para allá, insinuando su portentosa anatomía, declamando con su singular estilo (que aquí entre nos era la envidia de la Singerman): «La noche llama temblando al cristal de los balcones, perseguida por los mil perros que la conocen y un olor de vino y ámbar viene por los corredores», pero

inmediatamente se me apareció el figurón de Rivera, disfrazado de sátiro, bailando tras mi Pita y pintándola en las nalgas con una paleta que traía en la mano. Los celos regresaron y la ensoñación entera desapareció tras la imagen que, envuelta en el halo mágico de los vapores de los guisos, se adueñó de mi vista: la tía Chole estaba sentada en un sillón de mimbre blanco, con respaldo de abanico; la pierna cruzada, dejando al aire medio muslo, al libre albedrío del pijazo del vestido; la mirada perdida entre las ollas y una mano agitando lentamente un soplador de palma a unos centímetros de su cara. Era una variante —inmóvil y marmórea— de las tiples bailando rumba.

—Buenas —dije, sin apenas sorprenderla.

—Usted es nuevo aquí, ¿verdad, bato?

—La verdad no tan nuevo, ya estoy un poco usadón.

Mi sentido del humor, que era tan celebrado por los cómicos del Lírico, a la tía Chole le pasó cabalmente desapercibido.

—Nuevo para mí, usted es el único que jamás vi en casa de don Poncho Reyes.

Tuve la tentación de albureármela, pero me contuve, solamente la miré a los ojos y le dije, muy seriecito, a lo que había ido a su cocina, sin sospechar en ese momento que ya tenía las negras intenciones de vengarme de Rivera aliándome con ella.

—Nunca es tarde si la dicha es buena, tía. Sólo quiero felicitarla, esta tortilla es un manjar, ¿podría saber su secreto?

—¿Cuál secreto, carnal? Es refácil, mire, corta cebolla en rodajas, la fríe en mantequilla, le echa un poco de brandy, aunque sea del corriente, o de perdís aguardiente, después le agrega ajo picado y deja que todo se sofría unos minutos; entonces le vacía un cuarto de frasco de aceite para cocinar y los pedazos de las papas. Por otro lado bate los güevos con mucha fibra, los sazona con leche, pimienta, laurel, tomillo y un poco de concentrado de pollo que siempre hay que tener pa' no usar la sal. Ya que estén bien fritas las papas y la cebolla, las cuele para quitarles el aceite, y en otro sartén se mezclan con los güevos batidos. Allí conviene echarle otro chorrito del licor. Es refácil, ¿a poco no?

Me espanté. Había despoticado la receta sin el menor pudor. De la discreción profesional de los grandes chefs la tía Chole no guardaba ningún vestigio. Hay que reconocer que cada quien tiene su modo de dar chiche.

—¿Y qué va a dar en la cena, tía? —pregunté para ver si así salía de mi azoro.

—Caldo de ostiones y truchas en salsa de verduras.

Se levantó. Fue a la estufa y destapó dos ollas. En la primera había un caldo cremado en el que se podían ver, como criadero, una multitud de ostiones reducidos, flotando enhe hojitas de perejil y pedacitos de cebolla. En la oha, una salsa verdirroja, fuertemente aromatizada con chile de árbol, que parecía un molido de verduras y vegetales, del que emergían, como islas a la deriva, bolitas de papa blanca. La mirada, cuajada de olores, y el olfato, embriagado por el succulento olor que despedían las ollas, me alertó la inteligencia. Ahí mismo supe la forma de humillar al

Sapo.

—¿Y cómo se llaman estos platillos, tía?

—Pus así como le dije, caldo de ostiones y salsa de verduras. A ésta, si quiere, en vez de truchas se le echa unas pechugas de pollo fritas en manteca, pero se sigue llamando igual. Es como el mole.

No me había dado cuenta de que en una sartén para paella —ojiabiertas, succulentas, brillantes a causa del aceite— se freían con pan molido una docena de truchas.

—Le pido un favor —le dije, como en un trance de inspiración—, cuando lleve los platillos a la mesa diga que el caldo se llama Sopa a la Siqueiros, yo le voy a preguntar por qué, y usted me responde que por la garra del sabor, por la intensidad del olor de los ostiones, o algo por el estilo. Cuando lleve los pescados diga que son truchas bañadas en salsa Velasco, yo le vuelvo a preguntar por qué, y usted me contesta que porque la variedad de los colores de las verduras le recuerdan los paisajes de don José María. Para terminar suelta una frase críptica, que Siqueiros y Velasco son los únicos pintores que valen la pena en este país. No se le vaya a ocurrir decir que son muy monos porque nos caen en el enjuague.

El Sapo no iba a resistir tal afirmación, sería un golpe a su vanidad, no decisivo, pero golpe al fin. Me afilé la punta de mis bigotes en signo de picardía. La tía Chole se me quedó viendo de lado. Descubrí que era bizca, pero hasta donde alcanzaba mi percepción, de mirada inteligente.

—Qué gentes tan raras son ustedes, ¡válgame el señó!

—¿Lo puede hacer tía?

Movió afirmativamente la cabeza, sacó un cigarro de entre sus pechos, lo encendió en la estufa y me repitió todo el discurso. Se lo había aprendido como tarabilla. Ya me iba cuando descubrí unos pastelillos sobre una charola, que tenían una extraña semejanza con los senos femeninos, es más, eran unos senos femeninos hechos de dulce.

—Ése es el postre —me dijo ella sacándose un brillo esquivo de la mirada—. Lo hice especialmente para la seño Pita.

—¿Ella se lo pidió?

—No, pero como es adivinadora pensé que le iban a gustar, se llaman «Chichis del destino». Mire, aquí adentro traen el papelito de la suerte.

—Como galletas chinas.

Me extendió uno de los pastelillos y me dijo que se preparaban con azúcar, harina cernida, cremor tártaro, clara batida, uvas pasas, acitrón y crema de pistache, cuya cáscara (la del pistache) se colocaba en la punta del pastelito haciendo las veces de pezón, y que ahí se le metía el papel enrollado con la suerte escrita. Le dije que prodigioso, admirando el bustito que emergía de su base de papel colorado, como el de las magdalenas.

—Llámelos Bustos de Casandra, tía, se oye mucho más elegante.

—Al son que me toquen bailo, órale pues.

Se volvió a verme muy circunspecta, se rascó la nariz y se limpió con el dedo meñique una oreja. Yo también me le quedé viendo, pero no supe adivinar lo que su mirada indicaba. Sacó de la parrilla una jarrita de peltre azul, donde hervía una infusión que me sirvió en una taza, y me preguntó si quería azúcar. El aroma —¿a rosas, a gladiolas, a buganvillas?— me envolvió. El vapor que el té despedía era espeso, danzaba en el aire, como cuajándose en arabescos y argollas, se parecía al humo de las pipas que Fuman Chú encendía en su acto del Politeama. La cabeza ya me daba vueltas cuando me llevé la taza a los labios y confirmé que me encontraba en el preludio de una extraña aventura.

—Yo voy a hacer lo que usted me ha pedido —me dijo en voz baja, como si me confiara un secreto, mientras yo bebía de la infusión—, pero usted me va a hacer otro favorcito.

—Sus deseos son órdenes tía.

Entonces me hizo una petición irreparable.

—A ver cómo se las arregla para que la señora Pita tome este pastelito, fíjese bien, este mero que le estoy enseñando.

Increíble pero conservé la calma. Ni escupí el té, ni me puse colorado, ni le dije vieja jija. Me mantuve en una discreción aplastante y pujé levemente, mientras observaba el pastelito que debería entregar a Pita. Tenía un moñito, blanco, adherido a la base de papel colorado. Parecía regalo pornográfico. A Torri le hubiera encantado. No sospechaba, ni se me ocurrió sospechar, que la tía Chole tuviera algo contra Pita. Pensé que la quería halagar y no le di importancia al hecho de que quisiera que ella se comiera ese pastelillo precisamente.

Salí feliz de la cocina y vi al Sapo, echado en su asiento, riendo de un chiste que había contado Caramelo, sus cachetes habían adquirido un saludable color rojizo, casi translúcido, como de albaricoque maduro. Tenía un pedazo de espárrago en la punta de los labios, y otro, enrollado en jamón serrano, en la mano derecha. La señorita Modesta estaba hincada frente a él y trataba de abrochar un botón de su camisa, a la altura del ombligo, pero los espasmos de la panza eran tales que resultaba imposible. El bello Alfonso estaba boquiabierto viendo el meneo de cadera con que la señorita Modesta intentaba llevar a cabo su hercúlea tarea, pero por la manera en que agitó los cachetes, supe que al momento empezó a encontrarle defectos: su inclinación de cabeza denotaba —no sé por qué— más que lucidez, la sensación de que creía saberlo todo, de las nalgas o de cualquier otro tópico que uno le sugiriera o él mirara (tenía la impresión de que lo miraba todo para plasmarlo en un lienzo, pero como estaba el Sapo, prefería no hablar de pintura frente al maestro). El resto de la concurrencia, engullendo la botanita o bebiendo sus martinis, también reía. Todos estaban embriagados de felicidad menos la señora Caraccoli, a quien todo le parecía de mal gusto, y no sé qué gesto de desagrado dirigió a su marido, que lo puso a hacer muecas distorsionadas con la boca, como si tuviera un motor en las muelas.

—Ah, qué Urielito este —me dijo el Sapo, caminando hacia la mesa, cuando se percató que yo estaba de vuelta—, no conozco hombre más enamorado que tú, qué bárbaro eres.

Caramelo, apoyándose en el hombro de Rivera, contenía la risa, tapándose la boca con la otra mano y volviendo la cara hacia la pared. Habían estado hablando de uno de mis amoríos, con Pita o con cualquier otra, no cabía duda. Nada sabe el violín pero todos los sonos toca. Me aguanté las ganas de mentarles la madre porque en ese momento, tras de mí, entraba la tía Chole con el platón sopero. Lo temible en ella, hasta ese momento me di cuenta, es que usaba una peluca hirsuta, tan evidente, que de no ser por su arte culinario, cualquiera la confunde con Carlos López Moctezuma interpretando *La dama de las camelias*.

Primero que a nadie se dirigió al Sapo que —ingenua y paladinamente— metió las narices en la olla, bañándose del vapor que despedía. No tuve ni siquiera que intervenir. Al que es buey del cielo le caen los cuernos.

—No sé cómo le voy a hacer para seguir comiendo —dijo Diego, como cualquiera que vive rompiendo su dieta—, ya le llegué a cuanto espárrago pude, pero esto huele delicioso tía, ¿qué es?

La tía Chole, que quién sabe de dónde había sacado un fino olfato para descubrir las competencias intelectuales, contestó en un chapurrado anglofrancés con mexicano:

—*Soup a la Siqueirós*.

Al Sapo le sobrevino un estremecimiento sísmico que le desgarró los pulmones en una avalancha tosijenta que le obligó, con todo el apagado fuego de los de su talla, a escupir la cucharada de sopa que se acababa de meter a la boca. Nunca había visto escupir a un pintor de esa forma, ni lo he vuelto a ver jamás. Caramelo (que debe haber pescado parte del tejemaneje que ahí se estaba urdiendo, aunque sin duda lo atribuyó a la maledicencia de Novo), metió su cuchara:

—Pero tía, ¿cómo se le ocurre ponerle ese nombre? Si Siqueiros está quemadísimo después de lo del atentado a Trotsky, que es tan amigo del señor Rivera.

El «tan amigo» sonó a repicar de campanas en la catedral. Este Caramelo no sabía el Alabado y ya quería rezar el Credo. A Rivera le importaba un bledo lo de Trotsky (aunque es cierto que salió en su defensa cuando Siqueiros perpetró el ataque a su casa). Era evidente que lo que no soportaba era que se pensara que David Alfaro era más digno de dar su nombre para celebrar alguno de los prodigios gastronómicos de Chole. Trataba de disimularlo, y alguno de sus amigos más cercanos estaría en desacuerdo conmigo, pero he vivido convencido de que Diego era el orgullo personificado, no sé de dónde lo heredaba, pero para él, primero era él, después él, y al último David Alfaro Siqueiros. ¿Podemos hacernos una idea de lo que el comentario de la tía Chole pudo producirle?

—La llamé así —añadió todavía la tía Chole, con una orientación admirable para hundir al Sapo en sus envidias más recónditas—, por la firmeza de los colores de mi

sopa, por la garra, por la fuerza que de ellos se desprende y que se armoniza perfectamente con lo distinguido del sabor. Me recordó al señor Siqueiros y ya. Chitón. La política no me interesa.

Durante un instante la cara de Diego expresó el terror de quien va en una embarcación, a la deriva, rumbo a las cataratas del Niágara. El que por su culpa se lastima que no gima. Entonces hizo algo que confirmó una leyenda que se contaba acerca de él: se dirigió a la pared más cercana y empezó a darle de frentazos. Según se decía, cuando era chiquito su nodriza consiguió leche de cabra montaraz para amamantarlo, y la leche le gustó tanto al niño Diego María (como reza su fe de bautismo) que cambió su metabolismo, de tal suerte que cuando fue creciendo adquirió la costumbre de las cabras de golpear las paredes a cabezazos para calmar su ira. Yo nunca había creído ese chisme, pero ahí estaba él para probarlo, deshaciéndose la frente a golpes de pared.

—Pues está deliciosa, señora —dijo el bello Alfonso, que antes no había podido hablar, ocupado en perseguir críticamente los movimientos ondulatorios de la señorita Modesta, y que no ocultaba la satisfacción que le producía el ridículo del Sapo: canastos padres, chiquihuites hijos—. Para chuparse los dedos.

—Ya que Diego hizo el favor de escupírnosla, tía —comentó Novo, con una media sonrisa surcándole la cara—, si alguna vez le sale mal, nos la presenta como *Soup a la Riverá*.

Cuando nos hubimos sentado todos a la mesa, el Sapo se movía como badajo de campana y su voluminoso vientre casi se desborda sobre la mesa tirando el platón de la sopa a la Siqueirós: había perdido totalmente eso que llamamos carácter civilizado. Nadie, además de Diego, osaba moverse: yo había adoptado, como todos los demás, mi expresión de éxtasis refinado; Michel sonreía impertérrito; Villaurrutia y Novo se miraban de soslayo; sólo los Caraccoli se mostraban relativamente inquietos, él porque continuaba moviendo aceleradamente la boca, en un ejercicio de masticación con visos atléticos (avisado de una posible desgracia por la hinchazón del vientre de Rivera, que amenazaba con tronar su cinturón), y ella, por dos razones distintas: o bien porque se esforzaba en decodificar las bromas de los comensales, o bien porque con la servilleta deseaba, inútilmente, hacer desaparecer su bigotillo; no sé qué me parecía más extraordinario en los Caraccoli: que siendo tan nerviosos estuvieran tan campantes con sus tics, o que, teniéndolos, no hubieran estallado en gritos desaforados.

Novo fue el único que reparó que yo estaba atrás del nombre de los platillos. Novo, y tal vez el mismo Sapo, que no dejó de verme, por debajo de las cejas, con odio desmedido en toda la cena. No me importó. Mi triunfo había sido total, si habíamos empezado con mi prestigio en entredicho y con albures de Rivera, finalizábamos con él mismo (como cochino de San Roque, chilla y chilla con la mazorca en el hocico), víctima de apoplejía sorpresiva, diciendo que no soportaba las truchas en salsa Velasco.

A pesar de que estaba radiante no me sentía del todo bien. No sé qué me había pasado, me sentía medio mareado, con algo de vértigo, pues tanta emoción, algo en la comida, o las varias copas de vino que me bebí diciéndole salud a todo mundo, me empezaban a caer mal. La tía Chole, que se dio cuenta de mi palidez, me trajo una nueva tacita con la infusión de flores y, después del primer sorbo, la vi, parada en la puerta del comedor —altiva y altanera— muy dueña de sí misma. En ese momento, como si viniera a rendir testimonio, apareció triunfal mi Pita, amor de todos mis amores, y los ojos casi se me llenan de lágrimas de la emoción que me embargó.

Me resisto a contar, tal cual, todo lo que pasó, pero no tengo otra salida: Pita llegó disfrazada de amante del rey Eduardo VIII, de una vulgaridad, quiero decir, que dejaba asustado al más audaz. Una banda, o mejor, un medio turbante estilo *El Sheik*, coloradisísimo, le sostenía un chongazo del que emergía una suerte de arreglo floral telúrico, formado por orquídeas, claveles, rosas y hasta un alcatraz de papel maché; parecía florero surrealista en cuadro de Frida Kahlo; en la cara lucía grandes chapas bajo un decorado verde turquesa y magnolia que se extendía a lo largo de los párpados; sobre el violáceo de los labios, la nariz destacaba por el colorete con el que se había polveado la punta; el cuello estaba totalmente cubierto por abundantes aros de plata y collares de perlas, que le mantenían la barbilla apuntando al techo; sobre el cuerpo llevaba algo que difícilmente hubiera podido ser calificado de vestido pues más bien era una batita de satén, palo de rosa, ajustada a la cintura por un grueso mecate dorado, como de cortina palaciega, que remataba en un monograma bordado con lentejuelas rojas y azules, en donde se podía leer su nombre: «Pita». Obviamente no llevaba portabustos; la batita y nada más.

Nadie hablaba, nadie se atrevía a malograr el encanto de su presencia, hasta que Caramelo, dando un paso al frente, con el peso resollando en suspiros alocados, la recibió con una calumnia: «Estás elegantísima corazón». Pita irguió el cuello dando la impresión de que estaba en cura quiropráctica, y ya fuera a causa del amasijo de los collares, o del amasijo del orgullo, mirando al techo le contestó: «Gracias, cariño, tú sabes lo que es caché».

Supongo que tamaña mentira acabó por mitigar la amargura de la primera impresión, o que por cualquier otra cosa no resistí más; que volverla a ver, después de nuestro alejamiento, me hizo caer en la trampa fácil del reencuentro; que me enloqueció o me envaneció del todo, pues tomando de la charola su correspondiente pastelito, la fui a saludar.

—Pita, qué gusto volverte a ver.

—Querido Uriel, tanto tiempo.

No sé cómo le hizo para reconocerme pues seguía pendiente del cielo raso, y yo que soy un tipo emotivo y no sistemático, con el menor sentido del *tempus* protocolario, no me aguanté y le di su sorpresita a las primeras de cambio.

—Permíteme que te reciba con este pastel que la tía Chole preparó especialmente para ti. Se llama Busto de Casandra y en él podrás leer tu suerte.

Pita —la guacamaya, la jirafa supersticiosa, mi musa— tomó el pastelillo, sacó la papeleta del pezón de cáscara de pistache y leyó lo que el destino le deparaba. Primero abrió sus manitas sobre el aire, con un gesto tan viejo y típico de declamadora que pudo parecer un ademán teatral, pero que yo percibí como un tentaleo en los cimientos de su orgullo, para que, acto seguido, en su rostro, en el chongo y en el cuello, la lividez, el alboroto, el desconcierto y la ira fueran un solo gesto descomunal mezclado con crípticos espasmos por todo el cuerpo. Recuerdo un jaleo de todos los demonios, que el doctor Caraccoli se levantó de donde estaba (arrastrando un gran zapato ortopédico, que antes no había incluido en el inventario de sus defectos); que pidió un estetoscopio y que a falta de él quiso oírle el corazón a Pita a través de una copa de cristal cortado; que el Sapo le daba aire con una servilleta y que Novo (tomando de la mano a Michel) gritaba frases insultantes en francés; recuerdo que Pita aventó su papeleta al aire (tal vez, su misma suerte despreciada) y que yo la recogí del suelo. «Usté será recordada por una pintura pero nadie se acordará de su persona. Se convertirá en la Gioconda Nacional.» El *usté* delataba a la autora del mensaje del azar, aunque, por la mención de la Gioconda, me pareció que Novo había metido su pluma en aquel mensaje aunque hiciera como si todo le sorprendiera mucho. ¿Había visto, como yo, las fotografías en el camerín de Pita? De alguna manera ella era efectivamente eso que se anunciaba en su papeleta: figura, ademán, gesto congelado. La pintura del Sapo, lo comprendí entonces, era el último paso en ese su estilo de perpetuarse. Pita era una pose, y el Sapo (y no yo) estaba colaborando a que se cumpliera el destino manifiesto elegido por mi amada. No lo pude evitar, sentí más coraje y me alegré de que Pita hubiera tomado tan mal lo de su suerte, hasta creí que Novo lo había hecho adrede para agradecerme que lo hubiera ayudado a quitarle la cocinera a Reyes, pero sin embargo no pude evitar admirarla una vez más —rosácea, como cubierta por un polvillo dorado, totalmente descompuesta— a través del gozo de mi deleite gobernado: la furia estaba en sus labios y sus labios parecían formar las sílabas de un insulto que ya no llegaría a mi conciencia.

De lo que pasó después, la mejor versión está escrita en el Diario de Novo, y cualquiera la podría consultar en la antología que de él, el Diario, hizo el joven José Emilio Pacheco, si la mojigatería del editor no hubiera intervenido, eliminando esas páginas prodigiosas (como tantas otras igualmente memorables) nomás porque le dieron la sensación de que tenían «un toque de mal gusto». La verdad no peca pero incomoda. Afortunadamente yo guardo una copia que Salvador me envió en una carta.

La primera parte del texto de Novo es inexacta pues dice que yo me la pasé echándole púas a Rivera, quien estaba muy deprimido con la recaída de Frida. La segunda, en cambio, es un portento de precisión narrativa:

¿A qué deidad nos acogimos? Nadie sabe el mal de boca que le predijimos a nuestra querida Pita. Cuando sacó la fortuna de entre su pezón, ya estaba pálida. Caminó un poco, como por obligación, chaparra pero amenazante, sin frescura, enraizada en la ira. Se convirtió de jirafa en orangután, de declamadora en un viento enrarecido de soberbia, en fatalidad, en Clitemnestra, en un simple y elemental deseo de venganza. No la recordaba así, aglutinando en sí tanta rabia, tanta magnificencia, belleza semejante; una especie de Jeanne D'Arc en la hoguera, arrepentida de su santidad. «¡Rica nueva, *parvenue*, arribista!», quise decirle para salir de mi propio azoro, pero la mojjigata, la santona, me contuvo: se echó al hombro una chalina que arrastraba pendiendo de su mano izquierda y se dispuso a irse. «¿Salvador?», me inquirió con voz de alcoba, lenta, soñadora, rebosante de luxe et volupté, «te voy a pedir que por favor me prestes a tu cocinera la próxima semana. Diego va a descubrir un retrato que hizo el favor de pintarme, y yo, por mi parte, voy a desenmascarar al falso destino». Después del tango, del alboroto de su desvanecimiento, su voz retumbaba en mi comedor como venida de ultratumba. ¿Podrá alguien creerlo: recitación en llamas bajo la envidia? Su amenaza es la menos profética que he escuchado, pero la que más ha despertado mi morbo. Los ojos, ajenos a los aros del cogote, metidos en la encrucijada de su venganza, no sabían si balacear a Caramelo, si despreciar a Uriel, si ignorarme a mí, o fulminar a la pobre de Chole que estaba parada en la puerta de la cocina, ojerosa y sonriendo, sin la menor compasión hacia nuestra invitada. Como dijo alguna vez don Alfonso Reyes: «¡Hechicería pura!» Pita se volvió, con un gesto robado a Sara Bernhardt quitó a Chole de su mirada, y alguien —¿Minerva, Ares?— en ese instante de duda la fortaleció: de sus visajes emergió un jadeo, gritó e invocó dioses desconocidos para lograr con su coraje una mínima inmolación. Ya lo dije, Jeanne D'Arc al estilo pompeyano. ¿No era para dar miedo? El florero de su peinado era una especie de jungla chiapaneca a la hora del cenit.

En buena nos metimos, la fiestecita, la cena, el ambigú, el *sherry party*, le petit comité de cien personas, como se quiera llamarle, que Pita se propone llevar a cabo, será la semana entrante. Hasta Rivera me llamó hace rato —me despertó a la mitad de un sueño erótico— para decirme que Pita exigía que su cuadro fuera descubierto, en cena de gala, el jueves en punto de las doce de la noche. «¿Qué se trái esa vieja, Salvador? No me dejó hablar, se la pasó gritando que el destino, que la Gioconda, que los Bustos de Casandra y quién sabe qué tantas otras cosas. ¿Qué le hicimos Chava? ¿Qué no aguantará una bromita, tú? Ya ni la amuela.» La voz de Diego también era espeluznante, y a esas horas de la madrugada casi me pareció perversa. Para este momento, pensé, nuestra engallada declamadora ya debe haber armado un revuelo social, a medio camino entre la estructura de lo pornográfico y la superestructura del escándalo.

Voy a contar lo que pudo haber sido la fiesta que organizó Pita, aunque mi memoria de ese día sea francamente incierta, temerosa y confusa. ¿Serán confiables mis recuerdos?, ¿alguno, de todos los que asistimos a la fiesta de Pita, sabe de verdad lo que en ella pasó?, ¿o todo lo que recordamos es una mezcla de pesadilla, leyenda y chisme de vieja gorda? Misterio, puramente misterio, aunque según yo lo que sucedió en la reunión en que se develaría la pintura con el desnudo de Pita fue lo siguiente:

Habíamos ido llegando desde las diez. No sé quién nos dijo que Pita aparecería a las doce, como Cenicienta al revés, y descendería por la larga escalera semicircular de su casa. Ahí estábamos todos, reunidos en pequeños grupos. La expresión *todos* no debe ser tomada como una exageración: ahí estaban Reyes, Novo, Villaurrutia y el Bello Alfonso (que comentaba que él también había hecho ya su pinturita, y que al otro día se la llevaba en omnibús a Nueva York, para exhibirla en la muestra de nuevos pintores mexicanos que organizaba Inés Amor); Tita Casasús y Lola del Río; el Sapo Rivera y Frida, con María, la Doña; el Ciego Benítez acarameladísimo con María Victoria; La Asúnsolo, con un velo en la cara, como odalisca; Pedro Armendáriz luciendo su belleza de charro en día de descanso; Torres Bodet intentando educar al joven Soriano; Henestrosa hablando zapoteco con Siqueiros (que lo atendía emocionado); Caramelo, la Chacha Rodríguez y Toño Peláez, en pose de no-tolero-a-la-vieja-guardia; Cardoza y Aragón explicándole a Agustín Lazo su pintura (la de Lazo); Machila con el cubano Carpentier; Agustín Yáñez comentando el proceso educacional con Nabor Carrillo: dos hombres que, hicieran lo que hicieran, siempre parecían posar para monumento a la raza cósmica; Julio Torri con su alumna de turno. En fin, todos.

Yo seguía acalambreadísimo con mis premoniciones de que todo había sido arreglado con malos propósitos, con malas artes, y que algo nefasto nos sucedería; acicateadas (las premoniciones) a última hora, no sólo por la extraña ausencia de Pita entre nosotros, sino que la noche anterior, en su acostumbrada visita onírica, el fantasma de Lupe Vélez me había dado un mensaje críptico: «Con la fortuna no se juega, Urielazo». Esta noche había venido vestida de Naná, el personaje de Zola, con su corset entallado, su tirantera que resaltaba los muslos regordetes, y la mano

derecha engarrotada en la nuca. «¿Qué me quieres decir, Lupe?», le pregunté entre sueños. «Ya lo sabrás. Te lo advierto: te has metido hasta el cogote en tu propio mal». Le hice una pregunta más, pero por una de esas pequeñas inconsecuencias debidas a la falta de firmeza de quien soñaba, la Vélez, que ni aún muerta se había curado de su narcisismo, volvió a lo de su suicidio. «¿Tú crees, cariño?, los dos guerreros con los que me acosté esa triste noche de mi muerte, están aquí, en el infierno, y ni un lazo me echan los malvados.» Yo casi ni le prestaba atención, estremecido hasta la médula por sus advertencias, y me desperté sudando frío, presa de un miedo irracional hacia lo que la fiesta de Pita nos deparaba.

Estaba todavía intentando descifrar los detalles del premonitorio sueño, cuando nos pasaron un raro coctel, hecho con frutas, charanda de Michoacán y doce yerbas aromáticas. La charola iba y venía entre los corrillos, todos tomábamos el brebaje que «era inocente y no se nos iba a subir», como dijo Machila, tambaleándose, después de empinarse el quinto. Ahora sí que el que no conoce a Dios donde quiera se anda hincando. Pero Pita no aparecía por ningún lado. En una esquina había una pequeña orquesta (un pianista, tres rucos que tocaban el violín, y un chaparrito que hacía esfuerzos desesperados por alcanzar las notas graves de un contrabajo), entercada en endulzar la reunión con polkas y vales vieneses. Reyes había sacado a bailar a la Chacha y se paseaba, dando caderazos a los invitados, por todo el salón haciendo alarde de sus dotes de bailarín de salón *fin du siècle*. El tono de la conversación crecía al ritmo de la música y el ir y venir de los brebajes.

La melodía, la plática, los gestos, la risa, todo parecía distinto, pero permitían esperar una velada agradable y armoniosa; todo, excepto mi sueño (que seguía revoloteando en mi cabeza como ave de mal agüero) y una expresión que no me gustaba nada en la cara de la tía Chole, que de vez en cuando se paseaba entre la concurrencia y nos invitaba a seguir bebiendo del coctel, del que dio una receta diferente a todo aquel que se la pidió. ¿Se propondría algo mágico o hechiceril? Se lo iba a preguntar directamente cuando se me acercó una señora gringa, de mediana edad, que estaba inscrita en los cursos de verano con Salvador Novo, y me dijo en perfecto español de la colonia Guerrero; «tú gustarme mucho pa' lancharo, mi pagar very mucho». No supe, en principio, qué contestarle, si recriminarle que me tomara por lancharo, o averiguar primero cuánto estaba dispuesta a invertir en mí y así evaluar la medida de la infamia, pero no fue necesario, pues una inmensa y densa nube de hielo seco, que empezó a descender por la escalera, me distrajo. A mi lado, Caramelo platicaba con Toño Peláez a voz en cuello. En realidad, más que platicar estaban criticando al Sapo Rivera que, muy orondo, como paquidermo, desplazando su humanidad por la sala, custodiaba su pintura que, en la pared, permanecía oculta tras una cortinita estilo huichol tardío. ¿En verdad había pintado el desnudo?, ¿se habría cogido a Pita dizque para inspirarse?, ¿se habría inspirado de verdad? Se me revolvía el estómago nomás de imaginarlo, y, pese a mi miedo, quería que las predicciones de Lupe Vélez se hicieran verdad en las barbas del Sapo Rivera.

Tengo la impresión de que por momentos me quedaba solo y que me pasaban puras cosas raras, por ejemplo, me costaba trabajo afocar la vista, todo lo escuchaba amortiguado, y tenía la impresión de que iba a ser devorado por la nube de hielo seco, pues vi que primero mis pies, y después mis piernas, hasta las rodillas, desaparecían por la espesa niebla que seguía brotando de la escalera. «Si lo de las premoniciones macabras de Lupe Vélez se va a cumplir», me dije mentalmente, «todo está empezando maravillosamente, como cuento de terror». Se escuchó entonces un murmullo sordo, una carcajada y una exclamación general recorrió, como un viento de mala mar, a toda la concurrencia. Me volví hacia las escaleras y allá, en lo alto, estaba Pita, erguida, cubierta con un abrigo blanco de visón, y el pelo suelto cayéndole por los hombros. ¿Y su típico chongazo?, ¿qué, para sorprendernos (muy acorde con mi sueño premonitorio), no hubiera sido más propio que se nos presentara con escudo, lanza y casco de guerrera griega, como Palas Atenea?, ¿en qué pesadilla andábamos? Parecía, más bien, una versión achaparrada de Mae West, traída hasta nosotros por una nube milagrosa. Empezó a bajar lentamente, en silencio —un silencio soso, pesado, montado sobre la nube de hielo seco que seguía ondulando sobre el piso de la casa—. Cadenciosamente, penduleando las caderas, Pita avanzó hacia la sala mientras los invitados le abrían paso, formando un surco, una valla protectora. Desde la cocina, emparentado con la llegada alucinada de Pita, nos llegaba un aroma exótico, mezcla de orégano y aceite hirviendo chicharrón. El hielo seco, el olor, la magnificencia de la aparición, se confabulaban contra la ecuanimidad de la que los asistentes debíamos ser partícipes. Probé una vez más del coctel de la tía Chole y aunque distinguí el sabor de la charanda, me extravié en otro saborcillo, dejo de Cinzano o Fernet Branca. Me supo a gloria, me entregué al gusto excitado de mi lengua, me embriagué con el aroma, me perdí en la visión de Pita en visón. ¿Qué sentía, qué soberbia la ocupaba, qué titulares de periódico estaba creando su imaginación perversa?: «La divina Pita descendió a este mundo», «Afortunados intelectuales pudieron contemplar a La Belleza», «Nueva diosa del Olimpo surge entre los mexicanos». ¿Qué habría sentido Afrodita, para nombrar a alguien, en trance semejante? No sé cómo me abrí paso hasta la sala, donde Pita, cerrándose con ambas manos el abrigo a la altura del cuello, se había parado junto al cuadro. Tuve la intuición de que nos sucedería lo peor, aunque no sé por qué, pues Pita, la nueva Venus en visón, le ordenó a Rivera descubrir el cuadro, y ella —malvada, coqueta, envanecida— dejó caer el abrigo de sus hombros y se nos apareció, en la misma pose del cuadro, desnuda ante nosotros.

—Para que comparen —dijo Pita, medida e inflexible, inexorablemente inflexible, como si declamara un verso—, y el destino decida a quién recuerdan, a mí o a mi pintura, a Rivera o a su modelo.

Apenas y la escuchaba, su voz era como un leve rumor del viento, un recuerdo que se escapa; su figura, en cambio, fue un torbellino, una secuela del pavo real que vi en su camerín, vuelto un puma ahora, una gata, un felino cualquiera; Pita leoparda,

lince, tigre de Bengala, magnánimo y cruel al mismo tiempo, cambiando de piel, dejándonos penetrar a su desnudez. Yo, y todos, quedamos prendados de su desnudez pálida, de suficientes líneas curvas como para pensar en un multipolígono (si esta figura existe); de su pelo rubio, lacio, escaso, que vestía su pubis y separaba, sombreándolos, sus muslos regordetes; de sus caderas torneadas; de su vientre suculento, de madona de Rubens; de sus senos grandes y erguidos, separados, coronados por la corola colorada que formaban sus pezones hinchados. Era, más bien, como una nueva versión de la Venus de Botticelli, sin el pelo tan largo, ni la mano pudorosa, ni la mirada inocente, y con unos ocho kilitos de más.

Nunca olvidaré la sonrisa de beatitud de Pita; la gran paz en los saltones ojos de Rivera; la lujuria de las manos de Reyes; el deseo en la boca de Machila (con un hilillo de baba cayéndole de la comisura de los labios hasta la abertura de los senos). Había, en la composición de Pita y su pintura, algo inescrutablemente hechicero y lascivo, algo que nos llevaba a todos a sentir recónditos sentimientos que ni de chiripa nos hubiera gustado exhibir en público. A buen juez mejor testigo, y fue entonces, mirando la desproporción de la sorpresa de todo el mundo, que empecé a agrupar los sentimientos que nos abatían: tres señoras (incluida la Caracoli) estaban moradas de envidia; cuatro ya se besaban con los maridos de otras tantas; un marido también se besaba con el marido de una más; había (sin que ello signifique que hubiera sucedido un accidente) varios casos de encamación urgente; el Ciego estaba como buscando algo que se le hubiera perdido entre los senos de Leticia Palma; los más recatados aprovecharon para acariciarse con sus vecinos, como si ello fuera signo de sorpresa y no de perversión; por todos lados se escuchaban murmullos de asombro o exclamaciones preorgásmicas; era ya imposible disimular que la fiesta no seguiría por la ruta orgiástica; nos sentíamos inspirados por un aliento de lujuria que nos hubiera alcanzado para igualarnos con Sodoma y Gomorra y sucumbir por una promiscuidad de fuerza mayor; un jovencito (al que todos llamaban simplemente Montes de Oca, como al Niño Héroe), perteneciente a la recién reinaugurada Academia de Letrán, se lanzó a los pies de Pita, la declaró musa de toda su generación, y en vez de pedirle que presidiera su cena de graduación, la convidó a que le extrajera el corazón; Pita sonrió; el Sapo, a su lado, no sabía qué hacer, miraba alternativamente, con miradas de rebote, a su pintura y a su culo (el de Pita), que le había quedado enfrentito; como pudo, pues en esos días sufría un agudo ataque a las coyunturas, Frida se acercó a Diego con piernas vacilantes, pero le pudo asestar un muletazo de padre y muy señor nuestro; el efecto de los gritos del jovencito candidato a mártir, la marmórea inmovilidad de Pita, la especie de valió rojizo que le salía a Frida por la boca, y el sonoro retumbar del golpe en el estómago de Rivera, fue tan dramático que destruyó el encanto hechicero y lascivo del cuadro plástico, pero nos obligó a quedarnos quietos para ver qué más ocurría; incluso los de la orquesta, que se habían acercado hasta la primera fila del círculo que rodeaba la escena, permanecían expectantes y misteriosamente seguían interpretando una gallopina de

Johann Schramel.

¿Qué sucedió entonces?, ¿fue cuando la tía Chole gritó «¡A tragar, la cena está servida!»?, ¿cuando Novo, destapando un platón, dijo que qué aroma tan delicioso; y Reyes, dándole una probadita con el dedo, agregó que era el mejor *soufflé* de chicharrón que se hubiera jamás probado en la ciudad de México; y Novo, otra vuelta —con la cara colorada, la calva en todo su esplendor y un triángulo de tortilla sopeando chicharrón entre los dedos— gritó «¡Chicharrón a la Pita! En tu honor divinidad»? ¿Fuimos entonces todos, arrobados, a comernos el «Chicharrón a la Pita» y la dejamos a la pobre con su desnudez a cuestras en medio de la sala? ¿Qué nos obligó a comer así, con tal regusto, con tal voracidad, con tal desmesura, que hubo que traer tres bandejas de barro, rebosantes, para satisfacer la demanda del *soufflé*? ¿Qué sucedió primero, el baile de la Tarántula, donde a base de manotazos la Doña perdió su vestido, y ya tirados todos en el suelo, alguien le dio una dentellada en la sede del poder?, ¿o fue *El regreso de Pita* (como si se tratara de película seriada) — con el abrigo sobre los hombros, descubierto el cuerpo al frente, al gairete de un pudor abandonado— que empezó gritando peladeces, persiguiendo a la cocinera en derredor de la mesa, hasta que le alcanzó dos bofetones retumbantes? No lo sé. Recuerdo gritos, injurias, manotazos, gritos de auxilio socorro, varios comensales rodando por el piso, pero por más que lo intento (chisme averiguado jamás es acabado) no puedo ordenar mis recuerdos.

La secuela de aquella noche, en mi memoria, es una imagen tenebrosa: me recuerdo tirado en una cama del hospital Francés, víctima de horribles dolores de estómago. Estaba solo en aquel cuarto blanco, como de locos, temiendo que de por ahí surgiera un tipo en camisa de fuerza. Me levanté, salí al pasillo, y me encontré con un atardecer desgajado en anaranjados y violetas. Caminé unos cuantos pasos antes de desplomarme a causa de la debilidad de las piernas. Un doctor me recibió en sus brazos antes de que me rompiera la crisma en el suelo.

—De la que se salvaron —me dijo el galeno muy sonriente, hecho un mar de dientes—, lo que se comieron era para que hubieran estirado la pata todos juntos.

—¿Quiénes somos todos? —alcancé a susurrar, asustado un poco por el sonido cadavérico de mi voz.

—¿Cómo que quiénes? Usted y todos sus amigos. El pabellón entero está lleno de los invitados a la fiestecita. El señor Novo ha estado delirando toda la noche, parece que su vida ha desfilado frente a él como en una pantalla. Ha dicho cosas escalofriantes. Nomás le digo que se confesó conmigo creyéndome sacerdote. Y eso no es nada, no hemos podido todavía convencer al señor Chango Cabral de que no es Ícaro, y que sería una imprudencia arrojarse desde el tercer piso.

Su voz apagada pero malévolamente tenía un cierto aire de complacencia a lo Iván Karamazov. Lo odié.

—Hemos tenido que padecer experiencias realmente alucinantes.

Al frente, sentado en una silla, vi al flaco Villaurrutia, con la tez color verde

pasto, recitándole a una estatua aquello de «Soñar, soñar la noche, la calle, la escalera y el grito de la estatua doblando la esquina». A su lado, Rodríguez Lozano, con los ojos saltados, se daba golpes en las sienes con el dorso de la mano y después se quedaba obnubilado viéndose las palmas. Reyes y Novo caminaban a lo largo de un pasillo, abrazados, con aire de extranjeros: mientras Chava le preguntaba algo en inglés, Poncho contestaba otra cosa en francés. Torres Bodet le estaba dando clases de religión a una afanadora que, hincada, lo miraba arrobada, o a la mejor le enseñaba puros sustantivos pues no dejaba de repetir «indolente, hereje, ateo, comecuras, lépero, vicioso, ácrata, demente, ¡comunista!» Pedro Armendáriz gritaba que había firmado un pacto con el diablo, y por lo que se le veía en la cara, era cierto: con las cejotas que se le unían al frente y el pelo alborotado en las sienes, parecía recién salido de *El doctor Faustus*. El joven Soriano hacía gestos prometeicos sobre un banquito y lanzaba al aire frases pseudofilosóficas, que no encerraban más que una mentada de madre sofisticada dirigida a Rufino. Todos parecían recién sacados de un museo de cera y daban la idea, observándolos en bola, que la posibilidad de abandonar este mundo nunca había estado tan cerca de sus mentes. Hasta ese momento me di cuenta de cómo nos pesaba el tiempo malversado en engaños sin fortuna.

—Denle gracias al cielo de que no se los llevó la calaca tilica y flaca —comentó sarcásticamente el doctor Karamazov, que bien mirado, más parecía un enfermero.

A la fecha, nadie ha podido asegurar con certeza qué fue lo que pasó. El reporte médico dice que en nuestro organismo se encontraron vestigios de un veneno que hubiera alcanzado para matar a todas las ratas de la Merced (me refiero a los animalitos), pero que no hizo el efecto devastador que se hubiera esperado, porque se le había mezclado con chicharrón, y éste había contrarrestado su fuerza maligna. (Que un grupo de intelectuales haya sido salvado por la acción bienhechora del chicharrón debería constar en el libro de récords de la *Guinness*.)

Reyes estuvo siempre convencido de que la tía Chole intentó envenenarnos. Hacia el final de ese año, en la reunión que organizó para festejar que se le hubiera concedido el premio Nacional de Letras, nos confesó que de pura casualidad había descubierto que la cocinera echaba en sus guisos toda suerte de sustancias y que, gracias a ellas, nos cambió el carácter y nos volvió sus peleles; que, además (y esto lo apenaba profundamente), la pérfida se había enamorado de él y que cuando lo sorprendió a la mitad de un romance libresco (entre los anaqueles de su capilla) con una admiradora (que prefirió dejar en el anonimato), le montó una escena de celos terrible y lo amenazó con dejarlo: «Me contenta o me largo». Nos contó también (y tuvo la amabilidad de disculparse conmigo, de regreso a sus buenas maneras), que días más tarde de ese suceso, Pita se presentó en su casa y le soltó de un tirón sus obsesiones quirománticas y le dio una versión personalísima de la unión que ellos dos

guardaban, que eran Hod y Netzach, las séfiras cabalísticas, y que ya era momento de romper la inmovilidad, acercarse el uno al otro y, en una sexo-sacral unión, complementarse.

—Te juro Uriel, que no le permití abusar de mí —me dijo con el tono doctrinal que siempre usó para resaltar sus virtudes, mirándose desde arriba el cuerpo enorme (indecentemente enorme a causa de la panza, y me permitiría agregar que arruinado a causa de la misma)—. Estaba hechizado por la tal Chole, pero no al punto de dejarme embaucar por Pita.

Pero si Alfonso resistió los embates de mi Pita, no lo hizo así la tía Chole, que espiaba todos los pasos de su patrón y había presenciado, tras el ojo de una cerradura, la misteriosa declaración de amor. Está dicho, mujeres juntas sólo difuntas. Aquello fue la gota que derramó el vaso, que la embargó en la ira, y sin decirle nada a nadie cumplió su amenaza de dejar a Reyes y lo cambió por Salvador Novo. Ya instalada en la casa de Chava, pensó en vengarse, al principio, de una manera delicada, hasta cierto punto simplona e infantil, que consistía en entregarnos los bustitos de Casandra, pero lo que sucedió aquella primera y única cena en casa de Novo fue más, mucho más de lo que ella podía admitir: no resistió ni mi pasión por Pita, ni la de Rivera por la señorita Modesta, ni la de Caramelo por Pita, ni la del bello Alfonso por la señorita Modesta, ni la de Novo por Michel, ni la mía por todas las mujeres, ni la de Pita por Alfonso, ni la del doctor Caraccoli por el esperpento de su mujer, ni la de nadie por nadie; es decir, que se sintió excluida, utilizada por sus artes culinarias, recluida en una cárcel de soledades, atormentada por toda clase de celos y decidió, usando esas mismas artes, eliminarnos de este mundo. Nos dijo Reyes que esta deducción le llevó semanas y semanas de atar cabos, de pensar y repensar, de evocar sabores, pero que la prueba convincente la encontró en una chichita de Casandra, endurecida en su propia alacena, cuyo papelito de la suerte era un albur: «Cuando te quieren te vas, cuando te aborrecen te vienes».

—Yo nunca probé esos pastelillos, ¿cómo fue a parar uno de ellos hasta mi despensa? ¿No crees que la misma Chole me lo fue a dejar para que yo intuyera la que me esperaba, perdón, la que nos esperaba a todos?

Novo, a pesar de todo, decía que había valido la pena el riesgo que corrimos por haber saboreado sus platillos, que nadie, nunca antes, llegó a tales excelencias culinarias.

La policía reportó que la tía Chole desapareció y que no se encontró ninguna pista para saber su paradero, que (como su supuesto padre, don M. Tudös) se hizo ojo de hormiga, que se desvaneció en el aire e, incluso, dudaron que fuera real. Ciertas contradicciones en nuestras declaraciones (que hoy están sepultadas en los archivos de la Octava Delegación) los indujeron a pensar que la existencia de la tía Chole era una invención debida a nuestro estado emocional en el hospital, que padecíamos una suerte de alucinación colectiva. Sin embargo, la tía Chole fue buscada en Monterrey, en Cadereyta, en Torreón, en la ciudad de México, en todos los restaurantes y casas de

postín, pero fue inútil, no apareció por ningún lado. Uno de los tantos agentes del Ministerio Público que visitamos resumió en un refrán la conducta de todos nosotros.

—No hay que echarse alacranes al seno —nos dijo, con el dedo flamígero apuntando a Villaurrutia, que, después de todo, era el que menos culpa tenía en el enredo.

Yo, desde ese tiempo, me quedé ciscado, removiendo de vez en cuando las cenizas de mi nostalgia, ajeno al mundo, cautivado por la visión de Pita, recreando mis aventuras con ella, sumido en la contradicción de haber estado enamorado de una calentaculos y embelesado por los menjurjes de una hechicera. Me di cuenta, tal vez demasiado tarde, de que los recuerdos pesan más que los años y decidí irme del país. Desde mi temporal autoexilio, muchas veces pienso en el extraño parecido de Pita y la tía Chole. Muchas noches sueño con la mansión narvarteña del desierto de Cadereyta, a la que Alfonso debió llegar, desde el primer instante, ya hechizado, predestinado a doblarse a aquel fantasma que surgió, tal vez, de nuestra tradición romántica del XIX, y que para nuestra desgracia volvió a desaparecer en ella. El sueño siempre es igual: veo una larga polvareda, los huizaches alborotados, la casa, entre azul y rosada, levantada a mitad del llano, y a Poncho —gordo, con su cara de niño, cargado de sol, relamiéndose los labios— abrir una puerta chirriante para encontrarse con el vacío de una habitación polvosa y telarañenta. También sueño con Pita, vuelta avestruz, pavo real, guacamaya, majestuosa, encaprichada, desnuda, endiosada por la gracia del mismo sueño. Sueño a la tía Chole con sombrero de cucurucho, agitando un caldero, intercambiando con Pita su desnudez, su mueca burlona, el sombrero — como el peinado de mi amada— lleno de rosas, bugambilias y nomeolvides.

Me han dicho que Pita perdió la razón. No la he vuelto a ver, pero mis amigos, los pocos amigos que me quedan de aquel grupo, me escriben de vez en cuando y me cuentan que anda diciendo por todos lados que es la mejor poetisa del mundo, que es el centro del Universo, pero que como no ha llegado a dominar las fuerzas del Tarot y las últimas técnicas de la metempsicosis, vive con el perpetuo temor de reencarnar en un pelado de Tepito. Dicen que se pasea —encatrinada, disfrazada de florero— por la avenida Juárez, regalando versos mimeografiados a todo aquel que no quiere comprárselos por cien pesos; que declama en todas las fiestas; que tiene pasión malsana por comer manzanas; que le da por retar a actrices jóvenes para ver quién recita mejor los versos de García Lorca, y en fin, que la pobre está más loca que una cabra, pero como dice la canción, amor viejo ni te olvido ni te dejo.

De la tía Chole nunca supe más, ni su paradero, ni cómo escapó del brazo de la justicia, ni siquiera si vive todavía escondida en algún poblacho. ¿Habrán sido ciertas las suposiciones de Reyes? ¿Fue en realidad una bruja que con sus guisos desató aquella marejada de envidias en la que nuestras amistades estuvieron a punto de consumirse? Pero, sobre todo, si no hay vestigios de ella, si no nos queda ninguna prueba o documento por el cual pudiéramos encontrarla o demostrar quién fue, si aún de sus platillos no tenemos la receta exacta, y así como otros recuerdan una melodía

de oído, nosotros la cocinamos de lengua, ¿cómo podemos saber de dónde vino o a dónde se fue?, ¿cómo podríamos demostrar que la pintura de Alfonso Michel, donde aparecemos todos, es auténtica?, ¿qué puedo yo decir de ella, testigo accidental de su presencia entre nosotros, fuera de mis fortuitos, inciertos y tortuosos recuerdos?, ¿no quedará por ahí algún texto explícito de Salvador, una confesión de Poncho, otro escrito de cualquiera de nosotros, que verifique que no sólo la tía Chole existió, sino que las huellas que tenemos de ella son verdaderas? Yo creo que no, pues solamente Torri, en una carta que me escribió hace años, aludió a ella, aunque su carta puede ser considerada tan falsa como todo lo demás:

Mi caro Uriel:

No te he escrito hace mucho. No importa. Tú bien sabes que al escribir te dedico mis mejores momentos. Así pues, mientras no te lleguen mis letras puedes creer que mis días son grises, inclementes, y que en líos de «feas» complacencias y vanas lecturas adormezco mis bríos incólumes y mis baudelerianos remordimientos. Si te parece, saldremos a un plano más fácil, como quien quiere abandonar las confesiones sublimes y el de las lamentaciones (¡adolescencia eterna y persistente inmadurez!) fútiles, pues tengo dos noticias que van a conmover tu grácil espíritu: Ya no trabajo de abogado en Salubridad. He dado una voltereta y me he colgado de otro barrote de mi jaula, el presupuesto. Soy corrector de estilo de la contraloría. Todas las imbecilidades que me causó mi despreciable trabajo las encierro en este endecasílabo:

Harto de Monterdees y Bodetees...

Ya no escucho a falsificadores de leche ni a adulteradores de manteca. Lo lamento, a mi pesar, desde el punto de vista aristofánico. No sabré nunca más cómo escribir sobre costumbres. Pero en realidad pagaba caro por conocer a esta sencilla gente (los infractores del reglamento de comestibles), en el que debemos incluir a nuestra extrañada Chole. Insinceridad, despecho y envidia, nunca os vi separadas. Por más que fuera una asesina nunca debió de abandonarnos, se lo hubiéramos perdonado todo. Por otro lado, estarás de acuerdo, con librarnos de Jaimito Bodete nos hubiera hecho un favor impagable. Una diosa preside nuestras vidas. Nuestras penas son dengues de mujer. (Notarás que el moralista de áureos versos duerme en mí con sueño ligero.) Y he aquí, cual parodia lopeveguiana, que arribamos, si no al segundo cuarteto, sí a la postrer y segunda noticia: me contaron que a casa de unos parientes de Julio Prieto llegó una cocinera que, con sobresalto del corazón, intuí pudiera ser nuestra anhelada Chole. La descripción que me dieron de sus platillos coincidía en mi recuerdo con los de ella, lo mismo que su destreza y hasta «el savoir», ¿recuerdas? Comprendí que se me presentaba una aventura que podría justificar mi vida entera. Me dispongo a cumplir los sesenta y tres sin haber conquistado la India, sin perspectivas siquiera de fundar una nueva religión, sin haber asesinado a ningún discípulo de González Martínez, sin haber sido, cuando menos, desterrado a una isla del Danubio por perverso, pero, sin embargo, el reencuentro con la piedra filosofal estaba en mi destino. (Esta frase la puedo poner en latín, oh Uriel, pues sigo estudiando lenguas a pesar de mi destormentada vida.) Me hice invitar inmediatamente por Julio, sin que el pobre pudiera comprender mi nerviosismo y mucho menos la grandilocuencia con que me refería a mis futuras glorias. Lamentablemente, caro, todo se redujo a una jugarreta del destino. Me encontré con una vieja chimuela, medio calva, bizca, que en nada se parecía a nuestra cocinera. Es cierto que cuando me vio sentado en el comedor, se turbó un poco, como si me hubiera reconocido o le recordara a alguien; pero es muy posible (esto lo digo en su descargo) que su nerviosismo acusara un muy comprensible desconocimiento de la familiaridad con que mi mano se desplazaba, bajo el mantel, por el muslo de nuestra anfitriona. En cualquier caso, la mujer fue muy poco moderna. Pero para mi asombro, la sopa que sirvió fue la de romero que tanto pondera el glotón de Alfonso. ¿Será posible, me pregunté, que la heredera de las modas imperiales, la mujer por la que Reyes y Novo se deschongaron, hubiera degenerado en el esperpento que tenía frente a mí? El sabor de los platillos era el mismo, mismo también el aroma, pero la familia me dijo que conocían a aquella mujer desde siempre y que, incluso, fue nana de no sé quién. Te cuento todo esto porque bien pudiera inspirarnos un cuento, una de las «nouvelles fantastiques» a las que el joven Fuentes (¿has oído hablar de él?) es tan afecto, o quizá ser parte de esas escandalosas memorias que me dices en tu última carta que piensas escribir.

Uno anda en busca de nubes para colgar su anhelo, de mujeres para colgar su ideal, de poetas para colgar su dolor, y de cocineras para colgar su desesperanza, pero todo esto es, lo sabemos desde siempre, quimera. Pon esto en un refrán, querido Uriel, y sé más famoso de lo que eres aún, mi loco y buen hermano. Salúdame

a los amigos y a tus musas, diles que no desesperen, que cualquier día de sol me ven caminando por la Gran Vía.

Tuyo:
Julio Torri

El epílogo

Entre todos los papeles que me entregó don Horacio Labastida hay una carta diferente a todas las otras, tal vez un tanto mostrenca, que aunque viene a cuento no engarza con el cuerpo central del relato sobre la misteriosa cocinera. Según me dijo el mismo don Horacio (cuando lo consulté al respecto), es muy probable que mi tío se la enviara para que pudiera desentrañar los verdaderos motivos que tuvo en mente cuando se decidió a escribir esta suerte de fragmento de sus memorias, y aunque de alguna manera (me parece) ya no había nada más que contar acerca de Chole, Novo, Reyes, et al, sí pareciera ser el verdadero epílogo (prescindible pero justificativo) con que Uriel Eduardo Alatraste necesitaba finalizar sus calumnias. Así es que, simple y llanamente por apego a la verdad histórica, reproduzco aquí la mencionada carta, con la fidelidad que la prudencia recomienda:

Querido Horacio:

Tengo una deuda contigo. Hubiera querido llamarte para despedirme como corresponde, pero después de todo lo que me pasó decidí alejarme del país para siempre. Te habrá extrañado mucho, sobre todo por la manera en que abandoné el convivio al que nos había convidado Carlos Fuentes, pero no fue, créemelo, mi intención portarme como cualquier majadero. No pude evitarlo, enloquecí, enloquecí de verdad. Creo que lo que sentía no era para menos, aunque ahora podría atribuir comportamiento tan pelado a que ya no me puedo acostumbrar a la altura de nuestra ciudad. Espero que después de leer estas líneas me perdones y comprendas.

Mira, como Le conté, vine so pretexto de acompañar a Carlos Fuentes el día de su ingreso al Colegio Nacional (lo hemos dicho muchas veces: Carlos ha sido siempre el niño mimado de una generación entera de intelectuales, pues era y es la promesa de la literatura mexicana), pero en realidad tuve otro motivo para volver a México: ver el cuadro de Alfonso Michel que tú mismo me dijiste estaba en la galería de Inés Amor. Pero nada me salió a gusto, y vete tú a saber por qué, se me vinieron a mezclar una enorme cantidad de sentimientos, que yo creía superados desde hacía mucho.

Tú sabes que estaba pasando las que serían mis últimas vacaciones en México, y quizá por el reencuentro con todo lo que venía a significar «mi pedacito de Patria que sabe reír y llorar», me emocionaba más de lo debido. Sabía (siempre supe) que ese viaje de regreso se iba a convertir en el símbolo de la entrega de mi estafeta (mi estafeta cultural, claro). Tal vez nadie lo entendía, pero parecía como si me dispusiera a escribir mi *Temps Retrouvé* (o más exactamente, aceptaba que mi tiempo estaba ya perdido del todo y que solamente la memoria se aliaba conmigo para mantenerlo vivo). La vejez lo hace a uno ponerse más fácilmente cursi, así que te pido perdón por la sarta de disparates que te estoy diciendo, pero volviendo a lo que me pasó aquel día (que como verás explica mi conducta tan grosera), a mi gusto por ver la manera en que Carlitos iba triunfando sobre sus detractores, a la emoción de reencontrarme contigo, con Novo y con Xavier; e incluso (¡oh, divina ancianidad!) a la de abrazarme con Maples Arce; y sobre todo a la tristeza de que Torri no hubiera asistido a la ceremonia, se sumaba la emoción de haber visto el cuadro de Michel.

Tengo que aclararte que tenía una obsesión (casi malsana) por ver a Julio. Esa mañana había hablado con él por teléfono y prometió encontrarme en la conferencia, sin embargo no había asistido ni al acto inaugural, ni a la presentación, ni a los discursos, ni al convivio que se celebró en la Hostería de Santo Domingo. Lo de Carlitos era un logro con todas las de la ley, que (inmerecidamente) yo me tomaba como propio, y la ausencia de Julio (que aparte de ti era casi con el único que me carteaba), por el contrario, era una especie de derrota de la solidaridad de todos nosotros. ¿Por qué negarnos al relevo? Ellos, los nuevos escritores, harían nuestras veces, ellos protagonizarían los escándalos, escribirían las mismas crónicas, los poemas, los ensayos, las novelas, que nosotros ya habíamos escrito, pero que en sus plumas parecerían nuevas. ¿Qué pasaba para que Torri se negara a aceptar la evidencia de los hechos? Pero basta de rodeos, vayamos a lo nuestro:

Si te recuerdas bien, había pasado por la galería de Inés Amor y ella tuvo a bien enseñarme la pintura de Alfonso Michel; y sí, tal como me lo advertiste, éramos nosotros; ahí estaba Chole, Pita, Diego, Villaurrutia, Novo y yo. Te juro que no entendí nada. ¿Cómo pudo Alfonso retratarnos tan bien? Cuando yo lo conocí se veía tan inmaduro, tan joven, que nunca creí que fuera a captar en un instante todo lo que nos pasó. Le pregunté a Inés si era auténtica, y ella me lo aseguró aunque no encontró la firma por ningún lado. El título era genial: *La mesa de los ángeles caídos*; nos deja como al bendito, pero alude tan bien a la vieja y desconocida fonda de la tía Chole, que resulta maravilloso. Me conmoví como pocas veces, y los colores, las formas, los angelitos del mantel, empezaron a dar vueltas dentro de mí. La pobre Inés se asustó un poco con

mi palidez, e insistió en que de verdad era de Michel. No le hice caso, pues como comprenderás, lo que me pasaba era más serio; parecía como si todo regresara: el coraje, la envidia, la ira, la calumnia, la maledicencia, la ignominia de aquella cena fatal, dejándome al arbitrio del precario equilibrio emocional que miserablemente regresó para instalarse en mi destartalado corazón. Compré el cuadro y le pedí a Inés que se lo enviara a mi prima Sara, la hija póstuma de mi bienamado Aquiles, con la que tan mal me he portado. Mataba dos pájaros de un tiro, reparaba las muchas desatenciones con Sarita, y me quedaba con el único testimonio de aquella cena en casa de Novo.

Como te dije personalmente, al salir de la galería te llamé a tu casa pero me dijeron que te habías ido a una reunión del Partido. Quise almorzar con Torri, pero estaba haciendo no sé qué cosa y prometió encontrarme en lo de Carlitos. No tuve otra que irme a comer solo a Prendes, y ahí me despaché con un filete Chemita que no tenía progenitora, salpicado con un vino francés tan huérfano como la carne. Creía que haber comprado la pintura de Michel me había curado de nostalgias, pero nunca me imaginé que, muy al revés, me provocaría aquella melancolía desesperada y me remitiría a la memoria de nuestra querida Chole.

Como ves, tengo que hacer, en el sentido estrictamente proustiano, un esfuerzo de memoria para no perderme en una marejada de insignificancias, y referirme a lo que, paradójicamente, vino a ser el final (¿o principio?) del *affaire* Chole. Así pues, radiante y nostálgico como me sentía, me fui a la sede del Colegio Nacional, escuché las conferencias, saludé y abracé a quien se dejó, y fui con Novo a la celebración. Aparentemente me sentía de lo mejor y el cariño que mis viejos amigos me mostraban reconfortaba mi espíritu herido, pero, sin que yo pudiera evitarlo (y quizá sin sentirlo), la tristeza iba ganando terreno en mí y las imágenes de la pintura de Michel no me dejaban en paz. Traté de vencer la melancolía a base de la delectación excesiva de los margaritas que un grupo de meseros nos sirvieron a mansalva, pero fue imposible, y para cuando me vine a dar cuenta ya estaba embriagado de mil sentimientos encontrados y presa de una desesperación incontenible. Como me sabía capaz de iniciar una perorata llena de sandeces, abracé a Carlos, le di mis parabienes y salí de la Hostería de Santo Domingo en un estado parecido al encantamiento, sin poder pensar en otra cosa que compartir mis sentimientos con Julio (y digo solamente Julio, porque con el resto, contigo, con Novo y los muchachos, ya lo había hecho: ustedes habían estado ahí y seguían ahí mismo cuando me fui).

Por alguna razón inconsecuente, en mi olfato renació, con cierta terquedad, el aroma de aquella infusión de flores que un día me ofreciera, en la cocina de Chava, la tía Chole. En algún momento me debí haber comido el equivalente de la magdalena de Proust, pero ni siquiera me había dado cuenta cuándo había sido, porque ya me hallaba instalado en la evocación de mi pasado, con la memoria sinestésica que le dicen, haciendo que la realidad presente pareciera pasada. La ciudad —iluminada en partes, oscurecida en los rincones, con su cuchicheo de sirvientas escondidas entre los árboles y el murmullo de los radios tras las cortinas de las ventanas— parecía como si se alejara de mí. La veía extenderse a mis pies, larga y monumental, parecida a como la veía en la infancia, como si cada objeto contuviera una revelación. Recordé una vez que, recién llegado de Puebla, don Luis me llevó a conocer los canales de Nativitas y a lo lejos vi una hilerada de pinos, en brumas, levantándose a las faldas del Ajusco. «Aquello es Xochimilco», dijo él. Mi mirada juvenil no alcanzaba a descifrar la distancia, ni a escindir del horizonte un remolino de hojas y pétalos que se levantaba de una chalupa, como si el aire embrujara el lento desplazarse de la verdulera. Pasó mucho tiempo antes de que, encerrado en un cuadro de Joaquín Clausell, volviera a encontrarme con aquel hechizo.

La evocación insensata me enloquecía, Horacio, y extrañaba todo aunque todo me dañara. Ni modo, la malasaña del *Temps Retrouvé*.

Recuerdo que las figuras del cuadro de Michel revoloteaban confusamente en mi cabeza, que sentía una mezcla disparatada de tiempos, como si mi historia no hubiera existido nunca, como si alguien me hubiera inventado, o como si ya hubiera muerto del todo (¿de qué otra forma se puede morir si no es del todo? ¡Qué inexactos somos los mexicanos!) En fin, debía ser que miraba al cielo negro con una atención especial, que tenía el cuerpo húmedo, las manos frías y el corazón ardiente. Recuerdo que a mi lado pasó un señor en zancos, con unos pantalones larguísimos, chiflando una melodía, arrastrando su torpe humanidad con expresión de arrobamiento; de sus hombros caía, hacia el frente y atrás, un largo anuncio de colores fosforescentes:

NOCHES RUMOROSAS DEL TRÓPICO
LA VOZ DE SEDA DE TOÑA «LA NEGRA»
BENNY MORÉ «EL BÁRBARO DEL RITMO»
EL GRUPO BATACHÁ
SU SALÓN LOS ÁNGELES

Me quedé estupefacto, como si el gigante fuera una aparición del pasado, entrometiéndose en mi regreso a la

ciudad. Un enanito, entonces, me jaló del pantalón. «¿Usted le entra al mambo?», me preguntó con voz nasal y pastosa. Estaba montado en un triciclo y llevaba un monito abrazado al cuello. Ambos (enano y chango) iban disfrazados de rumberos de orquesta tropical. Pensé, viéndolos, que los motivos humanos eran oscuros e impenetrables, que el mambo había caído en desuso y que el Salón Los Ángeles estaba clausurado desde los mejores años de don Ernesto P. Uruchurtu. El monito me entregó un volante donde se daba, levemente ampliada, la misma información que en el cartel del gigantón. Se fueron pedaleando en zigzag y cantando «Pachito Eché, le dicen al señor... Pachito Eché baila el mambo y el son».

Les di la espalda confundido, repentinamente encandilado por las luces brillantes de los faroles. De tanto en tanto, la vida del payaso que había en mí tropezaba con un apropiado momento de circo, como para recordarme mi vocación más íntima, pero aquel me pareció casi una excentricidad de los dioses. ¿No habría bastado con mi borrachera, con mis recuerdos embravecidos? ¿Qué más me esperaba? Me zumbaban los oídos y los latidos del corazón me retumbaban en la base de los genitales. Una tufarada aromática, que erraba por los aires con un hálito de flores y pábilo de funeral, me trajo nuevamente a la memoria el recuerdo de la tía Chole, y la vi como el bello Michel la había pintado: erguida, ensoberbecida, con la tacita de la infusión de flores en las manos, mirando a Pita con rencor apocalíptico. Estuve a punto de perderme dentro del recuerdo de la pintura y para salvarme traté de comprender algo absurdo: la similitud que había entre la cara del enanito y el chango.

Quería asirme a la ciudad que se bamboleaba a mis pies y a la idea de que Torri se alegraría de que lo fuera a buscar. Caminaba en un estado de éxtasis, sin ahuyentar la imagen que me había hecho del regreso del pasado en la figura del gigante de los zancos, sin comprender por qué estaba fascinado y por qué sentía escalofríos de miedo, siempre, con el aroma de la vieja infusión de la tía Chole repitiéndose en mi nariz. Caminaba, y caminando llegué hasta la casa de Julio. Me metí como sonámbulo, dejando atrás una ciudad que había adquirido una calidad circense.

—¿Y... y ahora tú?, ¿qué no te habías reclu... cluido en tu exilio voluntario? —me preguntó Julio en el quicio de la puerta, sin poder ocultar la sorpresa en los ojillos que resaltaban tras los lentes, y en la bola de la nariz que estaba (o se le puso) roja.

—No te hagas tarugo, ya sabías que había regresado para lo de Carlitos. Convídamme un trago, Julio, te traigo varios chismes y estoy a punto de perderme en un laberinto. En la mañana vi el cuadro que pintó Michel. Qué titulazo, ¿no? *La mesa de los ángeles caídos*. Pero me dejó como loco y ahora soy yo el que necesita de tu apoyo. No sé cómo llegué hasta aquí. Vengo de festejar en la Hostería de Santo Domingo y de presenciar la toma de la calle por los compañeros del sindicato del Circo Atayde, ¿tú crees?

Me metí, dándole un empujón, con la sensación que había experimentado toda la noche, de que las cosas se alejaban de mí. Escuché la voz de una mujer a punto de romperse la vida, gritando un Dios mío desconsolador que no demostraba ni excesivo valor ni muy buena cortesía. También escuché una melodía leve, que venía probablemente de otro cuarto, que inmediatamente identifiqué: *Moonlight Serenade*, con la orquesta de Glenn Miller. Una fragancia viciosa saturaba por completo el ámbito del *living* (como llamaba Novo a la estancia) y me dejé embriagar por ella (la fragancia) como un bálsamo, por el puro placer del olfato redivivo. En un rincón de la sala, sentada en un sofá, como buscando guayabas en los magueyes, estaba una muchacha que no pasaba de los veinte años y que lo más probable es que fuera la dueña de la tipluda voz que invocó la presencia del Santísimo. Se acomodaba en el cuerpo un vestido sin mangas, que estaba a medio camino entre uniforme de alumna de secundaria y de mesera.

—¿Interrumpo algo? —pregunté con voz vacilante y labios temblorosos, mientras analizaba las características anatómicas de la joven.

—Sí, pepero no imporporta —contestó Torri, poniendo su cara de mosquita muerta, respirando con lentitud, como aspirando el sahumero de vivencias antiguas que inundaban su casa.

No sé por qué barrunté que con aquella casi niña, Julio estaba a punto de sucumbir a una de sus pasiones famosas. Canas y dientes son accidentes. Sentí pena, después envidia, y al final las dos juntas mezcladas con coraje. El muy desgraciado me había plantado por quedarse con la chamaca. Cuando se dio cuenta de que le había caído en el enjuague, Torri dijo con sonsonete de disculpa lo primero que se le vino a la cabeza:

—Ella es mi... mi alumna y vivino a que le leyera un cuento.

Cabe la posibilidad de que lo esté mezclando todo. Que el gigante y el enano me los hubiera encontrado otro día, en San Juan de Letrán o cualquier otra calle del centro, y no esa noche cerca del edificio donde vivía Torri. Que la entrevista con él se hubiera realizado una de esas tardes en que saliendo de Mascarones íbamos a tomar café a su departamento y alguna de sus alumnas llegaba a ver sus libros eróticos encuadernados en seda. No describiré otras muchas incoherencias de esa noche pues las reservaré para algún otro capítulo de mis memorias, pero tengo que aceptar que se me pueden achacar ciertas incoherencias e inexactitudes.

—Siéntate Uriel —me dijo Julio con desgano, moviendo lastimosamente la cabeza, con una cierta dulzura

de torturador frente a su víctima.

—Mucho gusto señorita —dije yo, tomando la mano de la muchacha para besarla—. A los pies de usted.

La luz era crepuscular (estábamos casi a oscuras, como si eso fuera muy chic), salpicada del reflejo color vino del linoleum, del cuero verde de los muebles, y de un tenue amarillo que se filtraba por una ventana, lo que parecía ayudar a Torri en la consecución de sus bajos deseos. Apenas podía ver el esquinero donde Julio tenía la famosa colección de copas de cristal de Bohème, y el retrato que Moreno Villa le había pintado. Sobre la mesa del centro (la de caoba tallada que Julio había heredado de su mamacita), estaban unos libros — amarillos, forrados con papel cebolla, en francés— que seguramente Torri hojeaba con su invitada. Tomé uno, *Les contes de Boccaccio*, que no se podía leer sino simplemente ver porque las páginas no estaban desprendidas, con excepción de aquellas en donde había unas bellas litografías de mujeres desnudas, encuerándose, o haciendo el amor; mujeres al estilo Vargas, que se harían famosas en el *Playboy*. Seguramente Julio se las enseñaba a la chica, resaltando, de cada litografía, la importancia del color, del trazo, de la ambientación, o haciendo una vaga alusión a las formas femeninas, para dejar, así, la sensualidad escondida en el calor de sus palabras.

—Son francesas —me dijo nerviosamente la muchacha, lo que demostraba que o bien tenía un sentido escasísimo de la obviedad, o que me consideraba un iletrado.

Tomé las *Memoires de Jacques Casanova de Seingals*, y las abrí casualmente en una acuarela que mostraba al rabo verde de don Jacobo, regodeando la mirada en el trasero de una mesera que, de espaldas, levantaba sus enaguas para dejar al aire un par torneado de rosadas nalgas. Los azules y los grises, diluidos en tonalidades pastel, le prestaban a la imagen una calidad ideal, idealizada, como si el erotismo de la mirada de Casanova fuera un sueño, un anhelo, casi una ilusión mística, pero nunca una pasión carnal: la sensualidad como valor espiritual del libertino culto. Julio, por su parte, no apartaba la mirada de su alumna, como preparándose, de alguna manera, para interpretar a la versión nacional del don Juan encarnado en Casanova. Cuál no sería mi sorpresa cuando, abandonando su papel de seductor, Torri fue a su escritorio, prendió una lamparita verde (con lo que provocó algo que fue como un fogonazo de resplandor entre tanta penumbra), sacó unas hojas de un cajón y nos anunció que nos las leería.

—Este cuento se llama «La cocinera» y está inspirado en la mejor que ha pisado este papá. Y, a propósito, ¿sabes Uriel que se me ocurrió a partir de una carta que te escribí? Bubuena, la imaginación no tiene límites, ya verán. ¡Qué bárbaro!

—¿Quién era esa cocinera, maestro? —preguntó la estudiante, volviéndose a acomodar el uniforme, con la peregrina intención de disimular que no tenía blusa, pero yo, por la sisa, le vi el resorte del portabustos y bendije a Julio por haber prendido la lamparita verde.

—Era más que una cocinera, era una diosa —comenté yo, repentinamente hipnotizado, como Torri, con el cuerpo de la casi niña—, una hechicera, un ángel o un demonio, da igual, pues sus guisos no fueron de este mundo.

Julio me había servido una copita de cognac Martell, había llenado una que su alumna tenía previamente, sin hacer ninguna observación a mi clasificación de la tía Chole. Diluido en la plática seguíamos escuchando el trombón de Glenn Miller como un eco nostálgico de pista de baile. Era más que evidente que yo había venido a interrumpir algo. ¿Bailaban, se acariciaban o veían los cromos pornográficos de los libros?, ¿o hacían las tres cosas simultáneamente? La niña, la mujer, la alumna, o lo que fuera, se movía nerviosamente, dando brinquitos por el sillón, en una especie de baile de asentadera. Torri, en cambio, manoseaba sus cuartillas, daba tres pasos para allá y otros tantos para acá, como los cangrejos al compás, y no sabía cómo atenderme. No le quedó otra más que seguir con la farsa y empezó a leer.

—«Por inaudito que parezca —dijo con voz medio tétrica, que había perdido torio rastro de tartamudeo— hubo cierta vez una cocinera excelente. La familia a quien servía se transportaba, a la hora de comer, a una región superior de la bienaventuranza. El señor manducaba sin medida, olvidado de su vieja dispepsia, a la que aún osó desconocer públicamente. La señora no soportaba tampoco que se le recordara su antiguo régimen para enflaquecer, que ahora descuidaba del todo. Y como los comensales eran cada vez más numerosos, renacía en la parentela la esperanza de casar a una tía abuela, esperanza perdida hacía mucho tiempo.

»Cierta noche, en esta mesa dichosa, comíamos unos tamales como nadie los engulló mejores.»

La voz de Julio —pausada, tímida, deleitándose en la causticidad elegante de su escritura— me traía a la memoria el rostro de la tía Chole sirviéndome la infusión de flores, abanicándose con el soplador del anafre, o contestándole a Rivera que a ella le gustaba la pintura de Siqueiros. Torri me la devolvía con el halo de leyenda al que estuvo condenada entre nosotros. Aunque dicho sea en honor a la verdad, «esa mesa dichosa» a la que aludía Julio en su cuento, no podía ser, ni con mucho, aquella en la que el Sapo estuvo a punto de perecer ahogado.

—«Mi vecino de la derecha —continuó Julio después de haberle ido a dar una probadita al cognac de su alumna—, profesor de economía política, disertaba con erudición amena acerca de si el enfriamiento progresivo del planeta influye en el abaratamiento de los caloríferos eléctricos y el consumo mundial de la carne de oso blanco.

»—Su conversación, profesor, es muy instructiva, y los textos que usted aduce vienen muy al pelo.

»—Debe citarse, a mi parecer —dijo una señora—, cuando se empieza a citar lo que se cita.

»—O más bien cuando se ha olvidado del todo, señora. Las citas sólo valen por su inexactitud.»

Hasta ese momento me di cuenta que Torri no solamente reproducía la sarta de incoherencias que se platicaban en la mesa de la tía Chole, sino que nos estaba parodiando, y que los comensales de esa mesa ficticia de su cuento éramos nosotros mismos. Pensé que el profesor de economía era Daniel Cosío Villegas, pero me di cuenta que no, que seguramente era un alter ego de Henríquez Ureña, quien estaba orgulloso de sus citas y las repetía a la menor provocación con voz engolada, y del que Julio, aunque muy disimuladamente, estaba celoso por su amistad con Reyes.

«—Un personaje ahí presente —continuó Torri, con unas dotes de lector avezado que no le conocía— afirmó que nunca traía a cuenta citas de libros, porque su esposa le demostraba después que no hacían al caso.

»—Señores míos —dijo alguien al llenar su plato por sexta vez—, como he sido hasta hoy el más recalcitrante sostenedor del vegetarianismo entre nosotros, mañana, por estos tamales de carne, me aguarda la deshonra y el escándalo.

»—Por sólo uno de ellos —dijo un sujeto grave a mi izquierda— perdería gustoso mi embajada en Mozambique.

»Entonces una niña...

»(¿Habéis notado la educación lamentable de los niños de hoy? Interrumpiendo con desatinos e impertinencias las ocupaciones más serias de las personas mayores.)

»... Una niña hizo cesar la música de dentelladas y de gemidos que proferíamos los que ya no podíamos comer más y dijo:

»—Mirad lo que hallé en mi tamal.

»Y la atolondrada, la aguafiestas, señalaba entre la tierna y leve masa un precioso dedo meñique de niño.

»Se produjo un gran alboroto. Intervino la justicia. Se hicieron indagaciones. Quedó explicada la frecuente desaparición de criaturas del lugar. Y sin consideración para su arte peregrina, pocos días después moría en la horca la milagrosa cocinera, con gran sentimiento de algunos gastrónomos y otras gentes de bien que cubrimos piadosamente de flores su tumba.»

El final del cuento, narrado con un cierto tinte macabro, provocó un silencio grave y prolongado, en el que Julio y yo nos quedamos viendo las piernas de la chamaca. ¿Qué platillo habría sacado la tía Chole de esos succulentos chamorros? Miré a Julio desconcertado, sin saber cómo, con esa apariencia de yo-no-rompo-un-plato, se le podían ocurrir las perversas ideas de su narrativa. Me volví hacia la chica, esperando verla sucumbir al pánico del cuento, pero me la encontré como eclipsada mirando fijamente la bragueta de su maestro. Me di cuenta de que no sólo no traía blusa, sino que, por la forma en que se le marcaba el resortito de las bragas, era muy probable que solamente vistiera el uniforme sobre la ropa interior. ¿Se lo habría echado encima cuando yo llegué? ¿A eso se debió el electrizante «Dios mío» con el que me dio la bienvenida? Ver para creer. No hice un solo gesto, logré, como dice la expresión populachera, dominar mis ímpetus primarios (y los secundarios también).

—¿A poco piensas que la tía Chole era caníbal? —comenté para alejar la imagen de la casi niña cubriéndose su desnudez a las carreras con el uniforme de mesera. A lo mejor Julio la estaba obligando a posar como una de las mujerzuelas que aparecían en las *Memorias de Casanova*, induciéndola a aceptar la dudosa forma de felicidad que es saberse observada con deseo. «Naturalmente», pensé, «no se trata de descubrir el secreto de Chole, sino de inventarlo; como tampoco, de inventar la lujuria con la niña, sino de descubrirla».

—Se me ocurrió —contestó Torri, después de un rato y de muchos, muchísimos malos pensamientos míos — nanada más. Sus platillos eran tatan buenos que bien los pudo aderezar cocon carne humana.

La alumna seguía bailando el tap de nalga sobre el sofá, medio sentada de lado, con una buena parte de los largos muslos al aire, asomando el broche de una tirantera sin medias. «Pierna larga, plato fino.» Era rubia, de facciones entre delicadas y recias; de ojos almendrados, pero más que bonitos, soñadores; de labios delgados, pintados con carmín intenso, y de pelo ondulado bajo las sienas. Me pareció la típica mexicana oxigenada, que tenía algo de Lupe Vélez, de mi difunta Lupe Vélez, ¿qué le vamos a hacer?

—A ver qué día me invita a conocer a esa cocinera tan afamada, profesor —comentó ella, bastante repuesta de la contrariedad de tenerme enfrente.

—A ver cuándo, priprimo —contestó Torri—, pupues no, no sabemos dónde andará. A lo memejor

podemos organizar una... una sesesión espiritista otro día, ¿verdad UU... Urielito?

Solamente se escuchaba el ruido de la aguja repitiéndose incesantemente porque el disco de Glenn Miller se había acabado y ninguno de los tres era capaz de ir a voltarlo. Yo, porque me temía que si iba a la habitación contigua corría el riesgo de encontrar fornicando a mis anfitriones cuando regresara; Julio, porque no estaba dispuesto a ceder un momento más ante mi intromisión y parecía dispuesto a alejarme a base de indiferencia; y la alumna, porque era muy posible que al levantarse sucumbiera a un orgasmo intempestuoso: en el modo de menear el culo se conoce al que es caliente. Pensé que Torri (como decía Reyes) podría inventar un nuevo género literario (la novela-ensayo por ejemplo), que podía recrear o revolver las raíces de nuestro idioma, ser entre nosotros el escritor más fino y original, desentrañar una realidad fantástica en una página, o hacer creíble una versión actualizada de canibalismo, pero que él, sabio, utilizaba todos esos dones prodigiosos para seducir a una muchachita con cuerpo escalofriante.

Quizás entonces, olvidando a lo que había ido, me despedí. Tal vez conté apresuradamente lo que había pasado en la Hostería de Santo Domingo. Posiblemente todavía hojeé uno de los libros eróticos desordenados sobre la mesa y me entretuve un rato observando el grabado de una especie de Capitana de Húsares pelirroja, con el jubón abierto, que mostraba dos senos —redondos y pequeños— cuyo pezón era colorado, del mismo rojo fuego que su cabello. Tal vez simplemente me levanté, le pregunté a Julio que si se acordaba de la fiesta que Pita había dado en su casa para descubrir la pintura que le hizo Diego, y me fui tan campante. Tal vez Julio me preguntó que si lo entendía, que qué quería que hiciera, «el amor es el amor, mi hermano»; o quizá nunca estuve ahí y todo lo que recuerdo me lo imaginé cuando, meses después, releí el cuento de «La cocinera» incluido en *De fusilamientos*, y pensé que Julio había tenido que dar un sentido, aunque fuera fantástico, a todo lo que nos pasó con Chole.

Pero cierto o no todo aquello, el caso es que vuelto a la calle, sentí un escalofrío de huesos, la tufarada impregnada de perfume de flores en la nariz, y caí presa de las mismas ansiedades olfativas que me perturbaban desde el inicio de la noche. En ese momento recordé que siempre había querido preguntarle a Julio si él creía que Reyes nos había dicho la verdad cuando nos dio su versión de por qué lo dejó la Tía Chole, si nunca había dudado de la palabra del Gordo, pues a veces yo había sospechado que fue un ardid con el que él encubrió la fuga de la que fue su cocinera; hubiera querido preguntarle, también, si no pensaba que atrás del recado del pastelillo de Pita se escondía una estratagema mágica, o una venganza desconocida mucho más grande de la que hubimos presenciado; pero desgraciadamente ya no era tiempo de regresar al departamento de Julio y pedirle que, con su inmensa sabiduría para desentrañar los motivos humanos más recónditos, me explicara lo que había pretendido la cocinera, lo que de verdad había sido de nosotros, lo que había significado todo ese tiempo de maledicencias, lo que todavía quedaba de él ahora, cuando la vida se nos iba entre los dedos como un puñado de agua. Sentí que de vuelta me había enredado en una aventura espantosa que no me correspondía, y que estaba viviendo de prestado la vida de alguien que no era yo, pero con la cual me había comprometido, inconscientemente, con un contrato de *stunt man*, sin conocer el límite de los peligros que corría, sin saber a ciencia cierta los motivos de la trama (como diría Reyes que diría Chesterton), pero que ya no tenía tiempo para nada. Cada quien es dueño de su propio miedo. Pensé, también, en una suerte de borrachera memoriosa, que de la tía Chole hubiéramos podido esperar cualquier cosa: si había sido hija del cocinero húngaro de Maximiliano, bien podría haber pasado por una caníbal, con algo de vampira incluso, como su compatriota el Conde Drácula. Me dije que no anduvimos tan errados en que Reyes hubiera podido ser Barba Azul, pero que también hubiera dado el gatazo de hijo de Gargantúa, o de la reencarnación de Rabelais o de cualquier personaje o escritor que justificara que en estas tierras hubiera nacido tal portento literario. ¿Y Novo, quién hubiera podido ser (además de sí mismo) si nunca dejó de ser un *outsider*, moderadamente satisfecho y egoísta, cuya maliciosa envidia fue excesiva y divertida a la vez? Novo, que se supo destinado a ser el poeta de los dones, el que pudo improvisar un soneto perfecto, sería recordado más como poeta que por su poesía, y al cabo del tiempo la gente pensaría más en sus escándalos que en su literatura, y vendría a ser más nuestra versión del dandy decadente que el autor del *Nuevo amor*. Como decía el mismo Salvador: al mejor cocinero se le va un chile entero. Por mi cabeza pasaron muchas de las escenas que vivimos juntos, especialmente la de aquella mañana en que me presentó a Jorge Cuesta frente a Bellas Artes y nos fuimos a comer juntos a Lady Baltimore, el día exacto que se inició mi vida al lado de un grupo para el que nunca me alcanzó la cultura. Fue un martes estival, tiernamente claro y soleado, donde el viento soplaba muy levemente, el aire estaba totalmente transparente y los volcanes se erguían azules en el horizonte (lo puedes comprobar, mi querido Horacio, en el informe meteorológico del observatorio de Tacubaya del martes 2 de mayo de 1920). Imaginé, por otro lado, que el cuadro que de Pita pintó Diego, la hubiera podido convertir, efectivamente, en *the mexican female picture of Dorian Gray*, pues algo de la vulgaridad de mi amada quedó impregnado en la pintura, algo de su ignorancia suplida con vanidad, algo de su egocentrismo y su puerilidad que iba a contrapelo con la calidad plástica que el Sapo supo darle, y que

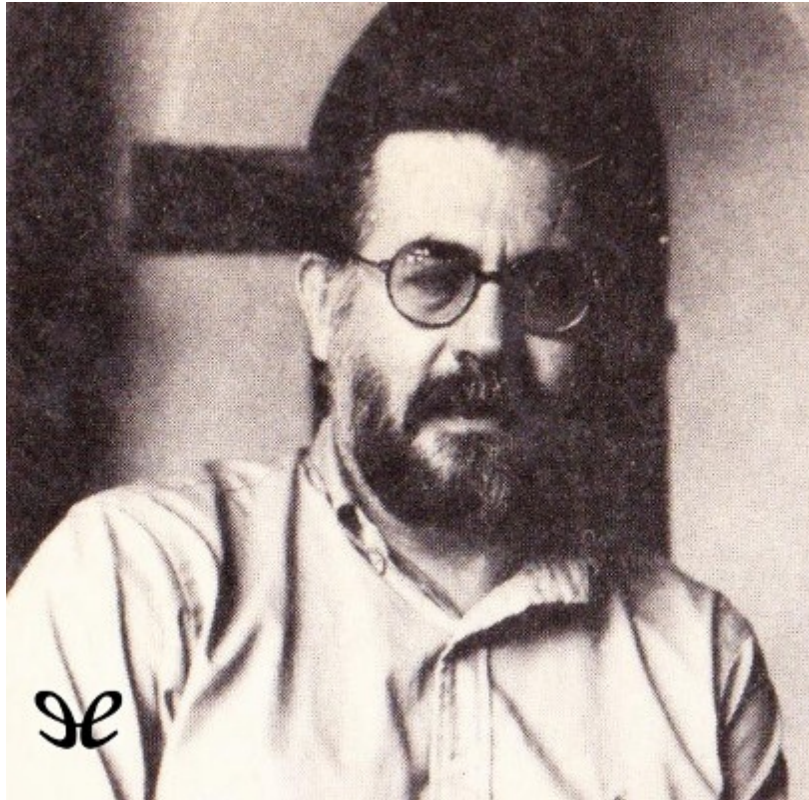
mientras ella seguía declamando por las calles —bizarra, imperiosa, con su voz de trueno asolando con su gesto a los transeúntes— el cuadro mostraba sus carencias, su desmedido orgullo, su egoísmo, la falsedad escondida en sus visajes, en sus desplantes de comedia.

Creo, ya no estoy muy seguro de nada, que me entró lo sentimental y me puse a llorar sin saber qué me daba tanta tristeza. De repente me dieron ganas de llevarle a Pita una serenata de ardido, pero sólo de volver a imaginarla desnuda frente a Diego se me llenaron los ojos de lágrimas de rabia, y todo aquel mundo bamboleante, que se anegaba con mi llanto, me era cada vez más ajeno, más distante, como si me hallara en un futuro (y no en un presente) remoto e inescrutable. Pensé en mí y en el pasado, en el enredo fabuloso en que se me había convertido la vida. Me di cuenta —entre llanto, moqueo y risas involuntarias— que tenía un montón de anécdotas guardadas en mi cabeza, un sinnúmero de recuerdos inútiles, que todos aquellos años en la ciudad de México me habían servido solamente para elaborar una grotesca personalidad saturada de *clowneries* (como diría Novo), y para ir registrando los quehaceres de unas vidas que parecían ya sin sentido: la biografía chabacana de la élite cultural del medio siglo, los herederos de la Revolución Mexicana, y que si Julio Torri estaba destinado a inventar la novela-ensayo, sin duda yo lo estaba para la novela-chisme.

Cuando recuerdo aquel día, tengo la sensación de que la realidad fue tal y como aparece en el cuadro de Michel, y que toda la gente fue siempre flaca o gordísima, enana o gigante; que los colores fueron siempre en tonalidades pasteles, o que simplemente mi vida transcurrió en blanco y negro. Evoco las voces de mis amigos, pero ellos se me extravían dentro de una mímica disparatada. Mientras siga pensando en todo aquello seguiré obligándome a deambular por las calles fantasmagóricas que guardo en mi imaginación: las del Centro, de la Roma, o de la San Rafael; estaré siempre perseguido por la nostalgia, aliviado por la risa, sin saber cuál será mi fin, cuál el de Novo, cuál el de Benítez (que me desmitificó a Lupe, el cabrón), cuál el de Owen, Villaurrutia, Cuesta, Henríquez Ureña, o mi Pita (y tantos otros a los cuales pido disculpas por no incluirlos como es debido en esta lista de protodesaparecidos).

Al día siguiente tomé el avión que me llevaría lejos de mi patria para siempre. No le hablé a nadie, ni a nadie le dije adiós. Me fui con la misma desesperanzada sensación con que muchos años antes llegué a la ciudad de México. Tal vez en ese momento me prometí salir en defensa de la envidia, como alguna vez Novo lo hizo en la de lo usado, y escribir la extraordinaria historia de ese año de hechicería y malasaña. Ya lo sabrás alguna vez, Horacio querido, si es que me decido a llevarlo a cabo.

Con el afecto de siempre,
tu *Uriel*



SEALTIEL ALATRISTE (México, D. F., 1949) siempre ha estado vinculado profesionalmente al mundo editorial y dirigió Aguilar, Altea, Taurus y Alfaguara. Fue colaborador asiduo de varias revistas y suplementos culturales. Publicó las novelas *Por vivir en quinto patio*, *Quien sepa de amores*, *En defensa de la envidia* y *La misma historia*. Con *Verdad de amor* obtuvo el Premio internacional Planeta/Joaquín Mortiz, 1994. El 15 de febrero de 2012, cuando ocupaba el cargo de coordinador de Difusión Cultural de la UNAM y poco después de haberse anunciado que él era el ganador del Premio Xavier Villaurrutia (2011) por *Ensayo sobre la ilusión y Geografía de la ilusión*, renunció a ese cargo y al premio tras una larga lista de acusaciones públicas de plagios literarios y periodísticos.